

13.
CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 67 Y 68.

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

25/76
CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.



LA ALQUERIA DE BRETAÑA.

DRAMA EN CINCO ACTOS. Atribuido a L. ESCU

POR
DON LUIS OLONA.

Representado con grande aplauso en Madrid, en el teatro del Instituto.

REPARTO.

KEROUAN... Don JOSÉ CALVO.
EL GENERAL D'ESTEVE... » ANTONIO BARROSO.
EL MARQUES DE MONTECLAIN... » JOSÉ RODÉS.
JORGE D'ESTEVE... » MANUEL PASTRANA.
PORNIC... » MANUEL AGUIRRE.
ALI... » JOSÉ DARDALLA.
DOMINGO... » MANUEL BARJA.
BRIAS... » ANTONIO FENOQUIO.
MR. AVANTIANNES... » JOSÉ SAEZ.
LA CONDESA DE BEAUVAL... Doña CARMEN FENOQUIO.
LUISA... » RITA REVILLA.

JENNY... Doña JOAQUINA MOLIST.
MAD. DE BRIAS... » MARIA REVILLA.
MLE. DE BRIAS... » N. SANCHEZ.
MAGDALENA... » JACINTA CRUZ.
MARIANA... » N.
LUIS... » N. CRUZ.
JUAN... DON JOSÉ GUERRERO.
FRANCISCO... » N.
CABALLEROS Y SEÑORAS; BRETONES DE AMBOS SEXOS; CRIADOS;
JOKEIS.

Año de 1847.

(Los derechos de representacion pertenecen á D. Vicente de Lalama.)

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una llanura campestre. A la izquierda del espectador una valla formada de troncos y enramadas; y que figura ser la entrada para el sitio destinado á la corrida de caballos. Un poco mas hácia el centro de la escena, un árbol grande y frondoso. A la derecha una casa con balcon practicable, y en el cual hay una muestra que dice: «Posada ó parador de la estrella de oro.» Al fondo izquierda una alameda; al fondo derecha lo mismo. Al fondo de en medio, campo, algunas casas pintadas en él, etc. A la puerta del parador, mesas y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, MARIANA, ALI, despues DOMINGO.

Al levantar el telon aparecen varias gentes de todas clases, que beben, conversan ó transitan. A la izquierda varias aldeanas jóvenes asidas de las manos como si hubiesen concluido de bailar. A la derecha ALI con el uniforme del regimiento de caballería de cazadores de Africa, está sentado en primer término, á la puerta del parador, fumando en una pipa turca.

MAGDALENA. (A las otras y señalando á Ali.) Basta de bailar por ahora. ¿No le veis qué arrellanado está?

MARIANA. Pero ¿quién puede ser?

MAGDALENA. Acaba de llegar de París para asistir á las carreras que deben verificarse dentro de una hora; trae caballos soberbios.

ALI. (Aparte.) Miradme bien, graciosas compatriotas... ¡No parece que les disgusta mi uniforme!

MARIANA. Yo creo que ha de ser algun marqués turco.

MAGDALENA. ¡Ah! ved ahí al señor Domingo, que nos sacará de dudas... El, que ha visitado las cuatro partes del mundo...

ALI. (Aparte.) Les mostraré el talle. (Levantándose y dando pasos.)

MAGDALENA. ¡Señor Domingo! ¡Señor Domingo! (A este, que sale, y rodeándole todas.)

ALI. (Aparte.) ¿Domingo? ¡Ah! ¡es el mismo!... Sin duda el general no debe estar muy lejos.

DOMINGO. ¡Eh! ¡muchachas! ¿Qué diantres ocurre? ¿Quereis tomar mi persona por asalto? Pues os hago prisioneras. (Abrazando á Mariana.)

MARIANA. ¡Ay!

TODAS. ¿Cómo es eso?

DOMINGO. Para todas habrá; pero antes tengo que ir á tomar asientos en la tribuna del sub-prefecto para el general y su hija. ¡Qué guapota estás hoy, Magdalena!

ALI. (Aparte.) ¿Magdalena?

MAGDALENA. Suelteme V. ¡Gasta V. unas bromas!... Suélteme V., ó se lo digo á mi tío Kerouan.

ALI. (Aparte.) ¡Es la misma! ¡Cómo ha crecido!

MARIANA. Señor Domingo, ¿conoce V. ese traje? (Señalando á Ali.)

DOMINGO. ¿Cuál?

MAGDALENA. El de aquel joven.

ALI. (Aparte.) ¿Hay alguna inspección?

ha venido... (señalando)

MAGDALENA. Llegó de París hace dos horas con mi padrino el marqués de Monteclairn.

DOMINGO. ¿Si? Pues entonces no debe ser nada bueno... Algun saltimbanqui; cuando mas algun lacayo.

ALI. (Acercándose á Domingo y dándole una palmadita en la espalda.) No porque haya V. pertenecido á la antigua guardia, desdeñe á un soldado moderno.

DOMINGO. ¿Esto... un soldado?

ALI. (Con gravedad.) Como quien dice. Primero de cazadores de Africa.

DOMINGO. ¿Cazadores de Africa? (Con desden.) Sí, he oido hablar alguna vez...

MAGDALENA. Yo tambien.

ALI. Es que han dado mucho que contar.

DOMINGO. ¡Ya quisieran compararse á otros!

ALI. ¿A los de la antigua guardia, por ejemplo? ¿Y qué? Cada uno tiene su gloria. Vds. conquistaron la Europa... Está muy bien. Nosotros conquistaremos el Africa... y no estará del todo mal. ¿Es cierto, señor Domingo?

DOMINGO. ¿Eh?

MAGDALENA. ¡Calle! ¡Le conoce á V.!

DOMINGO. Habrá leído los boletines del grande ejército...

ALI. El señor Domingo de Blain, antiguo sargento y hoy mayordomo del señor general D'Esteve... otro veterano, conde del imperio y muy duro de cocer, que á la sazón vive retirado en Macheocul con su encantadora hija.

MAGDALENA. Sí, la señorita Jenny... una de las jóvenes mas hermosas del país.

ALI. Y que habrá crecido tanto como V., graciosa Magdalena.

MAGDALENA. ¡Cómo! ¡Tambien me conoce!

ALI. Y no será en verdad por los boletines... ¿eh? Magdalena Leroe, huérfana y bajo la proteccion del señor Kerouan, breton por esencia y potencia; arrendador del señor marqués de Monteclairn y soldado de la primera en 1795, de la segunda en 1815, y de la tercera en 1830... algo despierto, condecorado con la gran cruz de san Luis, y que aun puede manejar una espada á pesar de sus 63 años... ¿Me esplico, señor Domingo?

MAGDALENA. Pero ¿quién es V. en fin?...

DOMINGO. Aguarda un poco. ¿Tú has dicho el primero de cazadores de Africa?

ALI. Segundo escuadron.

DOMINGO. (Como si leyera la lista.) Cristóbal Kerouan.

ALI. (Cuadrándose.) Presente.

MAGDALENA. ¡Mi primo!

DOMINGO. Con que zeres tú, bribon?

ALI. Sí, señor Domingo. ¡Voto al demonio! ¿Y no me reconocía V. desde luego?

DOMINGO. Es que como al partir hace seis años... no tenias eso... (Señalando los bigotes.)

ALI. (Descubriéndose su frente, y mostrando una cicatriz. En seguida aparta el albornoz y descubre una cruz.) Ni esto.

DOMINGO. ¡La cruz!... ¡Mil granadas!... ¡Bravo! ¡Bravo! abrázame.

ALI. Con mil amores... Y á ti, Magdalena, si no te asustan los bigotes...

Los... Pero, hombre, ¿por qué no se oculta esa cruz?

ALI. Porque es una sorpresa que preparo á mi padre.

DOMINGO. ¡Cómo! ¿No te has visto todavia?

ALI. ¿Acaso está aqui?

MAGDALENA. Llegando tú de París con el marqués de Monteclairn, debias saber que mi tío Kerouan se halla en estos sitios para asistir á las carreras... El marqués le escribió para que viniese...

ALI. ¡No es posible! ¡Me lo hubiera dicho!

MAGDALENA. Créeme. Si yo misma le he leído la carta á tu padre... Como él no sabe, y Luisa no estaba en aquel momento en la alquería... aunque volvió precisamente al otro dia... porque ha pasado tres meses en casa de nuestra tia Susana.

ALI. Luisa... mi hermana... Dime, Magdalena, ¿está tan linda como tú? Ella prometia serlo hace seis años.

DOMINGO. ¡Y lo es!

ALI. ¡Qué gusto!... Pero concluye tu historia. ¿Dices que el marqués escribió á mi padre?...

MAGDALENA. Sí, hombre. Para que trajese á las carreras sus caballos bretones; y añadiendo... «Ven, amigo mio.» Ya sabes cuánto quiere á tu padre. «Ven, que te preparo una muy agradable sorpresa.»

ALI. Sí. La sorpresa soy yo. ¿Y mi padre ha venido?

DOMINGO. Ya te lo dije hace una hora. Está en aquella tienda de campaña, donde se hace el asiento de los caballos que han de correr luego.

ALI. (A Magdalena, dispuesta á marchar.) Y tú has venido con él... ¿y tambien Luisa?...

MAGDALENA. No; ella se ha quedado en la alquería. Era preciso dejar allí á alguno...

ALI. Pero está buena, ¿eh?

MAGDALENA. Si... á pesar de que... como... ya sabes, ha sido educada en un convento con la señorita Jenny... casi nunca rie... siempre suele estar triste... pensativa...

ALI. Razon de mas para haberla traído.

MAGDALENA. No quiso. Y como mi tío no la contradice en lo mas mínimo...

ALI. Pues no me gusta á mi eso.

DOMINGO. ¿Y qué? ¿Vienes ahora á sermonear tú? Seria gracioso. No hay duda que las lecciones de tu coronel... ¡Buen modelo es el tal marqués!... ¡Para educar calaveras no hay otro! (Con ironía.)

ALI. En efecto, que lo que es mi jefe... Pero cargue el diablo con tanta charla inútil... ¿Es allí donde está mi padre?

MAGDALENA. Sigüeme: yo te guiaré.

ALI. En marcha. (Van á salir, y aparece Ana en el fondo.)

ESCENA II.

Dichos, ANA.

ANA. (Llamando.) ¡Ali!

ALI. ¿La señora condesa de Beauval en Bretaña?

ANA. ¿Ha llegado tu amo?

ALI. Está almorzando con Mr. de Brias y otros amigos suyos... Si queréis iré á decirle...

ANA. No. Tú puedes satisfacer mi curiosidad.

ALI. Perdóneme V. S., pero un asunto urgente...

ANA. Es cosa breve. ¿No eres de este país?

ALI. Sí, señora. Es decir, de Macheoul, al lado Allé Loira.

ANA. Lo mismo da. ¿Conoces al general D'Esteve?

ALI. Un poco... por no decir que le conozco mucho. Pero ahí tiene V. S. á ese veterano que es su mayordomo, y no se ha separado de él hace treinta años.

ANA. ¡Y que se llama sin duda Domingo!

ALI. En persona.

ANA. Es el caso que... no quisiera dirigirme á él.

ALI. Perdóneme V. S... pero á treinta varas de aquí está mi anciano padre... y no le he abrazado todavía, lo cual me tiene sin sentido para todo. Ven, Magdalena... Señora condesa... Hasta luego, illustre vencedor. (Las jóvenes se retiran.)

ESCENA III.

DOMINGO, ANA.

ANA. ¡Señor Domingo!

DOMINGO. Tengo el honor... (Aparte.) Una conocida del marqués. Desde luego no es persona muy respetable.

ANA. El general D'Esteve ha venido á las carreras, ¿no es cierto?

DOMINGO. Si, señora. (Aparte.) Es por el general por quien...

ANA. ¿Y le acompaña la señorita Jenny, su encautadora hija?

DOMINGO. Nunca se separa de su lado. (Aparte.) Vamos, es alguna amiga de colegio.

ANA. ¿Vds. llegaron de París?

DOMINGO. Antes de ayer. Y nos volvemos á la quinta hoy mismo.

ANA. ¿Si? Bien, pero... el hermano de Jenny... Mr. Jorge.

DOMINGO. (Aparte.) ¡Aaah! ¡malol será por él.

ANA. ¿Ha venido tambien con Vds?

DOMINGO. ¿Mr. Jorge? (Monteclain y algunos jóvenes salen del parador. — Aparte.) Ya decia yo... esta es... no sé quien. (Le vuelve la espalda.)

ANA. (Viendo que la ha vuelto la espalda enfadado.) Perdone V., buen hombre. ¡Le he preguntado si Mr. Jorge estaba aqui!

ESCENA IV.

Dichos, MONTECLAIN, BRIAS, jóvenes.

MONTECLAIN. (Acercándose á Ana y en voz baja.) Aquí está... bella condesa... yo le he visto.

ANA. Buenos dias, Monteclain. Adios, Brias; sé que se halla V. como en familia.

BRIAS. Precisamente. He venido acompañando á mi madre y á mi hermana...

MONTECLAIN. Señor Domingo, tengo el gusto de saludarle.

DOMINGO. (Bruscamente.) Señor marqués, beso á V. la mano. (Vase.)

BRIAS. ¿Quién es ese jabali de bigote erizado?

MONTECLAIN. (Sonriendo.) Uno de mis mas mortales enemigos.

BRIAS. (Lo mismo.) ¿Si?

ANA. ¿Ese hombre... enemigo del marqués de Monteclain?

MONTECLAIN. Enemigo... subalterno. Cuerpo auxiliar, cómplice obediente, pero que al combalirme siente todo el fuego de un odio personal. Ya saben Vds. que hace seis meses tuve el capricho de querer que me nombraran diputado y miembro del consejo general de mi departamento...

ANA. ¿V. diputado, Monteclain?... De todas sus locuras, esa pretension era sin duda la mas absurda. (Brias la ofrece una silla, que acepta; todos la rodean.)

BRIAS. No le renueve V. sus dolores, condesa. Quedó venido del modo mas solemne...

MONTECLAIN. Es verdad. Y á ese buen Domingo es á quien se lo debo.

ANA. (Sentándose.) ¿Al mayordomo del general D'Esteve?

MONTECLAIN. Si, al mayordomo, que en aquella ocasión se hizo el ayudante de campo, el mensajero, el postillon, el intérprete y el propagador de los rencores de su antiguo general. Este inventaba las calumnias; el viejo solapado las estendia...

ANA. ¿De veras? ¿El general os calumniaba?

MONTECLAIN. ¡Suponiendo que mi conducta era la de un calavera sin freno!...

BRIAS. (Con tono burlesco.) ¡Qué suposicion!

MONTECLAIN. Que yo no hacia otra cosa que seducir y como prometer á cuantas mujeres conocia.

BRIAS. Vamos, marqués, sé franco. ¿No has paseado por París, llevando del brazo con la mayor insolencia á cuantas deidades señalaba la fama con su dedo?

MONTECLAIN. Pero, señores, no parece sino que yo seduje á tan lindas criaturas. ¿Por qué se me imputa una gloria ó un crimen que pertenece desde antes á otros?

BRIAS. (A Ana.) Es indiscreto como nadie.

MONTECLAIN. (Bajo.) Digale V. que no, condesa.

ANA. (Bajo al marqués.) Pero es V. en cambio muy impertinente.

MONTECLAIN. (Sonriendo.) ¿Por qué?...

ANA. El marqués... ya lo ven Vds... se rie de todo, y de todos...

MONTECLAIN. En cambio dejo á los demás que se rian de mí y me echen en cara mis defectos. Aun al mismo general D'Esteve, que hizo, en verdad, á los electores un retrato mio capaz de hacer retroceder á los mas intrépidos.

ANA. Si, V. permite todas esas cosas... pero no las perdona nunca...

MONTECLAIN. ¿Yo? ¿Y por qué? Las creo de buena guerra...

Por lo demás, si el general no es mi amigo... nada tiene de extraño. El es hijo de un pobre maestro de escuela de aldea... yo soy el heredero de los antiguos señores de su padre. El ha llegado á ser conde del Imperio; pero nosotros, nosotros somos condes de Monteclain hace seiscientos años. Partió como soldado de la república, y se ha visto detenido en su carrera en tiempo de la restauración, cuando precisamente mi carrera empezaba. Ha hecho diez veces mas esfuerzos que yo por su fortuna, y la casualidad me ha dado diez veces mas fortuna que á él. ¿No son todas estas excelentes razones para que me aborrezca? Añadan Vds. á esto que somos vecinos de campo, y que él tiene una casa y yo un castillo, él un jardín y yo un parque, que mi posesión domina la suya, y mis torres le quitan los mejores puntos de vista... y en fin, señores, que él pertenece á lo pasado y yo á lo presente; que es viejo y yo joven, y que por tanto él acaba y yo empiezo.

BRIAS. Y sin embargo... es mas fuerte que tú, porque á pesar de ese sinnúmero de ventajas, ha sabido derrotarte. Vamos... y sin duda para tomar la revancha has venido á este miserable país... (Riendo.) El lion de las carreras parisienses viene á triunfar de su enemigo sobre la arena bretona de Lamballe... ¡Magnífico! (Todos rien.)

MONTECLAIN. ¿Por qué no, señores? Yo llevaré este triunfo mas allá de lo que Vds. creen... ¡Y quién sabe si prefiero los roncós gritos de victoria de estos rudos aldeanos, á los aplausos de las elegantes tribunas de Chantilli! Sí, amigos míos: porque me hallo en el seno de mi noble, de mi antigua, de mi santa Bretaña. ¡Oh! el aire de estos campos da nueva vida á mi alma y á mi imaginación. Si, cuando uno descansa de las pobres intrigas de la vida cortesana; cuando uno llega á harsiarse de las ridiculas farsas de toda esa gastada sociedad, de las hipocresías con que en vano pretende ocultar sus debildades ó sus vicios; se cree uno dichoso al encontrar esa rudeza de idioma y de costumbres, inseparable compañera de la verdad y la honradez; esa probidad implacable por la que la palabra de vuestro enemigo es tan sagrada para vos como la de un hermano; esa austeridad de costumbres que hace del amor una religion santa y pura!

BRIAS. ¡Calle! ¡no te creía tan poético!

ANA. Y sobre todo, tan indulgente para con sus enemigos.

MONTECLAIN. Para los que son honrados y leales, condesa, he sido justo siempre, y me envanezco en ello.

ANA. Tal vez podría encontrarse en esa justicia una secreta causa que V. no quiere revelarnos... (A los otros.) La hija del general, señores, es una joven encantadora.

MONTECLAIN. Ciertamente; su belleza es admirable, y dicen que su corazón es noble y generoso. Ella, sin ir mas lejos, es la que consuela á su padre de los pesares que le ha causado Jorge, su hijo.

BRIAS. Con que gese Jorge D'Esteve, cuyos cuadros han

obtenido tan buen éxito en la esposicion de este año, es hijo del general?

MONTECLAIN. Si; y el mismo que en Italia (Con intencion.) ha cometido todas esas escandalosas locuras por cierta dama...

BRIAS. ¿Quién?

MONTECLAIN. ¿La conoce V., condesa?

ANA. (Vivamente.) Mucho.

BRIAS. Y... ¿su nombre?...

ANA. Pero yo dudo que las locuras de Mr. Jorge D'Esteve por... esa dama... hayan dado tanto que decir, porque... él no tenía entonces reputacion ni fortuna...

MONTECLAIN. (Bajo á Ana.) Me he olvidado de decir que desgraciadamente para su reputacion, el pobre joven le dió mas que su fortuna, y...

ANA. (Id.) Monteclain, V. abusa de mí.

MONTECLAIN. (Brias al verlos hablar bajo, se aleja, y conversa á un lado con los demás.) No, pero... si fuese alguna vez preciso, lo haré. ¿A qué ha venido V. aquí?

ANA. Si V. fuera hombre que vengase las injurias que se le hiciesen... se lo diria quizás...

MONTECLAIN. Pero cuando una se quiere hacer la misteriosa, no corre por entre la multitud, diciendo al primero que se encuentra: «¿Está aqui Mr. Jorge D'Esteve?»

ANA. V. ha respondido que si.

MONTECLAIN. Y la prueba de ello... (Mirando á un lado.) Cierito... mirad... él es...

ANA. (Mirando con ansiedad.) ¿Jorge?

ESCENA V.

Dichos, JORGE, DOMINGO.

JORGE. (Deteniéndose al ver á Ana. Aparte.) ¡Cielos! ¡Ella aqui!

DOMINGO. Con que ya sabe V.; tres buenos asientos cerca del sub-prefecto y al lado del señor cura.

JORGE. Bien, bien. Se lo diré á mi padre, vete. (Domingo saluda y se va.)

MONTECLAIN. (Adelantándose.) Mr. Jorge... tengo el honor...

JORGE. Bien venido, marqués.

MONTECLAIN. ¿No quiere V. estrechar mi mano? Olvida ya que soy uno de los mas sinceros admiradores de su talento... ó estamos por ventura en un tiempo en que los hijos heredan las preocupaciones de sus padres?

JORGE. V. es un ejemplo de lo contrario, marqués, y yo le doy infinitas gracias. Pero he llegado á un punto de dependencia tal, que no puedo escuchar las mas leales palabras, cuando estas no suenan bien á los oidos de mi padre.

MONTECLAIN. Si, pero V. es joven... V. tiene talento... No le falta tampoco valor.

JORGE. Hay infortunios contra los cuales todo valor es inútil.

MONTECLAIN. Si alguna vez puedo serle útil... una palabra suya será para mí un mandato. (A los otros y disponiéndose á marchar.) Con que, amigos míos, ¿damos una vuelta por las alamedas?

ANA. (Aparte á Jorge.) Quédese V.

MONTECLAIN. Adios, condesa... (A Jorge.) ¿V. no viene? Pues ea, hasta luego, amigo mio. (Monteclain da la mano á Jorge, que se queda pensativo, y se va con los otros jóvenes.)

ESCENA VI.

JORGE, ANA.

ANA. ¿Es este el recibimiento que V. me tiene, Jorge?

JORGE. Y... ¿qué pretende V. al presentarse en estos sitios?

ANA. ¿V. estraña mi venida?

JORGE. Si. ¿No estamos por ventura separados para siempre? ¿Qué quiere V. aun?

ANA. Empezaré por decirle... que he comprado las tierras que están al lado de las de Monteclain...

JORGE. ¡Qué oigo!

ANA. A fin de estar mas cerca de V., caballero: de V., que hace dos meses se ha encastillado en su quinta, donde...

JORGE. Donde no me ha dejado V. tampoco gozar una hora de tranquilidad, escribiéndome necias amenazas, y dándome citas...

ANA. A las que V. no ha ido... ¡Ah! ¡Como han variado los tiempos!... ¡Antes era yo quien las acordaba!... ¡Es verdad que antes no era yo tampoco su esposa de V.!

JORGE. ¡Silencio!

ANA. Ya sé que este nombre le aterra, que nunca me perdonará V. esta union... Mas... ¿V. no teme que yo me canse de sufrir tantos desprecios?

JORGE. Hable V., señora. Sepa yo lo que V. pretende. ¿Quiere V. mas oro todavia? Ya no tengo que darle... Le he sacrificado la fortuna de mi madre para impedir mi última desgracia, para que no manchase V., llevándolo, el nombre que de mi padre he recibido.

ANA. ¿Y si yo le dijese que vengo á reclamar ese nombre, que tambien me pertenece?

JORGE. ¿Usted? ¡Nunca! ¡Nunca! V. no lo intentará siquiera... porque ya sabe cual es mi resolucion si tal caso llegara. Porque V. sabe que si mi labio revela su terrible secreto...

ANA. No se atreverá V.

JORGE. ¿No? ¿Cree V. que si la cortesana que se apellida condesa de Beauval tomase mi nombre, ya perdido este, vacilaria yo en añadir un borron mas declarando á la justicia que esa mujer, que es la mia, fué arrojada de la casa del duque de Hericy por un crimen?...

ANA. Silencio...

JORGE. ¡Tambien V. me pide que calle!

ANA. Jorge... no me humille V. mas con lo pasado. Si mi culpa fué el ocultárselo, la suya fué el creerme. ¿Por ventura cuando su padre de V. le escribia una carta tras otra para oponerse á nuestro casamiento, no le engañó V. tambien fingiendo obedecerle? ¿No cometió V. otra falta por mi? Quién sabe si la mia...

JORGE. Basta. ¿Presume V. que ha de burlarme de nuevo con esa hipocresia que ya conozco?... Señora, aléjese V.; no ponga V. á mas crueles pruebas mi sufrimiento, ó yo encontraré un medio en mi desesperacion...

ANA. ¡Qué! ¿Dándome la muerte? ¡Oh! espliquémonos de una vez. Todo se olvida en este mundo. Su padre de V., que le ha tenido tanto tiempo léjos de su lado, le llamó al fin hace tres meses, y le tiene á V. en su casa. Yo quiero mi parte de perdon.

JORGE. ¿Y asi se atreve V.?... Adios, señora... no puedo escucharla mas, no quiero oirla una sola palabra; pero debo advertirla, que si cometiese la menor imprudencia... no vacilaria ante ninguna consideracion. (Va á salir y tropieza con Pornic, que se presenta en el mismo instante.)

ANA. ¡Jorge! ¡Jorge! (Pornic es un poco contrahecho: camina con las piernas encorvadas; es malicioso, astuto, cobarde y gruñon, habla muy pausadamente, y tiene la calma de la hiena y la astucia del zorro. Su traje es como el de nuestros maragatos, pero pobre.)

JORGE. ¡Bellaco!

PORNIC. (Alzando su látigo.) ¿Eeeeh?

JORGE. Te atreves á levantar la mano... (Le da un bofeton y se va.)

PORNIC. (Con cólera, llevándose la mano á la cara.) ¡Ah!

ANA. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?

PORNIC. ¡Los señores!... ¡los nobles!...

ANA. ¿Con quién hablas?

PORNIC. ¡Asi tratan á los que... á los que tal vez son mas honrados que ellos!...

ANA. ¿Qué dices?

PORNIC. Nada. Pero mejor estuviera ese orgullo para mirar por su honra.

ANA. ¿Por su honra? Habla. ¿Quién eres?

PORNIC. Un criado del arrendador Kerouan. Acabo de llegar de la alqueria para traerle un recado urgente... Green que todo no se descubre. Si el tal señorito está ciego... que ponga en todo mas cuidado.

ANA. Pero ¿qué misterio encierran tus palabras?

PORNIC. Ninguno.

ANA. ¿Tú sabes algo de Mr. Jorge?

PORNIC. De él... no... pero de su... en fin, me callo.

ANA. (Dándole un bolsillo.) Habla. Puedes contarme sin temor...

PORNIC. ¡Señora... cuánto dinero!

ANA. Dí.

PORNIC. Es que he observado... V. no revelará... en la caña de la tia Marta...

ANA. Viene gente, sigueme.

PORNIC. Pero mi amo...

ANA. En seguida lo buscarás. Ven. (Aparte.) ¿Qué será esto? (Vanse.)

ESCENA VII.

JENNY, el GENERAL, JORGE, DOMINGO.

GENERAL. (Apoyado en Jenny, á Jorge.) Ya era tiempo de que viniese V.; hace una hora que le estoy aguardando.

Sabe V. que hay dias en que apenas me permite la gota dar un paso, y sin embargo, me deja V. ahi solo, con su pobre hermana, que apenas puede sostenerme.

JORGE. Hasta hace un instante no pude encontrar á Domingo para que me dijese si estaban apartados los asientos, y... (Sale Domingo.)

DOMINGO. Cuando Vds. gusten.

GENERAL. Ya sé que no le faltan á V. escelentes razones para todo. (Rehusando el brazo de Jorge.) Gracias.

JENNY. Es que voy algo cansada.

GENERAL. ¿Tú, hija mia? Pues bien, apóyate en mi brazo.

JENNY. Con una condicion. Que V. se apoye tambien en el de mi hermano.

GENERAL. Jenny...

JENNY. (Con tono de súplica.) ¿Por qué no?

GENERAL. Sea. Vamos, Jorge. (Presentándole á este su brazo.) Si siempre hubiese V. vivido á mi lado... (Jorge baja los ojos.)

DOMINGO. (Guiándolos.) ¡Por aquí, mi general, por aquí!...

ESCENA VIII.

Dichos, KEROUAN, ALI.

KEROUAN. (*Rebosando de gozo.*) ¡Je, je! ¡Mi general!GENERAL. ¡Hola, mi buen Kerouan! Mira, Jorge; mas vale que tú te adelantes y veas si está todo corriente para la fiesta. (*Este saluda y se va.*) ¿Tienes dispuestos ya los caballos de tu marqués de Monteclain? Ya verás si valen menos mis bretones... ya verás.

KEROUAN. No se trata ahora del marqués ni de tus bretones... sino... de este mozo que aquí ves...

GENERAL. Este mozo... ¿Un cazador de Africa?... ¿Tu Cristóbal? (*Mirándole.*)

ALI. Mil gracias, mi general, por haberme conocido.

KEROUAN. (*Señalando el galon de cabo, la cicatriz y la cruz en el pecho de su hijo.*) ¿Y esto, general? ¿Y esto otro?

GENERAL. ¡Diablo! ¡Bien! ¡Muy bien!

KEROUAN. Ya estaba yo seguro de que se batiría como un verdadero breton... sirviendo á las órdenes de Monteclain... ¡Oh! ¡los Monteclains son de la antigua raza!

GENERAL. ¡No hay duda!... (*Con mal humor.*) Y se ha aliado á la dinastía de Julio.

KEROUAN. ¡Eh! Es verdad... Confieso que me gustaría mas que Cristóbal hubiese ganado su cruz sirviendo á los otros... pero en fin...

GENERAL. Lo mejor habria sido, para que valiese eso la pena, que lo hubiera conquistado en tiempos... en tiempos del otro.

ALI. (*Aparte.*) ¡Anda! ¡Ahora me van á traer á vueltas con el otro y los otros! Pues ya veo que aun están á cada instante como los dejé hace seis años.KEROUAN. (*Animándose.*) ¡Oh! cuando nos batiamos Bocage, era por la buena causa.

GENERAL. Cuando entrábamos en Viena, en Berlin, en Moscow... ¡esa si que era una guerra gloriosa!...

ALI. Perdona V. S., mi general, pero... si no he nacido en época tan buena, mi padre tiene la culpa... ¡Qué quejere V. S.!... los soldados de hoy hacemos lo que se ofrece, aguardando otra cosa mejor.

GENERAL. Yo no hablo de ti, Cristóbal... Pero todas esas cruces, todos esos coroneles, todos, esos generales que por ahí ves, me causan compasión. ¿Qué vale un puñado de árabes al lado de la Europa entera, á la cual nosotros combatíamos?... Escaramuzas... sorpresas... combates parciales... tal es la miserable guerra que se hace por allá, y que se parece mucho á la que en aquel tiempo nos hacían en este oscuro país...

KEROUAN. (*Vivamente.*) Donde tú y tus soldados azules fuisteis por mas señas batidos en varias ocasiones...

GENERAL. Porque nos apiadábamos de estos pueblos rebeldes, al verlos cegados por el fanatismo.

KEROUAN. ¡Os apiadabais! ¡Si! Quemando las aldeas, asesinando á los sacerdotes, fusilando á los prisioneros.

GENERAL. Kerouan, tú no tienes derecho á decir eso, puesto que vives aun, á pesar de que nos haciais una guerra de bandidos.

KEROUAN. Entre los cuales no faltó quien te recogiese herido del campo de batalla, donde los tuyos te dejaban abandonado.

JENNY. Padre mio...

GENERAL. (*Dándole la mano.*) ¡Bien! ¡Bien! Tienes razon, Kerouan, y ya sabes que nunca me olvido de ello... Pero la verdad es que en tiempo de Napoleon se peleaba.

ALI. ¿Cree V. S., mi general, que nos acariciamos en Africa?

KEROUAN. Y á las órdenes de Catelineau... no lo negarás, se lanzaba el soldado á la batería sable en mano, y se reñía cuerpo á cuerpo. (*Monteclain aparece con sus amigos: dice una palabra aparte á un jokey, que desaparece.*)

ALI. Pero, padre, ¿se le figura á V. que los árabes me han enviado esta cuchillada por el correo?

KEROUAN. En fin, no hay mejor cruz que la de San Luis.

GENERAL. ¡Oh! ¡las buenas cruces eran las concedidas por el emperador!

ESCENA IX.

Dichos, MONTECLAÍN, BRIAS y jóvenes.

MONTECLAÍN. General, el emperador, lo mismo que el rey, las daba en nombre de la Francia.

GENERAL. ¡Mr. de Monteclain!...

MONTECLAÍN. Y el soldado que las gana en servicio de su país, debe llevarlas con orgullo.

GENERAL. Señor marqués de Monteclain... debo advertir á V. que no necesito sus lecciones. Ven, Jenny.

MONTECLAÍN. Perdona V., general. Mi lección es muy pobre, y... ni aun puede compararse con la que V. me dió hace algunos meses.

GENERAL. ¿Cuando á fuer de buen ciudadano cumplí mi deber?

MONTECLAÍN. Y como estoy seguro que V. aprecia á cuantos cumplen el suyo, contraigo á mi vez el de decirle que Monteclain es tan buen soldado como el mejor que haya V. conocido.

GENERAL. No lo dudo, caballero. Yo puedo no hallarme conforme con V. en muchas cosas, pero estoy convencido de que Cristóbal es un joven esforzado, y sé que en el hecho de servir á sus órdenes de V., tiene delante el ejemplo de valor y de... No tengo mas que decir... Vamos, hija mia. (*Saludan á Monteclain, que se inclina profundamente delante de Jenny, y se entran en el parador, acompañados de los jóvenes.*)KEROUAN. Vê tú á ocupar mi asiento al lado de Magdalena. Yo me quedo por aquí, pues aun tengo que pasar la última revista á los caballos. (*Se van por distinto lado.*)

ESCENA X.

MONTECLAÍN, BRIAS.

MONTECLAÍN. (*Aparte, siguiendo á Jenny con la vista.*) ¡Qué hermosa es!

BRIAS. A la verdad, Monteclain, que me admira tu cortesía hacia ese áspero anciano.

MONTECLAÍN. Miro á su hija.

BRIAS. (*Riendo.*) ¡Oh! sería una venganza deliciosa.

MONTECLAÍN. ¿Una venganza? ¿Qué dices, Brias? ¡Contra una joven inocente, casta, pura!... ¡Oh! ¡di mas bien que fuera la mas infame cobardía!

BRIAS. Pero ¿tú la amas?

MONTECLAÍN. No lo sé.

BRIAS. ¿Cómo que no lo sabes?

MONTECLAÍN. No. Hace un año que la vi en Paris, donde su padre habia ido para sacarla del convento, el mismo día que salió tambien la hija de ese buen Kerouan que acaba de marcharse.

BRIAS. ¿Hace un año, dices? Pues entonces fué cuando el

ministro de la guerra te mandó volviéres á Argel, para poner fin al escándalo de tus amores con la ilustre Mercedes... aquella bailarina española.

MONTECLAÍN. Estás en un error... Yo mismo fui quien solicité mi vuelta á Africa. Una noche, en la grande ópera, ví entrar en un palco, que estaba frente al mio, á una jóven cuyo aspecto movió en el público todo un murmullo de respetuosa admiración. Ya conoces los defectos de mi carácter altivo. Había conocido á Jenny por su padre y su hermano, que la acompañaban... y me puse á sostener con la mas imperturbable obstinación, que aquella jóven carecía de los encantos que los demás ponderaban. Tenía á mi lado á Dorval y Lassin... tú sabes que entrambos son de esos liones de reata, que no tienen el ingenio de inventar una moda ni el valor de abrigar un pensamiento propio... Los dos, por consiguiente, se adhirieron á mi opinión... y nunca, sin embargo, me pareció mas estúpida la suya.

BRIAS. ¡Es particular!

MONTECLAÍN. Todo el mundo continuaba ocupándose en aquella belleza... y mi necesidad llegó al punto de que yo fijase en la jóven mis lentes con una constancia poco política por cierto... ¡El general palideció!... Jenny se puso sonrojada... Retrocedí entonces, no ante la mirada iracunda del anciano, sino ante un rayo de luz, tranquilo, limpio y celeste que emanó de los ojos de Jenny.

En seguida me retiré con disgusto profundo á un rincón de mi palco... Mercedes acababa de presentarse, y el público la aplaudía furiosamente. Todas las miradas, toda la curiosidad, habían dejado á aquella niña angelical, para fijarse en mi graciosa española, que cruzaba aérea la escena, y que por primera vez yo era el único que no la tributaba mis aplausos... porque arrastrado no sé por qué iman irresistible, espiaba á Jenny desde el fondo del palco; (*Ana aparece en el fondo.*) admiraba su inocente alegría, sus infantiles sorpresas, sus virginales emociones, y... me decía sin querer á mi propio... «Si, allí, sobre esa escena, está la hermosura, la pasión arrebatada, la brillantéz de la conquista, la envidia de mis rivales... pero en aquel palco... se halla la inocencia... la calma... la dignidad... la estimación en el amor... la seguridad del porvenir...» Y poco á poco me llevaron mis ideas á tal punto, soñé de un modo tal en aquel contraste y en aquel ángel que tenía ante mis ojos... que aquella noche misma...

BRIAS. (*Riendo.*) Adorabas á Jenny...

MONTECLAÍN. No; pero no amaba ya á Mercedes... y al día siguiente partí para Argel.

BRIAS. Hiciste bien. ¿Qué diablos quieres que suceda amando á la hija de tu enemigo? (*Ana aparece en medio de los dos.*)

ANA. Voy á decirselo á V., Brias.

BRIAS. Me alegraría saberlo.

MONTECLAÍN. Y yo también. Veamos, condesa, lo que sucederá.

ANA. Es muy sencillo. (*A Monteclein.*) No sé cómo no se le ha ocurrido ya al buen ingenio de V.

MONTECLAÍN. No comprendo...

ANA. ¿Qué ajeno estará V., amigo mio, de que yo lo sé todo?

MONTECLAÍN. ¿Todo?

ANA. De que acabo de saber cosas muy interesantes... y quien sabe si de una gravedad que espanta...

MONTECLAÍN. (*Con ingenuidad.*) Repito que no entiendo... ANA. Pero vamos á lo que sucederá, señores. Descubiereto el secreto por Mr. D'Esteve... (*Con aire burlón.*) Por supuesto que aun cuando encierren á esa jóven en un convento... V. organizará un rapto que burle la mas estrecha vigilancia, y hará de modo que entre las tinieblas de la noche, caiga de una ventana á sus brazos de V. el ángel adorado... Marqués... y V. era el que moralizaba... ¡No lo hubiera creído!

MONTECLAÍN. Es tan vulgar y de tan mal tono esa ironía que no haría caso de ella... á no envolver sus palabras un misterio... que ignoro... pero que en esos labios desde luego me ofende. Así pues, y como nunca me ha gustado aparecer en ridículo á los ojos de nadie... salígo para Nantes dentro de dos horas.

BRIAS. ¿Cómo?

ANA. ¿Se va V?

MONTECLAÍN. Sí, á pedir algunas noticias al duque de Horry, mi tío.

ANA. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto, riendo.*) ¿Sobre qué?

MONTECLAÍN. Sobre la muerte de una tal Isabel Pommier... que desapareció hace cinco años...

ANA. (*Procurando dominar su turbación.*) Buen viaje, marqués...

MONTECLAÍN. (*Mirándola con intencion.*) Veré si me decido á hacerlo. (*En este momento se oye un toque de clarines.*)

Una multitud numerosa de elegantes caballeros y damas, jockeis y aldeanos bretones atraviesan por el fondo.

ESCENA XI.

Dichos, amigos de Monteclein, luego KEROUAN y ALI.

MONTECLAÍN. ¿Oye V.? Las carreras empiezan. ¿Quiere V. hacer alguna apuesta, condesa?

ANA. Con mucho gusto. (*Serenándose.*) Y para ello podremos subir á mi cuarto. Es el de ese balcón, y se domina perfectamente el campo de batalla. Mejor estaremos que en esa tribuna, donde tan cerca hallaríamos á su enemigo de V., el general.

MONTECLAÍN. Acepto. ¿Quiere V. apoyarse en mi brazo? (*Estas galanterias puramente superficiales, deben hacerse con cierta ligereza, que no destruya la aversión que se tienen el uno al otro.*)

KEROUAN. (*Saliendo.*) ¡Esa si que es desgracia! ¡Se portan bien los jockeis de Paris! ¡El que V. habia traído se ha embriagado!

MONTECLAÍN. ¿Si? (*Aparte.*) No le mande yo que hiciera tanto.

KEROUAN. Y como V. me escribió diciendome que no era preciso que viniese conmigo Pornic...

BRIAS. Pero ¿no has traído mas que un jockey?

ANA. ¡Qué poca prevision!

MONTECLAÍN. Ya encontraremos alguno.

KEROUAN. ¡Precisamente Luis, el jockey del general, es el mejor ginete de toda la comarca!...

ANA. No creo que va V. á ganar la apuesta, marqués.

MONTECLAÍN. No importa. Fijémosla.

ANA. Veinte luises contra V.

MONTECLAÍN. Convenidos. Brias, ¿quieres ser por un instante el caballero de la condesa?

BRIAS. (*Ofreciéndola el brazo.*) Señora...

ANA. Marchemos. (*Se van y á poco aparecen los dos en el balcón.*)

MONTECLAIN. (A Kerouan.) ¿Dónde está tu hijo?

KEROUAN. (Señalando al sitio de la liza.) Allí.

MONTECLAIN. Llámale.

KEROUAN. ¡Como! ¿Querria V. por ventura que montase á caballo con todo ese uniforme?... Pesará veinte libras mas que las que permite el reglamento.

MONTECLAIN. Llámale, repito.

KEROUAN. (Llamando.) ¡Eh! ¡Cristóball!... ¡Cristóball!... ¿Está sordo ese muchacho?

MONTECLAIN. No; pero puede haberse olvidado de ese nombre. (Alzando la voz.) ¡Ali! ¡Ali!

ALI. (Dentro.) ¡Mi coronel!

KEROUAN. Ven acá.

ALI. (Saliendo á todo escape.) Presente.

MONTECLAIN. (Bajo á Ali.) Escúchame bien. Nion acaba de emborracharse por orden mia... ¿Quieres montar la yegua castaña?

KEROUAN. (Nuevo toque de clarines.) La segunda señal. Un momento, un momento. (Yendo al foro y dirigiéndose á la colina, en tanto el marqués le habla al oído á Ali; si- guen hablando bajo.)

ALI. ¡Cómo! Esta es la vez primera que V. S. me manda una cosa semejante.

MONTECLAIN. Lo quiero. Deseo dar este buen rato al general.

ALI. En tal caso no replico. ¡Qué lástima! Yo que me las apuesto con el mismo Abd-el-Kader...

KEROUAN. Vamos, vamos... ya están ahí los caballos. (Señalando á la izquierda.)

MONTECLAIN. ¿Me has entendido?

ALI. Sí, señor. (Con pena.) Procuraré...

KEROUAN. (A Ali.) Ahora veremos.

ALI. (Yéndose.) No se lo aconsejo.

KEROUAN. ¡Eh! ¿Qué has dicho? (Vase.)

Voz. (Dentro.) Plaza á los ginetes. (Suena el clarín.)

ANA. (Al marqués desde el balcón.) ¿Y mis veinte luises?

MONTECLAIN. ¿Apostamos cuarenta? (Kerouan sale con una escalera que apoya en el árbol grande que hay á la izquierda.)

ANA. Sean.

MONTECLAIN. (A Kerouan.) Qué, ¿no vas á la tribuna?

KEROUAN. No, señor. Temo no poder contenerme si hace un desatino... (Siguen en el balcón Ana y Brias.)

BRIAS. (Mirando á la liza.) Condesa... los cuarenta luises de V. se quedan atrás.

MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Se atreverá á ganar Ali y á desobedecerme!

KEROUAN. (En la escalera.) Es un chico que vale...

ANA. Sin embargo... el jockey del general adelante ahora...

MONTECLAIN. (Aparte.) Respiro.

KEROUAN. (Alargando la cabeza con inquietud.) ¡Oh! ¡Ah! (Baja de la escalera.)

MONTECLAIN. (A Ana.) Sesenta luises. Yo conozco bien á Ali.

ANA. Ciento.

MONTECLAIN. Ciento.

BRIAS. Ali vuelve á ganar terreno. (Kerouan ha estado oyendo la apuesta, y al oír á Brias se anima y vuelve á subir á la escalera contento.)

KEROUAN. ¿No lo decía yo?

ESCENA XII.

Dichos, PORNIC.

PORNIC. Pero ¿dónde anda toda la gente? ¡Padrino! (Dando voces; se oyen aplausos.)

MONTECLAIN. ¿Eres tú, Pornic? ¿A quién buscas?

PORNIC. Dios guarde á V. S., señor marqués. Buscaba al señor Kerouan.

MONTECLAIN. Ahí le tienes. Creo le harás un favor con impedirle que vea la derrota de sus caballos bretones.

PORNIC. ¡Que la vea! ¿No ha querido traerme? ¡Me alegro! ¿Dónde está?

MONTECLAIN. ¿No le ves?

PORNIC. (Al pie de la escalera.) ¡Ah! ¡Padrino!

KEROUAN. ¡Calle! ¿Qué es lo que hace? (Mirando á la liza y gritando.) Suéltale mas bridas, mas.

PORNIC. ¡Padrino!

KEROUAN. Pero ¿ha perdido el seso? ¡Si parece que lo está haciendo adrede!

MONTECLAIN. (Aparte.) Ya lo creo.

Voces. (Dentro.) ¡Bravo! ¡Bravo! (Dentro toda la gente: Ana y Brias desde el balcón aplauden: se repiten los aplausos y se oye la música.)

ANA. (Desde el balcón.) Coronel.. Me debe V. cien luises. (Se entran.)

KEROUAN. (Bajándose de la escalera, y andando con ella á cuestras por la escena.) ¡Torpe! ¡Imbécil! ¡Y á eso llaman montar á caballo. ¡Miserable!

PORNIC. Padrino... he venido á...

KEROUAN. (Dejando la escalera.) Déjame. (En este momento mucha gente atraviesa otra vez la escena por el fondo, y en seguida salen el general, apoyado en Domingo y reventando de gozo: encuentran á Monteclain, que se pasea sonriendo.)

GENERAL. ¡Ah! señor marqués... señor marqués. Todavía valemos algo... nosotros los de tiempos antiguos... Si no corremos ya, sabemos hacer correr. Jenny, Jenny, (Al bastidor.) soy contigo al instante. Quiero ir á ver á mi pobre jockey. (Con aire de triunfo.) Se ha portado como un héroe, y merece... Hasta la vista, coronel... ¡hasta la vista!... (Se va con Domingo.)

MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Bien vale esa alegría los cien luises! ¡Oh! estoy seguro que me aborrece mucho menos ahora.

KEROUAN. (Siempre perseguido de Pornic.) No se lo perdonaré nunca.

PORNIC. ¡Padrino!

KEROUAN. El diablo cargue contigo.

MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Pobre Kerouan! Dejemos que se le pase su inocente cólera, y vamos á consolar á Ali. (En este instante sale Jenny con la señora de Brias y su hija, y varios jóvenes y señoras. Monteclain saluda respetuosamente á Jenny, y luego á las demás señoras, y se va. Todas ellas permanecen hablando en el fondo. Kerouan sigue paseando agitado y seguido siempre de Pornic.)

KEROUAN. ¡Porque vienen de París ó de Argel, creen que todo lo saben!...

PORNIC. (Siguiéndole.) Eso es...

KEROUAN. Y porque trotan en el ejercicio sobre un triste caballo de la remonta...

PORNIC. (En el mismo tono y siguiéndole.) Un penco, lo que se llama un penco. (Jenny ha reparado en los dos con gran atención.)

KEROUAN. (Lo mismo.) Se figuran que son capaces de correr en animales de valia, de reputacion, que tienen piés de fuego y una boca de niño recién nacido. ¡Imbécil! (Jenny, parada, le observa con mas atención.)

PORNIC. (Lo mismo, siguiéndole.) Imbécil.

KEROUAN. (Parándose y volviéndose á Pornic.) ¿Qué dices?

(Las señoras y caballeros se dirigen hácia el parador.)

PORNIC. (Parándose.) Digo... Imbécil...
 KEROUAN. ¡Cómo! ¿Y es así como tú hablas de mi hijo?
 ¡Tunante!
 PORNIC. ¿Su hijo de V.? ¿Su hijo de V.? ¡Callé! ¡Era él! ¡Me alegro!
 KEROUAN. ¿Te alegras? Pues toma. (Le da una bofetada.)
 PORNIC. Padrino... padrino... sosiéguese V... ¡Si yo quisiera decir que me alegraba de su vuelta! (Entran todos en el parador, Jenny se queda observándolos.)
 KEROUAN. Pero ¿a qué has venido aquí?
 PORNIC. Es que... ayer... la señorita Luisa...
 KEROUAN. ¿Mi hija? ¿Le ha sucedido alguna cosa? (Jenny escucha con gran cuidado.)
 JENNY. (Aparte.) Hablan de Luisa.
 PORNIC. Hizo... como si dijéramos un lío de ropa... y me dijo que aunque había pasado en casa de su hermana de V. tres meses y solo hacia cuatro días que estaba de vuelta... iba á volverse allá mientras V. se estaba por aquí.
 KEROUAN. Bien; ¿y qué?
 PORNIC. Que... en seguida... me dijo... Si cuando mi padre venga de las carreras no he vuelto yo... dale esta carta. (Sacándola.)
 KEROUAN. ¿Esta carta? ¿Y por qué me la traes aquí?
 PORNIC. Porque... al decirme eso... la señorita Luisa tenía los ojos tan hinchados... como de llorar... y una voz tan ronca... la verdad, me asusté... enganché un carro... y... he venido á traer el billete.
 KEROUAN. No comprendo... (Llamando.) ¡Magdalena! ¡Magdalena! (A Pornic.) ¿En dónde está, torpe? ¡Me das la carta cuando te consta que no sé leer! ¡Magdalena!
 JENNY. (Acercándose vivamente.) ¿No podría yo reemplazarla, Kerouan?
 KEROUAN. ¡Como, tanto honor, señorita Jenny!... Con mil amores... V. es la amiga de Luisa... ¡y estoy bien seguro que sentiría V. mucho cualquier cosa que á ella le hubiese acontecido! (A Pornic.) ¿Qué es lo que tienes tú que hacer aquí? (Pornic se había acercado á escuchar; Kerouan le coge de una oreja y lo deja al fondo de la escena; entre tanto Jenny lee para sí la carta.)
 JENNY. (Aparte.) ¡Gran Dios!
 KEROUAN. (Volviendo al lado de Jenny.) Vaya, lea V.; lea V.; me late de tal suerte el corazón... ¿Qué es lo que dice? ¿Está mala por ventura?
 JENNY. (Sin saber qué responder.) No... no...
 KEROUAN. Pero ¿qué es lo que dice? (Aplica el oído para oír la carta que Jenny no lee.)
 JENNY. Que ha sabido que su tía Susana está enferma... y parte para cuidarla.
 KEROUAN. ¡Ah! Bien. Ya me lo dijo Pornic. ¿No hay mas?
 JENNY. No hay mas.
 KEROUAN. (Después que toma la carta á Jenny y pasando su vista por ella, como admirado de sus pocos renglones.) Es singular. (Sale Monteclain.)
 MONTECLAIN. Y bien, pobre Kerouan, ¿se ha aplacado tu cólera contra Ali?
 KEROUAN. (Tomándole de la mano y llevándole aparte.) Una palabra, señor marqués.
 MONTECLAIN. (A Kerouan, que le ha hablado bajo; Jenny muestra grande inquietud.) ¿Quieres que te lea esa carta?
 KEROUAN. Sí, ¡al instante!
 JENNY. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Está perdida!

MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Qué inquieta está Jenny! ¿Qué será esto? (Alto, con intención.) Pero si ya la señorita Jenny te la ha leído...
 KEROUAN. ¡No importa!
 MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Acerté!
 KEROUAN. Me la ha leído de un modo que... En fin, leala V.
 MONTECLAIN. Bueno. (Lee para sí. Aparte.) ¡Cielos!
 KEROUAN. ¿Y bien?
 MONTECLAIN. ¡Nadal... La señorita Jenny te dijo que...
 KEROUAN. Que mi hija partía para asistir á mi hermana Susana...
 MONTECLAIN. (Aparte.) ¡Oh! ¡noble criatura! (Alto.) Pues eso es...
 KEROUAN. ¡A mi hermana Susana, que está enferma!
 MONTECLAIN. Que está enferma; cabal... No hay en la carta otra cosa que lo que te ha leído esa señorita, ¡a cuyos piés tengo el honor de ponerme!
 JENNY. (Aparte.) ¡Ah! me ha comprendido. (Le devuelve el saludo.)
 KEROUAN. (Pensativo.) ¡Es extraño! La carta me parecía mas larga.)
 MONTECLAIN. Porque me pone en ella las cuentas de la alquería, para que yo las apruebe.
 KEROUAN. ¡Yá! (Alarga la mano para tomar la carta, Monteclain se la guarda.)
 MONTECLAIN. Las revisaremos un día de estos.
 JENNY. (Aparte.) ¡Oh! ¡si yo pudiese llegar allí antes que Kerouan! (Vase.)
 GENERAL. (Dentro.) ¡Domingo!
 KEROUAN. (Al ver á Ali, que sale.) ¡Te has portado por vida mía!
 MONTECLAIN. Gracias, mi fiel Ali.
 KEROUAN. A ver si nos volvemos á la alquería... (A Pornic.) ¿No dijiste que habais traído un carro?
 PORNIC. Pero sí... ¡Cristóbal!... (Mirándole.)
 KEROUAN. ¡El carro, necio!
 PORNIC. (De mal humor.) Ahí fuera está... (Sale el general con Domingo y su hija. Ana, Brias y los otros jóvenes salen del parador.)
 GENERAL. (A Jenny.) No, no. ¡Quiero irme en compañía de Kerouan!
 JENNY. (Aparte.) ¡No puedo salvarla! (Echa una mirada de suplica á Monteclain, que la comprende.)
 MONTECLAIN. Perdona V., general, pero necesito de Kerouan y de Ali por un par de días.
 GENERAL. Caballero, Kerouan es su arrendatario, y no me opongo...
 KEROUAN. Pero, señor marqués...
 MONTECLAIN. Es preciso...
 PORNIC. Entonces, partiré solo...
 MONTECLAIN. Quédate también.
 ANA. (Aparte.) No se va.
 MONTECLAIN. ¡Adios, mi general!
 GENERAL. ¡Adios, marqués!
 JENNY. (Al irse, bajo á Monteclain.) ¡Oh! mil gracias en nombre de ella.
 MONTECLAIN. Sálvela V. si es tiempo.
 ANA. (Aparte.) Se hablan bajo. ¡Ah! Pornic no ha mentado. ¡Ya tengo un arma poderosa para triunfar!



Polo
 Kelon



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la entrada de la alquería de Kerouan. A la izquierda del espectador, puertas que conducen á las habitaciones interiores, y fachada de la casa. Al fondo una especie de cercado ó empalizada, cuya puerta la forman dos barras de madera; mas allá de la empalizada un árbol pintoresco. A la derecha del público, asientos de piedra bajo un emparrado, y sillas colocadas expreso como para celebrar una fiesta.

ESCENA I.

MAGDALENA; LUISA, *sentada*; PORNIC, *colocando las sillas*.

MAGDALENA. (A Pornic.) Vamos, despacha. Tanto tiempo para nada.

PORNIC. No corre prisa.

MAGDALENA. ¡Pues! Daremos lugar á que todo el mundo venga... y yo no me habré puesto siquiera una flor.

PORNIC. ¡Coqueta!

MAGDALENA. ¿Coqueta porque quiero presentarme como es regular en la fiesta de hoy?

LUISA. (Con *amargura*.) ¡La fiesta de hoy!...

MAGDALENA. ¡Con qué tono lo dices! Nadie lo creería... al fin es tu cumpleaños, y el señor marqués de Monteclain ha querido que se celebre con toda solemnidad. ¡Qué buen amo! ¿No es cierto? A ejemplo de sus antepasados, ha mandado preparar una fiesta; y como no hay en su castillo dama alguna, te ha nombrado la reina del baile. Y eso que no faltan por esos contornos señoras de París que pudieran... Ha convidado á todos sus amigos.

LUISA. (A parte.) ¡Qué suplicio!

PORNIC. Por señas, que apenas volvimos de las corridas, hace cuatro dias, no se ha ocupado de otra cosa. ¿Ha visto V., señorita, qué bien ha mandado adornar la alameda del parque?

MAGDALENA. Pero, Luisa, ¿es posible que nada te haga desear esa tristeza?... Vamos, vamos. Si mi tío Kerouan viniese y te encontrara así...

PORNIC. ¡Ya baja! ¿No sabes que está con el general recorriendo estos alrededores desde esta mañana? ¡Y qué trabajo le ha costado reducir al viejo á que asistiese á la fiesta! No quería admitir el convite del señor marqués. Pero el señor Kerouan es mas testarudo, y hasta que lo consiguió... (Con *malicia*.) Si el otro supiera...

MAGDALENA. ¿Qué?

PORNIC. Nada. (A parte.) No tardará mucho.

MAGDALENA. Alguna habladuría de las tuyas.

PORNIC. ¡Pues!

LUISA. ¡Siempre estais riñendo!

PORNIC. Porque en todo se mete.

MAGDALENA. Porque te conozco, y sé lo mal que piensas siempre de todo.

LUISA. Basta.

MAGDALENA. (A Luisa.) Mira, sin ir mas lejos, el sobresalto que causó hace cuatro dias á tu padre, cuando le fué á llevar tu carta á las corridas.

LUISA. (A parte.) ¡Cielos!

PORNIC. Yo...

MAGDALENA. (Imitándole.) ¡He visto llorar á la señorita Luisa!... ¡Me he asustado!... Puro pretexto para irse allí á divertír.

PORNIC. Mientes.

MAGDALENA. Hemos vuelto... ¿Y qué? Te encontramos lo mismo que siempre. Ni aun siquiera tuviste necesidad,

segun nos han contado, de visitar de nuevo á tu tía, pues supiste despues que estaba mejor. (A Pornic.) ¿Qué dices á eso?...

PORNIC. ¿Qué sé yo?

MAGDALENA. ¡Ah! la señorita Jenny... ¡Ya deben estar cerca el general y tu padre! Yo voy á adornarme un poco (Vase por la izquierda.)

LUISA. Si, si.

PORNIC. Y yo tambien quiero adornarme... Me voy á poner mis zapatos nuevos. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

LUISA, JENNY.

LUISA. ¡Jenny, Jenny! ¿Eres tú?

JENNY. Si, yo, que me he adelantado á mi padre, para prestarte la serenidad de que careces, y rogarte que no notes en la fiesta tu profunda melancolia: ánimo, Luisa, mi buena amiga; es preciso que no des que sospechar á nadie...

LUISA. ¿Y podré por ventura?... ¡Si conocieras, Jenny, lo que sufre mi alma, la honda desesperacion que me consume!... ¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!

JENNY. Acuérdate á qué horribles extremos esa desesperacion iba á conducirte hace pocos dias.

LUISA. ¡Ah! Si tú no llegas á impedirlo...

JENNY. ¡Te hubieras dado la muerte! ¿Y tu hijo, Luisa? ¿Y el cielo?

LUISA. Pero... ¿no comprendes que esta situacion no puede prolongarse? He vivido ausente de mi padre tres meses, fingiendo hallarme en casa de mi tía, á veinte leguas de aqui, y cuando menos se espere, una carta de ella, el menor incidente, descubrirá que en ese tiempo no he estado una vez sola donde mi padre me juzgaba... ¿Qué haré entonces, Jenny? ¿Confesar que presa de crueles remordimientos, habia ido á echarme á tus piés, y que como mi única amiga de la infancia, te habia revelado parte de mi fatal secreto?

JENNY. (Mirando á todos lados.) ¡Por Dios!...

LUISA. ¡Que tú te apiadaste de mi, que me aconsejaste esa ausencia para evitar los males que me amenazaban, y me confiaste al cuidado de esa pobre anciana, en cuya cabaña existe oculto desde entonces el fruto de mi infeliz pasion! ¡Ah! ¿Qué será de él, de mi, el día funesto en que todo se descubra? Pero tú lo protegerás como hasta aqui, Jenny; tú, que frecuentemente vas á llevarle los ósculos de amor que su madre no puede estampar en su frente pura; tú no lo abandonarás si yo muero.

JENNY. ¡Siempre ese mismo pensamiento!

LUISA. ¡Siempre!

JENNY. ¿Y por qué, Luisa? ¿Tan pocas esperanzas tienes en el porvenir?

LUISA. Ninguna.

JENNY. ¡Oh!... imposible. Ya es fuerza que yo sepa el nombre que con tan increíble tenacidad me has ocultado hasta ahora... A mí, tu fiel amiga, y á quien nada reservaste nunca...

LUISA. Jenny... Perdóname... no puedo.

JENNY. Pero... ¿será ese hombre capaz de dejarte abandonada á tu dolor? ¿Quién es? Habla.

LUISA. ¡No, no!

JENNY. Pues bien, desisto por ahora de saberlo. Tu amistad... no lo reservará por mucho tiempo á la mia...

LUISA. Tal vez.

JENNY. Desecha esas terribles ideas que te persiguen; alienta, mi querida Luisa... Dios no ha querido que cometieses el crimen que meditabas. Dios sin duda puso en mi mano la carta que á tu padre escribiste... ¡Un suicidio, Luisa!... ¡No sabes que es el mayor de los delitos!... ¡Oh! por fortuna pude llegar á tiempo. Yo te ayudaré á soportar tus dolores, yo invocaré contigo la clemencia del cielo... yo seré el apoyo de tu hijo, sucedá lo que quiera... Ya sabes que no estoy sola para velar por él.

LUISA. Si, si... El marqués de Monteclain... esa alma generosa...

JENNY. Aunque sin conocerme, se asoció desde luego á mis sentimientos... ¡Oh! los nobles corazones tienen un mudo lenguaje para comprenderse sin la menor palabra.

LUISA. ¡Con cuánto placer le vería dichoso!... ¡Es tan digno de ser amado... Jenny!...

JENNY. (*Tristemente.*) ¡Oh! ¡no prosigas!

LUISA. ¡Cómo!

JENNY. Nada. Dejemos esto, y piensa que tu padre debe llegar en el instante... yo me adelanté á pocos pasos de aquí...

LUISA. ¿Y el tuyo asistirá también á la fiesta?

JENNY. Para marcharse en seguida. El paseo le ha fatigado mucho, y aun no habria venido si hubiésemos encontrado á Jorge, á quien en vano aguardábamos hace mas de una hora para que me acompañase.

LUISA. (*Turbada.*) ¡Jorge... va á venir!...

JENNY. Si... mas para nada puede contarse con él... Tan alegre, tan bullicioso en otro tiempo, es ahora presa de un dolor y de una melancolia inesplicable.

LUISA. (*Con ansiedad.*) Y... tú no sabes...

JENNY. Silencio. Hé aquí á tu padre y al mio.

LUISA. ¡Ah!... ¡Su presencia no te asusta!... ¡Tú eres dichosa!

ESCENA III.

Dichas, KEROUAN, el GENERAL, ALI, DOMINGO, despues PORNIC y MAGDALENA, dos criados de la alqueria.

(El general sale apoyado en el brazo de Kerouan. Al tiempo en que va á pasar la puerta, Ali salta rápidamente por encima de la empalizada con su fusil de caza, y se cuadra militarmente delante del general.)

ALI. (*A los criados.*) Fuera de en medio... ¡Firmes! Presenten...

KEROUAN. ¡Hola! ¿Eres tú, Cristóbal?

GENERAL. (*Sonriendo.*) ¡Buena apostura!

DOMINGO. ¡Yo las he visto mejores!

KEROUAN. (*A Ali.*) Y... ¿qué vienes á anunciarnos tan solemnemente?

ALI. Que los mozos del pais llegarán pronto con la música al frente, á buscar á la reina de la fiesta.

GENERAL. (*A Kerouan, señalando á las dos jóvenes.*) ¿Ves lo que te decia?

KEROUAN. ¿Qué?

GENERAL. ¡Siempre hablando en secreto! (*A Jenny.*) ¡Cualquiera que os viese así á todas horas, creeria que teniais ambas que gobernar un reino!

LUISA. Era yo... yo sola, señor general, la que hablaba con Jenny.

KEROUAN. Y has hecho bien. ¡Qué diablos! No parece sino que al esperar una fiesta, no tienen de qué charlar dos muchachas.

GENERAL. (*A Jenny.*) ¿Tanta prisa para adelantarte á nosotros, y aun no has ofrecido, segun veo, tu regalo á Luisa?

JENNY. (*Acordándose.*) Se lo estaba anunciando precisamente. (*Saca una cajita.*) Estos son los pendientes. (*A Luisa.*) Admitelos como prueba de nuestra amistad...

KEROUAN. (*Al general.*) ¡Hombre!...

GENERAL. Son cosas de chicas...

LUISA. Te agradezco...

JENNY. Voy á ponértelos. (*Lo hace.*)

KEROUAN. Muchas gracias, señorita Jenny...

JENNY. Te están muy bien.

KEROUAN. (*Al general, señalando á Luisa.*) Es muy hermosa, ¿no es verdad? ¡La quiero tanto!

GENERAL. ¿Mas que yo á la mia?...

KEROUAN. Lo mismo. (*Sale Magdalena.*)

DOMINGO. ¡Hola, graciosa Magdalena!

MAGDALENA. Buenos dias, señor Domingo... Mi general...

PORNIC. (*Saliendo, aparte.*) Ya están aquí todos... (*Con intencion.*) No... todos, no...

GENERAL. ¡Adios, muchacha!... (*A Kerouan.*) ¡Tambien es muy linda, muy graciosa!

DOMINGO. (*Por detrás de ella y á su oido.*) Muy graciosa. (*Se presenta Jorge.*)

MAGDALENA. (*Retirándose.*) Dale.

LUISA. (*Aparte, con grande emocion al verle.*) ¡Es él!

GENERAL. Vuelve á darme tu brazo, Kerouan. Hoy me tiene la gota completamente inutilizado. Y ya que mi señor hijo...

JORGE. Aquí estoy, padre mio.

JENNY. (*A Luisa, viendo su turbacion.*) ¿Qué tienes?

GENERAL. ¡Ah! ¿vino V. al fin, caballero? No parece sino que se esmera V. en recordarme faltas que yo en cambio desearia olvidar. (*Se coge del brazo de Jorge.*)

KEROUAN. (*Aparte.*) ¡Vamos, vamos, sé mas indulgente!

PORNIC. (*Aparte.*) ¡Si no vendrá!

GENERAL. (*A Jorge.*) ¡Qué!... ¿No felicitas á Luisa por su cumpleaños?

JORGE. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) Si iba...

LUISA. Yo agradezco en el alma... (*Se oye muy lejano ruido de música.*)

KEROUAN. Dejémonos de salutations. ¡Ah! ya oigo el ruido de la música. (*Asomándose á la empalizada.*) ¡Y cuánta gente llega!

MAGDALENA. ¡Qué gusto! (*Jorge y Luisa se están mirando oculta y fíjamente.*)

KEROUAN. ¡Calle!... ¡Y todos los señores y señoras que hay en estos alrededores, con el señor marqués á la cabeza!

GENERAL. (*Enojado.*) ¡El marqués!

ALI. ¡Mi coronel! ¡Viva!

GENERAL. Adios, Kerouan.

KEROUAN. ¡Cómo!... cómo... Simon, amigo mio...

GENERAL. ¡Me voy!

KEROUAN. ¿Te vas?

GENERAL. Cedo el puesto á Mr. de Monteclain, y me llevo á mi hija.

KEROUAN. ¡Oh!

GENERAL. Ya sabes que estoy muy cansado, que te decia que pensaba retirarme...

KEROUAN. Pero, Jenny... Eso no es regular... Simon, tu hija debía acompañar á la mía, y nos haces un público desprecio... á nosotros...

GENERAL. ¡Yo despreciarte!... ¡Kerouan! ¡A ti, mi mas antiguo amigo!... No, no... Si has de creer semejante cosa... que se quede Jenny con su hermano y Domingo...

Yo, lo repito, me voy. Creo que dejando á Jenny, hago por ti lo que no haria por nadie.

KEROUAN. Pues bien. Sea en hora buena. Pero yo no quiero que estés solo en tu quinta, y en cuanto reciba al marqués... ¡corro á buscarte, y nos iremos juntos allá!

GENERAL. Me alegro. Así charlaremos... Domingo, sigúeme: pronto volverás al lado de Jenny.

JENNY. Pero, padre mío, ¿se va V.?

GENERAL. Hija... la gota, y... Adios, Luisa. Quiero que Jenny se quede contigo... es mi gusto. (Aparte á Jorge.)

Jorge, acuérdate V. de que el otro día se atrevió Mr. de Monteclain á convidar á su hermana de V. á un baile, á pesar de nuestra conocida enemistad. A V. le confío el honor de Jenny... me voy tranquilo...

JORGE. Puede V. estarlo.

GENERAL. Adios.

PORNIC. (Aparte, con malicia.) ¡La deja sola!

KEROUAN. Espérame.

GENERAL. No tardes... (Vase con Domingo por la izquierda.)

KEROUAN. (Abrazando á Luisa.) ¡Dame un abrazo, tesoro mío! Hoy todo el mundo se agolpa á tu lado para festejarte... ¡Qué linda estás!... ¡qué linda! ¡Si tu pobre madre te vieses!... ¡Ah! ¡pero esta no es ocasion de entristecernos!... (Viéndola enjugar sus lágrimas.) ¿Tambien tú?

JORGE. (Aparte.) ¡Qué tormento!

KEROUAN. Has dado ahora en llorar á cada instante...

JENNY. Luisa... (Suena la música mas cerca.)

PORNIC. Ya están aquí. (Aparte.) ¡Y ella!

KEROUAN. (Besándola en la frente.) Ea, ya pasó, ángel de mi vida.

JORGE. (Aparte, mirando al foro.) ¡Ana!

ESCENA IV.

KEROUAN, LUISA, JENNY, ALI, MAGDALENA, JORGE, MONTECLAIN, ANA, BRIAS, MAD. DE BRIAS, jóvenes amigos de Monteclain, señoras, aldeanos y aldeanas bretones, músicos campestres, despues DOMINGO.

(Los músicos vienen delante tocando canciones del país, y abren calle en la puerta de la empalizada á la comitiva. Monteclain viene dando el brazo á Mad. de Brias; Brias á Ana, un joven á Mlle. de Brias; los otros á las demás señoras. Monteclain trae un ramo de flores y lo mismo los aldeanos, que vienen los últimos.)

KEROUAN. (Adelantándose.) Señor marqués... (Cesa la música.)

MONTECLAIN. Adios, mi buen amigo. Señorita... (Saluda á Jenny; en seguida se dirige á los demás, y señala á Luisa.)

¡He aquí la hermosa reina de nuestra campestre fiesta, señoras. (Luisa se inclina; se sueltan unos y otros.)

MAD. BRIAS. (A todos.) Es muy linda. Buenos días, Jenny.

JENNY. Señora... Matilde, me alegro de verte á nuestro lado. (A esta.)

MONTECLAIN. Querida Luisa... admita V. mi sencillo homenaje de afecto, y el que además le ofrecen sus buenos amigos. (Presenta su ramillete á Luisa, y lo mismo los aldeanos.)

ANA. (A Brias con risa burlona.) Es original toda esta ceremonia.

BRIAS. (A Ana.) En algo hemos de pasar el tiempo. (Magdalena va poniendo á un lado los ramilletes: Pornic se ha acercado á Ana mirándola con señales de secreta inteligencia: Jenny habla con Matilde Brias y su madre.)

KEROUAN. Tanto honor, señor marqués... me ahogo de alegría.

MONTECLAIN. Luisa lo merece.

LUISA. (A Monteclain.) ¡Ah! es V. el mas noble, el mas...

MONTECLAIN. (Bajo á ella.) ¡Prudencia!

ANA. (A Pornic, que se confunde con los aldeanos.) Ya sabes lo que has de hacer.

BRIAS. (A Jenny, pasando á su lado.) ¿Y no nos honrará el general esta mañana?...

JORGE. ¿A qué ha venido V.? (Jorge se ha acercado á Ana, y le dice velozmente el aparte último; lo mismo ella.)

ANA. Por su respuesta; ya le he dicho que quiero su nombre.

JORGE. Jamás, señora.

ANA. Bien. Pronto V. y mis demás enemigos no podrán impedir que lo lleve... cuando el apellido D'Esteve... no pueda ostentar ese orgullo que le distingue.

JORGE. ¿Cómo?

ANA. ¿Qué decide V.?

JORGE. El desprecio, el odio para siempre.

ANA. Lo veremos.

JORGE. Infeliz de V., si hubiese tramado alguna de sus infernales intrigas.

MONTECLAIN. Ocupe la reina el puesto que sus gracias le han conquistado. Señores, tomemos asiento. Van á bailar mis fieles compatriotas, y aunque no resonarán en estos sitios los agitados vales de la córte, las amenas danzas del país tienen toda la poesia necesaria para que olvidemos por algunos instantes nuestros espléndidos saraos. (Todos se sientan. Kerouan, que ha estado antes hablando con el marqués como pidiéndole permiso para retirarse, se va. Los convidados ocupan las hileras de sillas de la derecha; algunos quedan de pié. Los aldeanos, Magdalena y Pornic, se colocan á la izquierda, y tambien algunos jóvenes elegantes. Jorge está entre ellos; recostado de pié sobre el muro de la casa y con los brazos cruzados, permanece con la vista fija tristemente en Luisa, que sentada en la primera silla de la hilera por el lado del público, no aparta tampoco su vista de él. Al lado de Luisa está sentada Jenny, despues Matilde y su madre. Monteclain está tambien en pié detrás de Luisa y Jenny, con una mano apoyada en uno de los espaldares, é inclinándose de vez en cuando, mientras dura el baile, á hablar con Jenny y Luisa. Ana está sentada al lado derecho con Mad. de Brias y su hijo; detrás de ella, y en pié, varios jóvenes que la observan. Los músicos se colocan en el fondo. Tocan un baile, se adelantan seis aldeanos, y danzan al compás. Seria oportuno un coro que acompañase al baile campestre. Ana observa á Monteclain hablar con Jenny, y se supone que hace algunas observaciones sobre ellos á los jóvenes que la cercan y que acogen con risa las palabras de Ana. El baile cesa, y los aldeanos aplauden.)

ANA. (A Brias y demás que la cercan.) ¿Se acuerda V., Brias, de lo que le dije antes de llegar aquí? Mire V. á aquel ángel, palpitando bajo la mirada satánica de Monteclain.

BRIAS. ¡Y Jorge como si nada vieses!

ANA. Yo creo que Monteclain no necesita de las distraccio-

nes de Mr. Jorge.

LOS JÓVENES. (*Bajo.*) ¿Cómo?

MONTECLAÍN. (*A todos.*) Señores, propongo un paseo por la alameda del parque. (*Por los aldeanos.*) Allí disponen también estos buenos amigos algunos juegos. (*Algunos se levantan.*)

MATILDE. Dame tu brazo, Jenny.

BRIAS. En buen hora. (*Toma del brazo á Ana y á su madre.*)

ANA. ¿Vamos? (*Todos empiezan á irse.*)

ALI. (*Dando el brazo á Magdalena.*) ¿Tú conmigo, primita?

MAGDALENA. Con mucho gusto. (*Jorge, Luisa y el marqués se quedan un poco atrás.*)

LUISA. (*Bajo, deteniéndole.*) ¡Jorge!... Por piedad, ¡una palabra!

MONTECLAÍN. Luisa... (*Adelantándose viendo el movimiento de esta.*)

JORGE. (*Aparte, al marqués.*) ¡Oh! que no sepa que V. conoce al hombre...

LUISA. (*Comprendiéndole.*) ¡Cielos!

MONTECLAÍN. ¡Luisa! ¡Luisa! ¡He jurado ser su segundo padre!... ¿Duda V. de mí?

LUISA. (*Cubriéndose el rostro.*) ¡Ah!...

MONTECLAÍN. Jorge es mi amigo... Le aprecio tanto como á V.... Silencio por Dios. (*Vase.*)

ESCENA V.

JORGE, LUISA.

LUISA. (*Con acento irritado pero comprimido.*) ¡Jorge! ¡Jorge! ¡Ya me faltan las fuerzas! ¡Mi resignación ha llegado á su colmo! ¡Es preciso poner un término á esta horrible posición!

JORGE. ¡Luisa, valor!

LUISA. ¡Valor!... ¡Todavía! ¡Siempre esa misma palabra! ¡V. no sabe lo que estoy sufriendo!

JORGE. ¡Mas bajo... mas bajo!... Pueden oírnos.

LUISA. Si desde hace dos meses hubiera V. procurado verme, no me vería obligada á hablarle á V. así... en medio de esa fiesta... Pero V... V... me ha dejado durante todo este tiempo, triste, sola, desesperada...

JORGE. ¡Oh! Si tú supieses, Luisa, los peligros que nos rodean...

LUISA. Lo que yo sé es, que no puedo soportar mis tormentos... ¡Lo que yo sé es, que sin el cariño de su hermana de V., hubiera puesto fin á mi vida!... Lo que yo sé...

JORGE. Por compasión... sosiégate: ¡una mirada, una palabra sola puede perdernos!

LUISA. Sí, tiene V. razón. Ya estoy tranquila... ya hablo bajo... ya me contengo... Pero... V. comprenderá... que no me es posible vivir de este modo, que... ¡Ay! ¡me falta el aliento... me ahogo!... ¡Me es preciso callar!

JORGE. Sí, acuérdate de lo que me tienes prometido.

LUISA. ¿Lo que yo he prometido á V.?

JORGE. Sí, esperar con resignación.

LUISA. ¡Esperar!... ¡Siempre esperar!... Escucha, Jorge. Si tú me desprecias porque te amé al verte abandonado y casi aborrecido de tu padre; si quieres abandonarme porque he llorado contigo cuando herían tu corazón crueles tormentos; si no soy á tus ojos mas que un objeto de desprecio... dimelo. Yo tendré valor para morir... pero créeme... no lo tengo contra ese silencio que te impones, y que me mata lentamente...

JORGE. Luisa, yo te amo, te amo, como se ama á Dios... mas pesa sobre mi una fatalidad espantosa, un secreto horrible.

LUISA. Sea cualquiera, habla, dimelo... ¿Eres por ventura culpable de alguna grave falta?... Tu padre te la ha perdonado, puesto que has vuelto á su casa... Yo, si, Jorge... que no disfruto un instante de sosiego. ¡Vivir en un continuo fingimiento; sonreír á mi hermano, tan sencillamente amable y bueno; abrazar á mi padre, á ese viejo y leal soldado de la religión y del honor; ver su inquietud cuando yo sufro; escuchar sus plegarias al cielo cuando lloro!... ¡Ah! ¡este es un suplicio inesplicable! ¡Yo no puedo, Dios mío! Le estoy usurpando sus caricias, robándole un afecto de que no soy digna; robándole... hasta el pan de su mesa, en la cual ocupó el puesto de mi madre... ¡de mi madre, esposa fiel y casta, cuya memoria estoy ultrajando! ¡Oh! Esto es demasiado. Es preciso concluir de una vez. Es preciso decir la verdad.

JORGE. Sería condenarnos á una muerte segura.

LUISA. (*Con sarcasmo.*) ¡Tienes miedo de morir!

JORGE. No, Luisa; pero lo tengo de verte sufrir otros mas crueles tormentos.

LUISA. Entonces, ¿cuál es tu culpa? ¿Qué has hecho, desgraciado, cuando ni aun quieres que diga el nombre del hermano que me ha perdido, á la hermana que me ha salvado? ¿No consideras que algunas veces ella se preguntará á si misma, que hasta dónde habrá llegado la infamia de mi crimen, cuando no me atrevo á revelar el nombre de mi cómplice?

JORGE. Mi hermana es un ángel, cuya inagotable bondad no te faltará nunca.

LUISA. ¿Pero esto no ha de tener un término? ¿No llegará nunca el día en que espiada esa culpa tuya, cualquiera que sea, me puedas dar tu nombre rehabilitado, ó perdido? ¿Qué, ni un átomo de esperanza en el porvenir? ¡Jorge! No me hallo con fuerzas, con resignación bastante para combatir tan largos tormentos... Guarda tu secreto... ¡pero yo diré el mío!

JORGE. ¡Por piedad!

LUISA. No, no. Estoy viendo que para mí acabó todo... que tus labios no pronuncian la menor palabra que mitigue mis penas; que tu amor sin duda es un sueño... una mentira... que me has engañado... adios.

JORGE. Escucha.

LUISA. (*Yéndose con resolución.*) Adios.

ESCENA VI.

Dichos, MONTECLAÍN.

MONTECLAÍN. Deténgase V., pobre Luisa.

LUISA. Señor marqués, me es imposible... Déjeme V. marchar.

MONTECLAÍN. Un instante siquiera.

LUISA. Ni un día, ni una hora. ¡Quién sabe si mañana no volveré á caer en la apatía horrible que mi desesperación engendra! ¡Quién sabe si mañana no me verá V. muerta de dolor... ó loca! (*Casi llorando.*)

JORGE. Marqués, V. que conoce nuestro secreto, no la abandone V.

LUISA. ¡Sí... lo sabe todo! ¡Ha tenido compasión de mí!... ¡Pero ignora que se me condena á vivir siempre deshonrada!



MONTECLAIN. Luisa, yo solo sé que Jorge ha debido guardar su secreto, y que V. debe también callar todavía...

LUISA. ¡Ah! (*Queda pensativa y llorosa.*)

JORGE. (*Bajo al marqués.*) ¡V. conoce el misterio fatal de mi vida!

MONTECLAIN. (*Id.*) Si, y solo tengo que decir á Vds. una palabra. Esperad.

JORGE. (*Id.*) ¡Esperad!... ¡Ah!... V. no sabe entonces...

MONTECLAIN. (*Id.*) Mas que V. propio quizá. (*Alto.*) Pero velen Vds. sobre sí mismos... sobre su hijo.

LUISA. ¡Mi hijo!... ¿Le amenaza por ventura algun peligro?...

MONTECLAIN. No sé; pero acabo de oír tan estrañas palabras hace pocos instantes... (*A Luisa.*) Corra V. á la cabaña de Marta, y ocúltele en un lugar mas seguro... sin olvidar que para todo, mi casa es siempre para V. la de un hermano.

JORGE. (*Estrechándole la mano.*) Gracias, caballero.

LUISA. Si, sí; ¡voy á ver á mi hijo! ¡Ah! ¿Quién se atreverá á arrancarlo de mis brazos?... Su madre le salvará de cualquier peligro que le amenace... (*Vase corriendo.*)

MONTECLAIN. Sigala V., Jorge; no la abandone V.; la alegría de ver á su hijo, puede hacerla cometer alguna imprudencia.

JORGE. Pero ¿qué riesgos son esos?

MONTECLAIN. La condesa de Beauval....

JORGE. ¡Infame! (*Dentro, aplausos y bravos.*)

MONTECLAIN. ¿Oye V.? Han concluido los juegos. Tal vez se dirijan aqui. No se detenga V. en velar por Luisa.

JORGE. ¿Y nos veremos luego?

MONTECLAIN. En mi castillo. Adios. (*Vase Jorge.*)

ESCENA VII.

MONTECLAIN, *después* ALI.

MONTECLAIN. ¡Desventurados! ¿Se librarán de las viles asechanzas de la condesa? Acabo de verla con Brias; he oído que hablaban de un niño oculto en una cabaña... Si la condesa ha descubierto el secreto de Luisa... la condesa que lleva por do quiera la vergüenza y la desdicha.... ¡Es preciso castigarla de una vez!... El duque D'Hericy, mi tío, no me ha contestado. Cuando él la arrojó de su casa, se vió sin duda impulsado por ese crimen misterioso, que á ella se le atribuye. Si, iré yo mismo. Lo mejor sería desde luego enviar alguno á Nantes, y...

ALI. (*Rápidamente.*) ¡Mi coronel! ¡Mi coronel!

MONTECLAIN. ¿Qué ocurre?

ALI. ¡Mi coronel!... ¿V. no sabe lo que pasa? ¡Una cosa lamentable! Se habla de una jóven seducida.

MONTECLAIN. (*Aparte, con terror.*) ¡Oh! Había olvidado que él estaba aqui.

ALI. De una noble señorita...

MONTECLAIN. (*Aparte.*) Respiro. No lo sabe aun, y puedo alejarle.

ALI. Y de un niño oculto, no sé en qué paraje...

MONTECLAIN. (*Vivamente.*) Calumnia inventada por algun miserable á quien será preciso castigar.

ALI. Pero... se citan circunstancias positivas, terribles, y... (*Mirándole y con empacho.*) ¿sabe V. á quien acusan?

MONTECLAIN. (*Sin comprender que Ali habla por él.*) ¡Mentiras! Infames suposiciones que piden una respuesta pronta y severa. Escucha Ali... Vas á partir al momen-

to... Irás á Nantes á casa de Mr. D'Avantiennes... Ya le conoces.

ALI. Si señor.

MONTECLAIN. Le dirás de mi parte que es indispensable que venga en seguida á Monteclain; ó mas bien, tú mismo le traerás contigo.

ALI. Pero si me pregunta...

MONTECLAIN. Puedes contestarle que se trata del asunto sobre el cual le tengo escrito; añadiéndole que va en ello la salvacion de... mia, quiero decir.

ALI. ¿De V.? ¿Y todo se arreglará?

MONTECLAIN. Lo espero. Al menos., nada habré omitido para lograrlo.

ALI. (*Aparte.*) Dios lo haga, porque de lo contrario, el general la mataría sin remedio. (*Saliendo.*)

MONTECLAIN. Escucha. Di que preparen mi caballo.

ALI. (*Desde el bastidor.*) Bien, mi coronel.

ESCENA VIII.

MONTECLAIN, *después* JENNY.

MONTECLAIN. ¡Ah! Casi me sonrojo al entablar una lucha con una mujer, y harto he vacilado hasta ahora en emprenderla. Pero porque sea débil, al parecer, y porque se arrastre por el suelo, ¿es menos temible la serpiente? (*Va á salir, y aparece Jenny con un bouquet que deshoja durante esta escena.*)

JENNY. ¡Jorge! ¡Jorge! (*Buscándole agitada.*)

MONTECLAIN. (*Saludándola respetuosamente.*) ¡Señorita!

JENNY. (*Sorprendida y turbada.*) Marqués, V. perdone; ¿ha visto V. á Jorge?

MONTECLAIN. No. Ya sabe V. que sus sombrías meditaciones le alejan siempre.

JENNY. Debía acordarse, sin embargo, de que papá no está aquí... Me hallaba yo con Mad. de Brias y esas otras señoras, y de pronto vino Mr. de Brias por ellas, que se alejaron dejándome allí... No sé... ¡casi me pareció que todos huyeron de mi lado!... Entonces busqué á Luisa... tampoco la encontraba, y...

MONTECLAIN. Es que... Luisa... no ha podido resistir á los impulsos de su corazón, y ha ido á abrazar á su hijo.

JENNY. Pero esa imprudencia puede perderla.

MONTECLAIN. No hay cuidado: V. sabe que estoy dispuesto á proteger á Luisa y á salvarla.

JENNY. ¡Oh! Si V. lo hiciese, no sería ella sola la que le tributase su agradecimiento.

MONTECLAIN. Luego V., señorita, ¿me autoriza para llevar á cabo la obra generosa que V. empezó tan noblemente?

JENNY. Ya sabe V. que amo á Luisa como á una hermana.

MONTECLAIN. Y yo también. También yo aprecio á la hija de mi noble y fiel Kerouan, de ese honrado y virtuoso anciano. Pero... hay ciertos grandes instintos que solo pertenecen á las almas celestiales... y si yo hubiese aprendido en V. que la bondad tiene sus inspiraciones como el genio, habría tal vez querido salvar á Luisa, pero no lo hubiera sabido llevar á cabo.

JENNY. Por mi parte, marqués, no he hecho sino lo que Dios prescribe á todos sus hijos... Asi pues, en vez de condenarla á la desgracia, la he tendido una mano para sacarla del abismo de sus tormentos. Tal era mi deber; y esto, á la verdad, no merece esos elogios que V. quiere tributarme.

MONTECLAIN. Yo no sé, Jenny, si en la sociedad en que V.

ha sido educada, se estiman semejantes acciones como un deber tan solo, que es preciso cumplir. Pero en la que yo he vivido hasta ahora, son tan raros esos nobles ejemplos, que no puedo menos de venerarlos como emanaciones de la virtud mas pura.

JENNY. Veo que V. olvida, elogiando una cosa tan natural, que está asociado á ella, y que le pertenece quizá la mejor parte.

MONTECLAIR. No, señorita, no; porque solo V. me ha enseñado cuánta felicidad nos da el bien que hacemos á los otros. ¡Ah! V. no conoce esa sociedad mentirosa ó vana, entre la que he vivido tanto tiempo... Imagínese V. un hombre encerrado desde su nacimiento en un vasto salon iluminado de mil y mil luces esplendentes. Todo lo ve á la luz de esa claridad ficticia, no conoce otra, y cree que aquello es la misma realidad y aquello la brillantez de un verdadero día... Pero... llega el momento en que se abren las puertas del salon; en que caen los muros que le cercan, y en que un rayo purísimo de sol derrama de improviso su resplandeciente luz entre la palidez de las bujias. ¡Oh! todo entonces aparece cambiado á los ojos de aquel hombre; todo se ilumina de nuevas y encantadoras tintas, de mas ricos y alegres matices. El falso brillo que él antes admiraba, se confunde en las tinieblas, y la apacible verdad recobra su esplendor. ¡Esto es lo que han hecho los rayos de su alma bondadosa de V. en la mia! Ahora conozco lo que es bello, lo que es grande, lo que es generoso... y... V. me permitirá que le dé un millon de gracias.

JENNY. Caballero... antes de alejarme de este sitio... quiero pedir á V. una gracia. Sé con quién hablo, y no temo el hacerlo. V. conoce que yo solo puedo prestar consuelos á Luisa, en tanto que V. posee medios quizá para salvarla. Permítame V., pues, confiar solo en sus manos el cumplimiento de una buena accion, en la cual no podemos continuar unidos...

MONTECLAIR. ¡Cómo! Desdeña V. el...

JENNY. No creo haber dado motivo para que V. abrigue semejante sospecha... pero V. no ignora las opiniones de mi padre.

MONTECLAIR. De que V. no participará.

JENNY. En mi posición, caballero, no se juzga, se obedece.

MONTECLAIR. Y en la mia, señorita, se comprende que esa obediencia es un castigo á que V. tal vez se condena.

JENNY. No, marqués. Yo no quiero que V. lo entienda de ese modo... Aunque no acepte todo lo que sus palabras tienen de lisonjeras... me inclino desde luego á creer que V. me ha juzgado demasiado bien para que no le quede duda que yo sé tener una opinion y una voluntad propias. Esa voluntad, caballero, es ante todo el obedecer á mi padre, y aceptar, por su tranquilidad y su dicha, todos los sacrificios que él quiera imponerme... Pero esa voluntad no es, sin embargo, el responder con inmerecidos desdenes á un hombre que solo conozco por sus beneficios á una amiga á quien amo, y sus respetos hácia mi. Ahora pues... *(Saluda y deja caer la última flor de su bouquet; Montecclair se apodera de ello con entusiasmo.)*

MONTECLAIR. ¡Jenny! ¡Jenny! Le juro á V. de nuevo salvar á Luisa... y cuando lo haya conseguido, iré á pedir á su padre de V. la recompensa.

ESCENA IX.

Dichos, ANA, BRIAS, MAD. BRIAS, MATILDE BRIAS, caballeros, aldeanos, despues DOMINGO y PORNIC. *(Ana ha salido algunos momentos antes de concluirse la escena anterior, y ahora se dirige á los que la acompañan.)*

ANA. ¿No preguntaban Vds. á dónde habia ido á parar la blanca paloma? ¡Mírenla ahí!

MONTECLAIR. *(Aparte.)* ¡La condesa!

JENNY. *(Sobrecogida.)* Toda esa gente...

MAD. BRIAS. *(A Ana.)* ¡Triste cosa es! *(A su hija.)* Ven, hija mia...

JENNY. *(Acercándose inocentemente.)* ¡Ah! ¿Eres tú, Matilde?

MAD. BRIAS. *(Con sequedad.)* Perdone V., señorita... Mi hija no se separa de mi.

JENNY. *(Con una dulce reconvenccion al ver que se retira.)* ¡Matilde! ¡tú tambien!

MATILDE. *(Con cierto tono.)* ¡Yo obedezco á mi madre! *(Todos están apartados de Jenny y hablan en voz baja y mirándola.)*

JENNY. ¡Dios mio! ¿Qué quiere decir todo esto? *(Se dirige al otro lado, y los que están en él se van retirando poco á poco.)*

MONTECLAIR. *(En voz baja.)* Brias, ¿qué significa lo que acaba de hacer tu madre?

BRIAS. *(Id.)* Significa que la señorita D'Esteve se halla muy bien contigo, y que no debemos incomodarla.

MONTECLAIR. *(Furioso, aunque bajo.)* ¡Brias! ¡Esto pide sangre! *(A Ana con orgullo y furor.)* ¿No es verdad, señora?

ANA. Si V. lo ha querido...

JENNY. ¿Eres tú, Mariana? *(Jenny ha ido de un lado á otro sobrecogida, dudosa y aterrada, y se encuentra ahora con esta.)* ¡Acompañame á casa de mi padre! Sácame lejos de esta gente.

MARIANA. Perdone V., señorita... pero mas le valiera haberse abstenido de venir. *(Con tono de reconvenccion y dirigiéndose á sus compañeros. El marqués indignado se adelanta á Jenny.)*

JENNY. Pero ¿qué pretenden darme á entender todos?

ANA. *(Con ironía.)* Pretenden que...

MONTECLAIR. *(Con energía.)* ¡Silencio, señora! *[En este momento se oye un gran tumulto dentro: Domingo, pálido y furioso, sale trayendo á Pornic violentamente asido por el cuello, con un palo levantado sobre él: varios aldeanos los siguen.]*

ALDEANOS. ¡Muera Domingo! *(Movimiento general.)*

DOMINGO. *(A Pornic.)* ¡Sella el labio, bribon!

PORNIC. Repito que es verdad.

DOMINGO. Chito, canalla.

MONTECLAIR. ¡Ese miserable! ¿Qué se ha atrevido á decir?

DOMINGO. *(Con energía.)* ¡Una vil mentira! ¿No es cierto, coronel?

JENNY. *(Sin saber lo que pasa ni lo que sucede al rededor suyo.)* ¿Qué es lo que sucede, Dios mio?

PORNIC. Si, yo he visto...

DOMINGO. ¡Tunante! *(Dirigiéndose al suelo de un golpe, y dirigiéndose á todos.)* Y otro tanto haré con quien se atreva á repetirlo. ¿Lo oyen Vds.? Señores... con todos hablo.

BRIAS Y LOS OTROS. ¿Amenazas?

JENNY. ¡Domingo!

BRIAS. *(Alzando su baston sobre Domingo.)* Esto ya és demasiado...

MONTECLAIR. *(Se ha arrojado entre Domingo y Brias, y arrancando á este el baston lo arroja lejos.)* Señores... den-

tro de una hora aguardo á todos Vds.; pero hasta entonces... declaro el mas vil de los cobardes á cualquiera que se atreva á levantar la voz delante de esta jóven. (*Dando la mano á Jenny.*) Tome V. mi mano, señorita... es la de un soldado, es la de un hombre de honor, es la que convertirá en polvo á los impuros reptiles que hayan osado arrojar su veneno en el nombre que V. lleva. (*Jenny le da la mano.*)

JENNY. (*Asustada.*) Pero... yo no entiendo... (*Camina lentamente. Monteclain la lleva de la mano con la cabeza erguida, y dominando con su mirada á todos, ante los cuales va pasando Jenny. Profundo silencio entre tanto. Llegan donde está Brias.*)

MONTECLAIN. (*A Brias, con tono imperioso.*) Salude V., caballero... (*Brias se sonrie desdeñosamente.*) ¡Salude V. (*Con energia y tirándole el sombrero.*)

BRIAS. (*Furioso.*) ¿Marqués?

MONTECLAIN. Dentro de una hora... (*A Ana.*) V. tambien... ¡Saluda, infame! (*A Ana pasando á su lado, en tanto que le sigue admirada y sobrecogida Jenny. Esto lo dice en voz baja: Ana permanece inmóvil; pero aterrada á la voz de Monteclain, se inclina al pasar Jenny.*)

DOMINGO. (*A Pornic arrojándolo á los piés de Jenny.*) ¡Y tú, de rodillas! (*Pornic cae delante de Jenny: momento de duda y silencio general. Monteclain se va con Jenny: Brias al ver que se han ido, de pronto se dirige á todos sus amigos.*)

BRIAS. Dentro de una hora á casa de Monteclain.

DOMINGO. (*A Brias y demás jóvenes, enarbolando el baston.*) Y conmigo desde luego, si oscorre mucha prisa.

PORNIC. (*Levantándose, y dirigiéndose á los aldeanos.*) ¡A él!
DOMINGO. Quieto. (*Domingo logra contenerlos un momento. En tanto Ana aparta muy velozmente á Pornic, y le dice en voz baja.*)

ANA. Deja á ese hombre y ven conmigo, Pornic; aun puedes ganarte veinte luisas. (*Vanse los dos.*)

ALDEANOS. ¡Muera Domingo! (*Se abalanzan á él, que se defiende valerosamente con su baston. El combate empieza, y los concurrentes se apartan y dispersan.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un terrado de un jardin. La casa del general á la izquierda. Un pabellon á la derecha con una puerta al terrado y ventana que da al público. Una mesa de jardin, colocada á la izquierda cerca de la puerta de la casa. Al fondo una balaustrada, que figura dominar la campiña. El general y Kerouan salen de la casa al levantarse el telon.

ESCENA I.

El GENERAL, KEROUAN; despues PORNIC en el pabellon.

GENERAL. No me hables de él.

KEROUAN. Bien. No pretendo saber tus secretos, puesto que no te conviene el confiármelos. Pero... créeme... á los hijos que han cometido culpas, por graves que sean, no se les trae al buen camino echándoselas en cara á cada momento. Con eso no se consigue mas que endurecer su corazon, y el jóven que no se ha perdido mas que á medias, acaba por decirse á sí mismo... «Una vez que con nada consigo que me perdonen mis faltas, tanto me da el continuar en ellas.»

GENERAL. Yo te respondo que Jorge no se hará semejantes

observaciones. Tengo poderosas razones para creerlo.
KEROUAN. Pues entonces, ¿por qué eres tan severo para con él?

GENERAL. ¡Tan severo!... ¡Ya! Tú no estás al corriente. Créeme, Kerouan. Si Jorge no hubiera hecho mas que tantos otros á su edad... deudas, calaveradas... ¿piensas que yo me habria irritado?

KEROUAN. ¡Diantre! Si es mas que eso...

GENERAL. Mira, lo mejor es dejar esta conversacion á un lado, porque me voy á poner de un humor de todos los diablos; y no es para verme rabiár para lo que has venido á pasar conmigo este rato. ¡Hola! ¡Luis!... Sentémonos. ¡Luis! (*Se sienta cada uno en un lado de la mesa, Luis sale de la casa con dos pistolas de arzon.*)

LUIS. ¿Mi general?

GENERAL. (*Viéndole.*) ¡Ah! lo que te mandé hace poco.

KEROUAN. ¡Calle! tus antiguas pistolas de arzon.

GENERAL. (*Tomándoselas al criado.*) Bien, pero ¿te has olvidado de mi otra órden?

LUIS. (*Haciéndose el desentendido.*) De la otra ór... ¡No sé, no recuerdo!...

GENERAL. ¿Y el café, imbécil? ¡El café!...

LUIS. ¿El... café, mi general? No habia entendido...

GENERAL. (*Alzando la voz.*) ¡El café! ¡El café!... ¿Lo entiendes ahora?... Vamos, despáchate.

LUIS. Es que... es que no hay.

GENERAL. ¡Cómo! ¿Que no hay café en mi casa? ¡Bribon!

LUIS. (*Aparte, á Kerouan.*) La señorita me ha prohibido que se lo sirva. Le hace mucho daño.

GENERAL. ¡Eh! ¿Qué es lo que te está diciendo?

KEROUAN. Sábelo pues. Que no hay café para ti.

GENERAL. ¿Cómo se entiende? (*A Luis.*) ¡Insolente! ¡Desvergonzado! ¿Qué significa?... (*Queriendo levantarse.*)

KEROUAN. (*Obligándole á sentarse.*) Significa que una taza de café te cuesta un fuerte ataque de gota.

LUIS. El doctor lo repitió ayer mismo.

GENERAL. El doctor y todos los doctores del mundo quieren echar la responsabilidad de su ignorancia á los alimentos del enfermo. ¡A fe que él se toma buenas tazas!

KEROUAN. Sí, pero él no tiene diez heridas como tú, ni padece los reumatismos que te obligan á estarte meses enteros embutido en tu butaca.

GENERAL. (*Con impaciencia.*) ¡Eh! vamos... ¿Vas ahora á hacer las veces de Jenny? ¿A regañarme como ella? ¿A echarme sus sermones? ¡Qué demonio! ¡Tiene uno un pobre día de libertad, y vas tambien á impedirlo!

KEROUAN. Como tú quieras, hombre; pero vas á ponerte malo.

GENERAL. ¡Me pondré!

KEROUAN. Te volverán los dolores.

GENERAL. ¡Que me vuelvan!

KEROUAN. Jurarás... Darás gritos...

GENERAL. (*Muy incómodo.*) ¡Juraré... y los daré!

KEROUAN. ¡Y eres tú quien exige de los jóvenes que sean razonables!... (*A Luis.*) ¡Trae ese café!

LUIS. Pero... V. en cambio, señor Kerouan, dirá á la señorita que yo no he podido impedir...

GENERAL. ¡Miserable! (*Alzando el baston; el criado se va corriendo.*) ¡Me gusta, voto á brios!... ¿No soy yo amo de mi casa? ¿Necesito para hacerme obedecer emplear la violencia?

KEROUAN. ¿Y cuentas entre tus medios quizá... esas armas de fuego?



Helou

GENERAL. ¡Ah! ¡no por cierto! He mandado que me traigan estas pistolas, porque quiero hacer un regalo á cierta persona...

KEROUAN. ¡Cómo! ¿regalar esas armas que son una memoria del rey Murat?

GENERAL. Todavía no era rey cuando me las dió.

KEROUAN. ¿Y á quién destinas ese obsequio?

GENERAL. A un excelente muchacho que sabrá hacer buen uso de ellas. Murat las llevó durante cinco años, y llegó á ser rey; yo las he paseado un poco en el arzon de mi silla, y ascendí á general. Son armas de fortuna, y quiero que tu hijo las lleve á campaña... Veremos si le son tan útiles como á sus antiguos dueños.

KEROUAN. ¡Oh! ¡mi buen Simon! *(Estrechando sus manos entre las suyas.)*

GENERAL. Luego se las entregarás de parte mía.

KEROUAN. No por cierto. Él vendrá por ellas... para darte gracias y... porque siempre le será mas lisonjero el que tú mismo... *(Pornic aparece en el pabellon sin ser visto.)*

PORNIC. *(Aparte.)* He entrado por la huerta... ¡El diablo es sin duda la tal condesa! Mandarme que traiga á la misma quinta... Pero á mi, ¿qué me importa? En ganando los veinte luises... Veamos si puedo penetrar en la casa...

GENERAL. Estas armas no podrán ser de las que hoy se usan, pero cuando se saben manejar como en nuestros tiempos, no hay tiro mas certero. ¡Ea! Te hago una apuesta.

PORNIC. *(Aparte.)* ¡El general!... ¿Qué hare?

KEROUAN. Di.

GENERAL. A que meto la bala por el ojo de la cerradura de aquella puerta. *(Dice esto último levantándose y apuntando al pabellon.)*

PORNIC. *(Aparte.)* ¿Eh? *(Retrocede asustado.)*

KEROUAN. Aguarda.

GENERAL. ¿Qué?

KEROUAN. Me ha parecido oír ruido en ese pabellon.

GENERAL. ¿En el cuarto de estudio de mi hija? ¡Imposible! Pero en fin... haré otra puntería mas difícil. *(Buscándola.)*

PORNIC. *(Aparte.)* ¡No puedo penetrar en la casa! ¿Y qué importa? ¡Lo mismo da! Aquí lo dejo y concluyo mi comisión antes que me descubran. *(Pone la cesta abierta sobre la mesa y se va.)*

KEROUAN. *(Aparte.)* Qué diablo... yo no me engaño... y... *(Mirando al pabellon.)*

LUIS. Aquí está el café. *(Trae una bandeja con servicio de café.)*

GENERAL. *(Animado.)* ¡El café! ¡El café! ¡Vamos! Kerouan, siéntate. ¡Esta es la nuestra! *(A Luis.)* ¡Echa mas! ¡Llena la taza... y el platillo tambien! *(Luis sirve el café.)* ¿Y el aguardiente? ¡Torpe! ¿Lo has olvidado?

LUIS. Por lo que toca al aguardiente... juro á V. S. que no lo hay; mi palabra...

GENERAL. *(Incomodado.)* ¿Empezamos de nuevo?

KEROUAN. No te enfades, Simon. Vaya, Luis, obedécele. Yo no diré nada á la señorita Jenny.

LUIS. Si, como si no lo hubiese de ver ella misma. Precisamente acabo de descubrirla desde la ventana del comedor. Viene hácia aquí.

GENERAL. ¡Diantre! ¡Diantre!... Despachemos. *(Bebe y se quema.)* ¡Bruto! Me sirves el café ardiendo.

KEROUAN. *(A Luis.)* Te has engañado sin duda. ¿Cómo ha de haber dejado tan pronto la fiesta?

LUIS. ¡Cuando le digo á V. que sí! *(Ha ido al fondo y mirado al camino de la izquierda del público.)* V. mismo puede cerciorarse. Vea V.; ahora sale de la alameda con el señor...

GENERAL. Con Jorge, que habrá querido volverse.

LUIS. ¡No por cierto! Con el señor marqués de Monteclair. *(El general y Kerouan dejan al oírlo las tazas.)*

GENERAL. ¿El marqués de Monteclair?

KEROUAN. ¡No es posible! *(Va al fondo, mira y baja lentamente.)*

LUIS. Traen un paso...

GENERAL. *(Aparte, pensativo.)* ¡El marqués de Monteclair!

LUIS. *(Mirando.)* ¡Calle, se dirigen á la puerta de abajo. ¡En dos minutos llegarán aquí! *(Bajando á la escena, y al general.)* V. S. me disculpará con la señorita. *(Aparte.)* Yo me escapo. *(Vase.)*

GENERAL. *(A Kerouan.)* ¡El marqués de Monteclair! ¿Es verdad?

KEROUAN. ¡Toma! Si... *(Aparte.)* ¿Qué quiere decir esto?

GENERAL. ¿Sola con él?

KEROUAN. No es probable.

GENERAL. ¿Y Jorge? ¿Has visto á Jorge?

KEROUAN. No he mirado bien...

GENERAL. ¡Ah! ¡lo que yo temía! ¡Lo mismo que me impulsaba á no querer dejar sola á mi hija en esa fiesta! *(Con violencia.)* ¡Tú lo has querido... tú!

KEROUAN. *(Con energía.)* ¡Simon!

GENERAL. Y ese miserable marqués...

KEROUAN. ¿Qué, qué?

GENERAL. ¡Te digo que Monteclair es un cobarde, que tiene á gala el comprometer á las jóvenes honradas! Es mi enemigo... Habrá querido quizá vengarse de mi...

KEROUAN. ¿Qué dices?

GENERAL. Lo ignoro... mas...

KEROUAN. *(Aparte.)* ¡No sé qué pensar! ¡Casi no me atrevo á responderle!

GENERAL. ¿Y Jorge? ¿Jorge? ¿En dónde está ese desdichado?

KEROUAN. Pero... sosiégate... Tal vez le haya sucedido á tu hijo algun accidente imprevisto... Y quizá venga Jenny á noticiarte...

GENERAL. ¿Con Mr. de Monteclair?... No... ¿Acaso habria allí faltado quien la acompañara? ¡Tu hijo, Luisa, Domingo... todos... menos ese hombre! ¡Ah! Yo sabré por qué ha venido. Ven, Kerouan. Dame el brazo. *(Se agarra del brazo de Kerouan, y en el momento que van á salir, sale Jenny por el fondo del terrado.)*

ESCENA II.

Dichos, JENNY.

JENNY. *(Aparte.)* ¡Cielos! *(Se queda parada.)*

GENERAL. *(Aparte, volviendo maquinalmente á sentarse.)* ¡Sola!

KEROUAN. *(Aparte.)* Aquí hay algun misterio. *(A Jenny, pausadamente.)* Dime, hija mia...

GENERAL. *(A Kerouan, vivamente.)* Cállate... *(Esforzándose por parecer sereno.)* ¡Hola! ¿eres tú, Jenny?

JENNY. *(Adelantándose.)* Si, padre mio... Si...

GENERAL. Has... venido muy temprano...

JENNY. En efecto... Es verdad... Estaba con cuidado, y... he vuelto...

GENERAL. Si; has vuelto... ¡y hé aquí que me sorprendes desobedeciendo tus órdenes!... Ya ves... estoy tomando café...

ARCHIVO DRAMATI
DE
JOSÉ MARCH BELLI
VALENCIA

JENNY. Si ese es su gusto de V...

GENERAL. ¡Ah!... ¡No me regañas hoy!

KEROUAN. (Al general.) ¡Simon... Simon... calma!

GENERAL. (A Kerouan.) Que te calles. (A Jenny.) ¿Te has divertido mucho en la fiesta?

JENNY. ¡Oh! no, señor.

GENERAL. ¿No?... ¿Y por eso sin duda te has vuelto tan pronto?...

JENNY. No, padre mio, no.

GENERAL. (Con enojo, dando en el suelo con su bastón.) ¿Y con quién?

KEROUAN. (Viendo á Jenny, que retrocede temblando.) Vamos, Simon... Esa es mucha crueldad. Mirala ya temblando, pálida. Alguna desgracia ha sucedido. Estoy seguro de ello. Vaya, hija mia, esplicame... ¿qué es lo que ha pasado?

JENNY. No sé...

GENERAL. ¿Cómo? ¿No sabes?...

KEROUAN. (Conteniéndole.) ¡Simon! Responde, Jenny... ¿dónde está tu hermano?

JENNY. No lo sé.

KEROUAN. Pero... ¿Ali, Domingo, Luisa?

JENNY. (Llorando.) No lo sé.

GENERAL. ¡Oh! ¡Eso es una burla!

KEROUAN. (Al general.) ¿Me dejarás? (A Jenny.) Veamos... No tengas miedo, hija mia... Dimelo á mi todo. ¿Por qué has vuelto tan pronto de la fiesta? ¿Por qué te ha acompañado Mr. de Monteclain?

JENNY. ¿Por qué?... Voy á decirlo. Estaba yo mirando los juegos con Matilde de Brias, y de repente oigo hablar por lo bajo cerca de mi... En seguida llegó Mr. Brias, dijo algunas palabras al oído de su madre, y esta se retiró con Matilde, dejándome sola. Busco á Luisa y no la encuentro... Busco á Jorge y no estaba allí. Pregunto por su hijo de V., y no parecía tampoco. No habia ninguno que...

GENERAL. (A Kerouan.) Ya conocerás que eso era un infame complot.

KEROUAN. Es extraño, en efecto...

JENNY. Entonces me mezclé entre la multitud por si encontraba á alguien con quien estar allí; pero cuando me acercaba á mis amigas, ó se volvian á otro lado ó fingian no verme. Despues he notado que una señora, á quien no conozco, me seguia constantemente... riendo con los que la acompañaban... hablando con tono burlon, y señalándome con el dedo... Por todas partes veia murmurar sordamente... Yo, sin comprender nada, iba, venia, no sé, creo que me hubiera vuelto loca, á no encontrar á Mr. de Monteclain.

GENERAL. Quien, á no dudarle, habia tramado aquella vil conjuración.

JENNY. ¡Oh! no, padre mio; porque él solo impuso silencio á todos esos miserables. El solo, en fin, me ha protegido, con Domingo que se arrojó furioso sobre los que me insultaban.

KEROUAN. ¡Pobre niña!

GENERAL. A ti... Pero ¿qué decian?

JENNY. Yo nada oí; y Mr. de Monteclain no ha querido decírmelo.

GENERAL. ¡Ah! ¡No ha querido decírtelo, y sin embargo, no se presenta á decírmelo á mi!...

ESCENA III.

Dichos, DOMINGO con sus vestidos en desorden y algunas manchas de sangre en su camisa y en la frente; esta escena sumamente rápida.

DOMINGO. (Saliendo.) Y ha hecho bien, mi general.

KEROUAN. ¡Domingo! ¡Herido! (Jenny se aparta á un lado sin ser vista de Domingo.)

GENERAL. ¡Herido!

DOMINGO. Si... Yo traigo las señales de sus golpes... pero algunos hay que no olvidarán los míos en mucho tiempo. Solo ese malvado Pornic, á quien no he podido enviar al otro mundo... ¡Oh! yo le encontraré aunque se oculte.

KEROUAN. Pero ¿qué ha pasado?

GENERAL. (A Domingo, con ansiedad.) ¡Habla, habla!

DOMINGO. Pues bien, lo que ha pasado... Lo que ha pasado es... (Ve á Jenny y se contiene.)

GENERAL. ¿Que han insultado á mi hija?

DOMINGO. ¿Ella lo ha dicho?

KEROUAN. Si.

GENERAL. Pero sin explicarnos la razon de ese insulto.

DOMINGO. La ignora, ¿no es verdad? ¡Ah! ya ven Vds...

¡Era una mentira! ¡Una infamia!

JENNY. Pero... ¿qué mentira?

GENERAL. ¿Qué infamia es esa?

KEROUAN. Cuenta lo que han dicho.

DOMINGO. ¿Lo que han dicho?

GENERAL. Si, lo que Mr. de Monteclain no ha querido repetir á mi hija; lo que no ha osado venir á contarme á mi...

DOMINGO. ¿Para que V. le levantara la tapa de los sesos sin informarse de nada? Ha hecho muy bien.

KEROUAN. ¡Cómo! Luego es cosa tan terrible que...

GENERAL. (Con impaciencia.) ¡Tú quieres asesinarme, Domingo!

DOMINGO. ¡Bueno, hablaré! Pero aléjese V., señorita Jenny, aléjese V.; hay cosas que no deben manchar los castos oídos de una joven honrada.

JENNY. ¡Cómo! ¿Qué significa eso?

GENERAL. (A Domingo.) ¿Hablarás?

DOMINGO. (Aparte á Kerouan.) No diré una palabra estando ella delante... No me atreveria á... Si V. supiera...

KEROUAN. (A Jenny.) Domingo tiene razon, hija mia. Entra, entra en la casa, y...

JENNY. Pero yo soy inocente... á lo menos, inocente de todo crimen.

KEROUAN. ¿Lo dudo yo por ventura?

GENERAL. Retirate, Jenny, retirate.

KEROUAN. (Conduciéndola de la mano hasta la puerta de la casa.) Ven... ven y cuenta con tu viejo amigo... porque ya sabes que lo soy tuyo, Jenny, tanto como tú eres amiga de mi hija.

JENNY. ¡Ah!... ¡Kerouan!... (Entra por un instante en la casa.)

GENERAL. (A Domingo.) Y bien, ¿hablarás ahora?

KEROUAN. Sepamos lo que ha sucedido.

DOMINGO. Sea. Paseábame yo tranquilamente por entre la multitud que concurría á la fiesta, cuando... oí que hablaban de seducción...

KEROUAN. ¿De seducción?

GENERAL. (A Kerouan, para que no interrumpa á Domingo.)

¡Calla!



ACTO CUARTO.

DOMINGO. ¡Pues! de misterios; se nombraba al marqués de Monteclain...

GENERAL. ¿Lo ves?... Al marqués, y...

DOMINGO. Y...

GENERAL. ¿Y á mi hija, no es cierto? ¡Infames!

KEROUAN. ¡Pero eso es una calumnial!

DOMINGO. ¡Si, si... una calumnial!

KEROUAN. A que todos viven espuestos en el mundo, por que para ello basta una palabra, la menor suposicion...

GENERAL. Pero ¿qué es lo que decian?... Porque á una jó- ven como Jenny no se la insulta sin...

DOMINGO. ¡Diablo! Habian forjado un cuento horrible.

GENERAL. ¿Un cuento?

DOMINGO. Del que yo no creo una palabra, y que será des- mentido en seguida... pero... que ha causado mucho mal, sin embargo.

GENERAL. Pero ¿qué cuento es ese?

JENNY. (Saliendo de la casa sin ser vista.) ¡Oh! ¡Yo necesito averiguarlo todo!

DOMINGO. (En voz baja, y apoyando sus manos en el brazo iz- quierdo del general y en el derecho de Kerouan.) Supo- nen... No sé cómo decirlo. Suponen que han visto muy frecuentemente á la señorita Jenny... ir... allá... junto al lago... á la cabaña de Marta...

JENNY. (Aparte.) ¡No oigo nada!

GENERAL. ¡Donde tenia citas quizá con el marqués de Mon- teclain!

JENNY. (Aparte.) Desde la ventana de ese pabellon podria... Si. (Se dirige de puntillas por detrás de ellos al pabellon.)

DOMINGO. ¡Añaden, en efecto, que él iba tambien! Pero no es eso todo.

GENERAL. ¡Cómo!

KEROUAN. Acaba pues.

DOMINGO. En fin... decian que en esa cabaña tenian oculto á... (En este momento empuja Jenny la puerta del pabe- llon y entra.)

GENERAL. ¿A quién? ¿A quién?

DOMINGO. A un niño, fruto de su falta.

GENERAL. (Horrorizado.) ¡Cielos!

KEROUAN. Mentira.

JENNY. (Saliendo aterrada del pabellon.) ¡Ah!... ¡Dios mío!...

TODOS. ¡Qué!

JENNY. ¡Esa cestal! ¡Ese niño que he hallado en mi pabe- llon!...

GENERAL. ¡Ese niño!... ¡Oh! Es el tuyo... (Furioso.) ¡Desdi- chada!...

JENNY. ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡No, no! Es... (Aparte, sin aliento.) ¡Ah! Luisa.

GENERAL. ¿No respondes? ¡Ah! ¡Miserable! ¡Tambien tú me has deshonrado!

DOMINGO. (Corriendo á interponerse, al ver que el general ha cogido las pistolas.) ¡Mi general!

GENERAL. (Con las pistolas en la mano.) ¡Muere, infame!

JENNY. (Cayendo desmayada en una silla.) ¡Ah!

KEROUAN. (Cubriendo con su cuerpo á Jenny, y presentando su pecho á las pistolas.) Simon, dispara primero sobre mí! (El general se queda estático frente de Kerouan, que permanece delante de él mostrando su pecho. Jenny desma- yada, Domingo socorriéndola. Cuadro.)

CAE EL TELON.

Telón

El teatro representa una sala de la quinta del general; puerta al fondo, dos á la derecha, y una á la izquierda. Mesa, sillones, un sofá, una butaca.

ESCENA I.

El GENERAL en su butaca, de bata; KEROUAN, DOMINGO.

GENERAL. (Con contenida amargura.) Si, los dos tenéis ra- zón... ¡He obrado ligeramente!... Me he dejado llevar de mis iras, mas léjos de lo que debiera... y... el mal, por otra parte, no es tan grande como yo creia...

KEROUAN. El mal es grande... pero no irrevocable, y si...

GENERAL. Al contrario. ¿Hay cosa mas sencilla en el mun- do? Mr. de Monteclain vió á mi hija y se prendó de ella... Habia podido pedirme su mano segun se acostumbraba allá en mis tiempos, segun á lo que creo se acostumbra todavia entre ciertas gentes ridiculas, que no marchan con los adelantos de su siglo; pero... Mr. de Monteclain es al mismo tiempo que un hombre de la verdadera no- bleza de otros siglos, un legitimo representante de las nuevas doctrinas de la juventud actual... y ha elegido un medio mejor... ha seducido á mi hija... la ha des- honrado... y... será preciso que yo se la dé por esposa, si él... se digna aceptarla... Si, si; todo esto es mucho mejor, Kerouan, y nosotros... ya lo ves, somos unos imbéciles, que no hemos sabido colocarnos á la altura de la épocal

DOMINGO. (Bajo á Kerouan.) ¡Esa sonrisa me amedrenta!... ¡Va á volverse loco!

KEROUAN. (Id. á Domingo.) Ocultémosle que Jenny...

DOMINGO. (Id. á Kerouan.) ¡Silencio!

GENERAL. Por lo tanto... soy ya de vuestra opinion. Tú, Domingo, vas á ir en un instante á la cabaña de Marta...

está á un paso de aqui... verás á esa especie de nodriza, la interrogarás, y... yo estoy seguro que vas á traerme buenas noticias. Todos esos rumores no son mas que calumnias... Ese niño... como vosotros me habeis dicho, no ha existido nunca. Vé, Domingo, vé... Ya creo mirarte entrar contento y satisfecho!... En cuanto á ti, Kerouan, te agradezco desde luego el paso que vas á dar con Mr. de Monteclain... Le reconvendrás fuertemente, ¿no es cierto?... Es un buen amo... que te escuchará humilde, que se arrepentirá... y todos seremos felices. Id entrambos con Dios, y... haced bien las cosas: aqui os aguardo.

DOMINGO. (Bajo á Kerouan.) Aprovechémonos de ese permi- so, Kerouan; ¡tal vez la encuentre en tu alqueria!...

KEROUAN. (A Domingo.) Con tal que no haya ido á refugiar- se en casa del marqués...

DOMINGO. (A Kerouan.) ¡No lo permita Dios!

KEROUAN. (A Domingo.) ¡Calla! (Alto.) Escucha, Simon.

GENERAL. Que yo no os moleste... Permaneced juntos. Con- tinuad hablando en voz baja... todo eso es por mi bien; ¿no es así?

KEROUAN. Si, por tu bien. Y tú en tanto no eres franco con nosotros.

GENERAL. (Esforzándose á disimular.) ¡Yo!...

KEROUAN. Si, tú, porque... en fin... Estás queriendo hacer- nos creer que ha cedido tu cólera... y en el fondo de tu alma... estoy seguro escondes algun siniestro de- signio...

GENERAL. ¿Qué diablos es preciso hacer para contentaros?... ¡Hace algunas horas gritaba... amenazaba... Me dijisteis que era fuerza tranquilizarme... y estoy tranquilo... ¡Lloré en seguida... quise matarme yo mismo! Me añadisteis que debía consolarme... y me he consolado. ¿Qué mas queréis?

DOMINGO. (*Bajo á Kerouan.*) Repito que su razon se estra-
via, que solo puede impedirlo la presencia de su hija.
Es necesario que la vea... y... voy á buscarla.

KEROUAN. (*Id. á Domingo.*) Y yo á casa del marqués... mi
caballo es como un águila... y en pocos minutos...

DOMINGO. Diga V. lo que quiera, mi general, en todo esto
hay algo de más ó de menos que yo quiero averiguar, y
que averiguaré sin falta. Parto, pues, á la cabaña de
Marta.

GENERAL. Bien, bien.

KEROUAN. Y... si el marqués de Monteclain no respondiese
como cumple á su decoro, acuérdate, Simon, que antes
que él fuera mi amo... eras tú ya mi amigo.

GENERAL. Sí... los dos sois mis amigos... mis amigos ver-
daderos, apresuraos, id.

DOMINGO. Muy pronto estaré de vuelta.

KEROUAN. ¡Y yo tambien! ¡Valor! ¡Paciencia!... Y muy pron-
to sabremos toda la verdad. (*Vanse los dos por el foro.*)

ESCENA II.

El GENERAL, despues LUIS.

GENERAL. ¡La verdad! ¡Oh! Entrambos me la ocultariais...

Entrambos sabriais ponerlos entre ella y yo, como os
habeis interpuesto entre mi hija y mis enojos... Cor-
red... Forjad una fábula cualquiera para hacérmela
creer... yo entre tanto descubriré la verdad... ¡y enton-
ces... haré justicial...! ¡Luis! ¡Luis! (*Tirando del cordón
de la campanilla.*)

LUIS. (*Sale de la habitacion de la derecha.*) ¿Mi general?

GENERAL. ¿Está ahí?...

LUIS. Sí, señor. Acabo de traerle mal de su grado.

GENERAL. Conducélo á mi presencia.

LUIS. Al momento. (*Vase.*)

GENERAL. Este me dirá la verdad... no me ama... y nada le
importará...

ESCENA III.

El GENERAL, PORNIC, LUIS.

LUIS. (*A Pornic.*) Adelante.

PORNIC. Poco... á poco... cada uno tiene su modo de an-
dar...

GENERAL. (*A Pornic.*) Acércate.

PORNIC. Yo no he hecho mal á nadie... yo no...

GENERAL. Está bien. (*A Luis.*) Tú, retírate. Y si Kerouan y
Domingo volviesen... díles que estoy solo... que quiero
estar solo... ¿entiendes?

LUIS. Sí, señor. (*Saluda y se va.*)

ESCENA IV.

El GENERAL, PORNIC.

GENERAL. (*Despues de una pausa en que examina á Pornic.*)
O mucho me engaño, ó el interés es tu pasion dominan-
te...

PORNIC. Como veo que tratan á los pobres como perros...
procuro dejar de serlo.

GENERAL. Mira este baston, y este bolsillo. Si me dices la
verdad, para ti son los diez luises que contiene... Si
mientes, vas á morir á palos aquí mismo.

PORNIC. En ese caso, me hallo dispuesto á contestar á
todo.

GENERAL. Dime, pues. ¿Qué es lo que tú sabes acerca de
ese niño oculto en la cabaña de Marta?

PORNIC. Voy á decirselo todo á V. S. sin ocultar la menor
cosa. (*Pausa.*) Una tarde, y á puestas de sol... hará unos
quince dias... iba yo á buscar el ganado... que estaba
pastando en la pradera de los arroyos...

GENERAL. Continúa.

PORNIC. Y divisé de pronto á la señorita Jenny, que subia
la montaña, dirigiéndose hácia la casa de Marta. Como
yo sabia que la señorita no se arredra al caminar por
los mas fragosos senderos, con tal de hacer bien á los
pobres, y Marta, por su parte, no tenia pan que llevar
á la boca, hice mil exclamaciones por la generosidad
de...

GENERAL. Yo no quiero oír tus reflexiones... sino la verdad
de los hechos, ó... (*Alza el baston.*)

PORNIC. ¡Si esta es la verdad, señor!

GENERAL. (*Con impaciencia.*) Pero... continúa...

PORNIC. En aquel instante me ocurrió sencillamente el se-
guir á la señorita...

GENERAL. Y la viste...

PORNIC. La vi entrar en la cabaña, y colocándome detrás
de la puerta, vi tambien que...

GENERAL. ¿Qué?

PORNIC. Que miraba cariñosamente á un niño que dormia
en una cuna. En seguida dió á Marta varias prendas de
lienzo y muchas monedas... y... habiéndose despertado
aquel niño, se puso á acariciarlo y á besarlo, sonrien-
do con...

GENERAL. ¡Tú viste todo eso!

PORNIC. Como estoy viendo á V. S.

GENERAL. ¿Y despues?

PORNIC. Despues... nada mas. A pocos dias, y cuando fui
á llevar á las corridas una carta á mi amo... no sé por-
qué recordé, creyendo estar solo, cuanto acabo de con-
tar... pero una señora me habia oido, y demostrando
gran interés por saberlo todo, me llamó aparte, me pu-
so en la mano un bolsillo...

GENERAL. ¡Una señora! ¡Y tú se lo contaste todo!

PORNIC. Yo... no quise robarle su dinero... y... ¡pues!... Le
dije lo que sabia... ¡Válgame Dios!... No puede V. S. fi-
gurarse la cara que puso al oírlo. «Es posible, exclamó.
¡Si! El marqués es capaz de todo,» y... esto... y lo otro...
y... No hacia mas que hablar sola.

GENERAL. Pero... ese niño... ese niño...

PORNIC. Lo mismo precisamente me preguntó la dama, y
como ella desconfiaba de que Marta le contase nada,
pasé yo á la cabaña, y fingiendo la mayor sencillez, le
pregunté ingenuamente quién le habia confiado aque-
lla criatura. Entonces me dijo Marta como una tarde
una jóven, á quien no conocia, le llevó aquel niño, dán-
dole dinero y encargándole que le ocultase á los ojos
de todo el mundo; me añadió en seguida que la jóven
iba muy á menudo allí; que algunos dias despues ha-
bia ido un caballero; y que últimamente se presenta-
ron los dos juntos.

GENERAL. ¿Pero te dijo también que aquella joven era mi hija?... ¿Que aquel hombre era Mr. de Monteclain?

PORNIC. No, señor; mas como yo he estado después en accho por orden de la otra señora, he visto ir á la cabaña, unas veces á la señorita Jenny, y otras al señor marqués. Y en esto no hay duda. Como que la dama de que ya he hablado á V. S., me daba un escudo diario para que los espíase.

GENERAL. Y esa dama, ¿quién es? Habla.

PORNIC. ¿Cuál?

GENERAL. La que te pagaba el espionaje.

PORNIC. ¡Aaah! V. S. debe saber probablemente mas que yo de ese asunto... porque ella conoce á V. S.

GENERAL. ¿A mi?

PORNIC. O al menos al señorito Jorge... lo menos me ha dado á esta fecha seis cartas para él... Yo venia todas las noches, y las echaba, sin que me viese... por la ventana de su cuarto...

GENERAL. ¿Cartas para Jorge?

PORNIC. Y en prueba de ello, aqui tiene V. S. una que me mandó esta mañana entregarle... y que es la causa de que Luis me haya atrapado en los jardines...

GENERAL. Una carta... ¿Tú traías?... Dámela.

PORNIC. Si V. S. se la entrega al señorito... (*Alargándosela.*)

GENERAL. Dámela. (*Se la da.*)

PORNIC. Queda cumplido el encargo.

GENERAL. ¡Oh! Tal vez descubra en ella el hilo de esta horrible intriga. (*La abre.*)

PORNIC. Pero, señor...

GENERAL. (*Buscándola y leyendo.*) La firma... ¡Ah!... ¡Qué veol...

PORNIC. ¿Cómo?

GENERAL. ¡Vete, vete!

PORNIC. Al momento; pero V. S. me mandó que le dijera la verdad... y le he obedecido. Falta ahora...

GENERAL. ¡El dinero! (*Tirándole el bolsillo.*) Toma, miserable; y él te cause á la vez el mal que has hecho á todos.

PORNIC. Señor...

GENERAL. Vete, repito.

PORNIC. No es culpa mia... Me lo han mandado... (*Yéndose.*)

ESCENA V.

El GENERAL.

¡La condesa de Beauval aqui... escribiendo á Jorge! ¿Con qué objeto, Dios mio?... «Jorge, V. lo ha querido, V. me ha obligado á hacer pública su intriga con Monteclain.»

¡Su intriga con Monteclain! ¡Y ella lo ha escrito!... ¡Ah! ¡no bastaba el crimen de mi hija! ¡Era preciso que yo me viese humillado por esa infame! «¿Cree V. todavía

que Jenny, á quien el marqués abandonará sin duda al oprobio, no podrá ahora llamar hermana á la mujer cuyo pasado ha absuelto V. mismo, dándola su nombre?» ¡Cielos! ¡Qué he leído! ¡Esa mujer será mi hija!

¡Esa mujer llamará á Jenny su hermana, y Mr. de Monteclain abandonará á la desgraciada en su vergüenza y en su dolor! ¡No, no!... ¡Jamás! Yo la salvaré de ese último grado de infamia y de ignominia. ¡Yo mostraré á todos cómo venga un padre su honra mancillada! (*Levantándose.*) ¡Oh! esta vez no me detendrán, y antes de

que vuelvan, ella estará lejos de estos sitios. ¡Jenny! ¡Jenny! ¡Jenny! (*Entra en su cuarto llamando.*) ¡Ah! ¡No está en su cuarto! (*Sale.*) Ha huido sin duda... ¡Con su seductor quizás! ¡Oh! ¡Desventurada! ¡Domingo! ¡Kerouan!... ¡Domingo! ¡Todos se han marchado! (*Exaltado.*) ¿Y Jorge? ¡Jorge! ¡Jenny! ¡Ni un hijo! ¡Ni un amigo! ¡Solo, solo con mi deshonra!... (*Pausa.*) ¡Ah! aun me queda un criado... que me sostenga, que me guie, y pronto me verán. ¡Luis! (*Tira del cordón de la campanilla.*) ¡Luis!

ESCENA VI.

El GENERAL, LUIS.

LUIS. (*Saliendo.*) ¿Mi general?

GENERAL. ¿Has visto salir á mi hija?

LUIS. No, señor. V. S. sabe que desde que la condujeron á su cuarto, no ha entrado en él mas que el señor Kerouan.

GENERAL. (*Aparte.*) ¡Kerouan! Sabia que no estaba y... me ha engañado. Sin duda ha ido á avisar á Mr. de Monteclain. (*Alto.*) Luis, los caballos están enganchados, ¿no es cierto?

LUIS. Sí, señor.

GENERAL. (*Con energia.*) Pues bien. ¡Mi frac, mi sombrero!

LUIS. Mas... (*Se va y vuelve con ambas prendas.*)

GENERAL. ¡Pronto!... Si, yo, yo mismo iré tambien. Quiero verme cara á cara con ese marqués villano. ¡Veremos cuál de los dos... veremos si es la mano del viejo ó la del joven la que ha de temblar en la hora del combate! (*Tira el baston.*) Luis, mi frac.

LUIS. Señor...

GENERAL. (*Con voz atronadora, vistiéndose.*) ¡Mi frac, mi sombrero, mis pistolas!

LUIS. ¿Las pistolas?

GENERAL. ¡Mis pistolas al punto! (*Luis sale y vuelve con ellas.*)

¡Y mi cruz de gran oficial, aqui, (*Señalando á la izquierda del frac.*) sobre mi corazon! ¡Esto le servirá de puntería á ese esforzado coronel! (*Con sonrisa amarga dice las últimas palabras. Toma las pistolas y se lanza á la puerta del fondo, en cuyo momento sale Kerouan.*)

ESCENA VII.

Dichos, KEROUAN, á poco DOMINGO, después LUISA.

KEROUAN. ¿Adónde vas?

GENERAL. ¿Qué le importa á V.?

KEROUAN. Ese lenguaje...

GENERAL. Es el que debe usarse con los malos amigos que nos engañan.

KEROUAN. ¿Que te engañan?

GENERAL. ¿En dónde está mi hija?

KEROUAN. No la he encontrado por ninguna parte.

DOMINGO. (*Saliendo.*) Ni yo. He ido á la alquería, he ido...

GENERAL. Pues bien. Yo sabré encontrarla.

KEROUAN. Pero ¿adónde vas?

GENERAL. A casa de Monteclain.

KEROUAN. De allí vengo ahora. El marqués no está tampoco en su quinta.

GENERAL. ¡Mientes! Temes por él, ¿no es cierto? ¡Oh! como no sea el mas vil de los cobardes... allí estará para mi.

KEROUAN. Parto contigo.

DOMINGO. Y yo también, general.

GENERAL. (Con ironía.) ¡No, no necesito á nadie, generosos amigos!

DOMINGO. Pero yo necesito acompañar á V., y le seguiré, á manos que me rompa V. la cabeza antes de salir de casa.

KEROUAN. Simon, quieras ó no, iré contigo; porque si tus sospechas se realizan, ninguna consideracion podrá detenerme, y serás vengado ó satisfecho.

GENERAL. Bien; venid entrambos, puesto que lo queréis. Mientras mas testigos haya, mas público será el castigo. (El general sale por la puerta del fondo con Domingo. Luisa sale rápidamente por la de la izquierda. Kerouan se detiene al oírlo.)

LUISA. (Dentro.) ¡Jenny! ¡Jenny! (Sale.) ¡Dios mio! ¿Dónde está Jenny? ¿Dónde?

KEROUAN. ¡Luisa!

LUISA. (Deteniéndose con terror.) ¡Mi padre!

KEROUAN. Me alegro de que vengas. Habla; Jenny... ¿Qué es lo que dice?

LUISA. (Admirada.) ¡Jenny! V. me pregunta...

KEROUAN. Sí. ¿No ha ido á la alquería?

LUISA. ¿Jenny? ¿Por ventura no está aquí?

KEROUAN. ¡Oh! ¡El general tenia razon! ¡Se ha marchado sin duda á casa del marqués! ¡Infeliz!

LUISA. (Mas admirada.) ¿Jenny en casa del marqués? ¿Cómo?

KEROUAN. Ha olvidado hasta donde podia conducir al general su cólera contra la inocente criatura abandonada.

LUISA. (Con terror.) ¿Abandonada? ¿Quién?

DOMINGO. (Dentro.) ¡Kerouan!

KEROUAN. No puedo detenerme. Pero ya Domingo te habrá contado... Sí, en ti confio; tú velarás por ese pobre niño.

DOMINGO. (Dentro.) ¡Kerouan!

LUISA. (Aparte, asustada.) ¡Ese pobre niño!...

KEROUAN. ¡Desgraciado Simon! ¡Ah! (Abrazala.) ¡Luisa! ¡Luisa! Dios nos libre de una desgracia semejante. (Vase precipitadamente.)

ESCENA VIII.

LUISA.

¿Qué es lo que me ha dicho? ¡Cielos! ¡Ha hablado de Jenny! ¡De una criatura abandonada! ¡Y á mi, que no he hallado á mi hijo en casa de Marta! ¡Oh! ¡Yo pierdo la razon!...

ESCENA IX.

LUISA, MAGDALENA.

MAGDALENA. ¡Dios mio! ¡No entiendo cuanto está pasando!

LUISA. ¡Y Jenny no está aquí! (Sin ver á Magdalena.) Pero ¿cómo buscarla? ¡Magdalena! (Viéndola.)

MAGDALENA. ¡Por fin te encuentro! ¿Me dirás qué quiere decir?...

LUISA. ¿Qué?

MAGDALENA. Esta mañana muy temprano, y cuando yo salía de casa para buscarte, entró en ella Domingo, muy agitado, diciendo: ¿dónde está Luisa?

LUISA. ¿Y bien?

MAGDALENA. No le respondi; apenas tuve tiempo. Parecía un loco, y traía debajo de su capa una cesta.

LUISA. ¿Una cesta?

MAGDALENA. Y en ella un pobre niño. «Confíalo á Luisa, me dijo, y que nadie sepa...»

LUISA. ¿A mi? ¿A mi? ¿Estás segura?

MAGDALENA. ¡Sí! ¡Dios mio! ¿Qué tienes?

LUISA. ¿Domingo te dijo que me entregases ese niño?

MAGDALENA. ¡Pues! añadiéndome con voz alterada: «Kerouan lo ha mandado.»

LUISA. ¡Mi padre!

MAGDALENA. Yo volví á interrogarle, pero solo me contestó: «Luisa debe conocer ese terrible secreto; dile que es el niño de la cabaña de Marta.»

LUISA. ¡Cielos! ¡Él, enviado á la alquería por mi padre!... ¡Confiado á mi propia! ¡No es posible! ¡Esto es un sueno! (Aparte.) ¿Sabria por ventura la verdad y me habria perdonado? ¡Ah! ¡no, no! (Alto.) Sigueme.

ESCENA X.

Dichas, JENNY.

LUISA. ¡Jenny!

JENNY. ¿Eres tú, Luisa? He ido en tu busca.

LUISA. Acaso sabes ya...

JENNY. Retirate, Magdalena.

MAGDALENA. Al momento, señorita. (Aparte.) ¡Estoy aturrida! (Vase.)

LUISA. ¿Sabes, di, sabes que mi padre ha enviado á mi pobre niño á la alquería? ¿Sabes que se ha apiadado de él?

JENNY. Sí: tu padre ha sido mi salvador. Me ha defendido...

LUISA. ¡Ah! ¿Cómo? ¿De qué?

JENNY. Creí que no iba á encontrarte nunca. (Cae fatigada en el sofá.)

LUISA. (Sentándose á su lado.) ¿Me buscabas?

JENNY. Sí; para asegurarte que yo no te abandonaré nunca; pero que al mismo tiempo debes comprender que me es imposible callar por mas tiempo. ¡Si solo se trata de mí, yo sabria sobreponerme á la calumnia!

LUISA. ¡A la calumnia!

JENNY. ¡Pero no debo consentir en que mi padre sufra de ese modo! ¡Tú me perdonarás! Mas...

LUISA. Acaba.

JENNY. Yo no puedo dejarle morir de dolor por salvarte.

LUISA. ¿Por salvarme? ¿Qué es lo que estás diciendo? Explicame.

JENNY. ¡Cómo! Pues ¿á qué has venido? ¿Por qué?

LUISA. Porque me han robado mi hijo... porque he corrido toda la noche como una loca buscándole inútilmente, y vine á preguntarte...

JENNY. ¿No sabes nada mas?

LUISA. Nada mas... sino que, segun acaban de decirme, Domingo lo ha llevado á la alquería, encargando, de parte de mi padre, que velase por él... ¡Estás temblando!

JENNY. ¡Luisa, Luisa!

LUISA. ¡Lloras! ¡Oh! ¡Concluye de una vez!

JENNY. ¡Ayer tarde... en la fiesta... ¡ha habido un suceso terrible!

LUISA. Di.

JENNY. Se habló de la cabaña de Marta...

LUISA. ¡Dios mio!

JENNY. Se acusó á algunos...

LUISA. ¡Estoy perdida!

JENNY. No; no fué á ti, Luisa.

LUISA. ¿No? Pues... ¿á quién?

ESCENA XII.

JENNY. A ti no te habian visto subir todos los dias á la baña.

LUISA. ¡Jenny, Jenny! ¡Perdon!

JENNY. Ni me arropiento... ni me quejo...

LUISA. ¡Pero tú habrás rechazado esa imputacion afrentosal... ¡Ah! Si. ¿Quién se atreverá á acusar tu inocencia?

JENNY. Luisa, he pensado en ti... ¡y he callado!

LUISA. ¡Qué escucho! ¡tú! ¡Jamás! ¡Yo no admitiré nunca semejante sacrificio!

JENNY. ¡Oh! veo que conoces que no puedo dejar padecer á mi padre por mas tiempo.

LUISA. ¡Tu padre!

JENNY. ¡Me cree culpada!

LUISA. ¡Ah!

JENNY. Pero antes de justificarme, he querido verte, Luisa.

LUISA. ¿Para qué? ¿Por qué has detenido un solo momento la verdad en tus labios? ¡Ah! Yo misma seré quien proclame tu pureza: yo gritaré que eres inocente: que solo yo soy criminal. Jenny, ¿qué has hecho?

JENNY. Deja que yo le vea... que consiga que me escuche... se lo diré todo, y te protegeré... sí... aguarda algunas horas.

LUISA. Cuando tu padre te condena, yo no debo esperar un solo minuto.

JENNY. Sí: mi padre me condena, ha querido matarme! Pero el tuyo me ha salvado. Espera que el mio tambien te salve á ti.

LUISA. ¡Oh! ¡ya nada me importa lo que pueda sucederme! Lo primero eres tú.

JENNY. Espera.

LUISA. ¡General, general! (Aparece el marqués.) Señor marqués... (Viéndole.)

ESCENA XI.

Dichas, MONTECLAIN.

JENNY. (Aparte.) ¡Ah! ¡bien esperé siempre que no nos abandonaria!

LUISA. Señor marqués, V. viene á justificarla, ¿no es cierto?

MONTECLAIN. Si: he sabido la sublime generosidad de esta señorita, y á mi me toca volverle la consideracion que se le debe.

JENNY. Pero ¿querria mi padre escucharle á V., á V. á quien tambien acusan?

MONTECLAIN. Sosiéguese V., Jenny. Yo traigo aun mas que mi palabra de caballero para justificarla á V.; traigo pruebas positivas... Nadie en vista de ellas podrá abrigar la menor duda.

LUISA. Estoy pronta á confesarlo todo.

MONTECLAIN. No. Kerouan debe ignorarlo todavia. Escúcheme V., Luisa. Yo he formado de su salvacion de V. una de las mas bellas esperanzas de mi vida, y nada omitiré para realizarla. Es V. la hija del antiguo servidor de mi padre: V. es la única amiga de esta noble joven... y mi fortuna y mi existencia entera están consagradas á asegurar á V. su reposo y su porvenir.

LUISA. Tanta generosidad...

MONTECLAIN. Jenny, yo necesito cuanto antes hablar á su padre de V.

Dichos, LUIS, luego MAGDALENA, KEROUAN, DOMINGO, el GENERAL.

LUIS. ¡Señorita, señorita! (Esta escena es sumamente viva.)

JENNY. ¿Dónde está mi padre?

LUIS. He venido corriendo á decirle á V... que acaba de llegar; pero... apenas ha bajado del carruaje... ha visto el del señor marqués... y... (Sale Magdalena corriendo.)

MAGDALENA. ¡Ah! señor... ocúltese V... ¡Huya V. pronto!

MONTECLAIN. ¿Por qué?

MAGDALENA. El general está fuera de sí... Habla de matarle á V... En vano mi tío Kerouan trata de detenerlo.

MONTECLAIN. Yo mismo me presentaré á sus ojos, y su enojo cambiará muy pronto en alegria. (Va á salir.)

KEROUAN. (Saliendo.) ¿Adónde va V.?

MONTECLAIN. A hablar al general, que debe escucharme antes de condenar á nadie.

KEROUAN. Es que no querrá escucharle á V... que casi ha perdido la razon... que es en V. una temeraria locura arrostrar la cólera de un padre.

LUISA. (Bajo, á Jenny.) ¿Oyes?

MONTECLAIN. Los culpables son únicamente los que huyen de esos peligros; y si el general no diese oidos mas que á los ecos de su ira, sobre él no mas caería el castigo y los remordimientos.

DOMINGO. ¡Luego V. quiere con ese empeño de verle, que se cometa un crimen!...

MONTECLAIN. (Alto.) Un hombre que se llama el conde D'Esteve, no puede cometer crimen alguno.

GENERAL. (Apareciendo de repente en la puerta del jardín.) Pero puede castigar al miserable que lo haya deshonrado.

MONTECLAIN. (Poniéndose frente á él.) No, general; porque él sabrá respetar á su enemigo, cuando este viene á su casa y le dice... Héme aquí, caballero.

GENERAL. (Con ira.) ¡Ah! (Pausa.) Tiene V. razon. Yo no le buscaba á V. para asesinarle... salgamos...

MONTECLAIN. General, yo he venido tan solo para desengañar á V.

GENERAL. ¿Para desengañarme?... ¡Para mentir de nuevo, querrá V. decir!...

MONTECLAIN. Cuando he venido á su casa de V., Mr. D'Esteve, debia V. estar seguro de que solo trataria de hablar á V. de honor.

GENERAL. ¿De honor? ¡Cómo! (Da á Domingo las pistolas y baja á la escena.) ¿Despues de haber deshonrado mi nombre, el señor marqués de Montecrain viene á hablarme de honor? (Con sonrisa violenta.) Ya comprendo. Sin duda es del honor que quiere hacerme, pidiéndome la mano de mi hija.

MONTECLAIN. Eso lo seria por el contrario para mi, caballero; pero yo temeré siempre no ser bastante digno de obtenerlo.

KEROUAN. Señor marqués, ¿qué es lo que V. dice?

GENERAL. (Aparte.) ¡Miserable! (Alto.) En fin, ¿qué es lo que V. ha venido á hacer en esta casa? ¿Pensaba V., por ventura, que quedaria impune tanta insolencia, porque mi hijo es un cobarde que me abandona... porque V. no encontraria aqui sino un anciano débil y enfermo?

MONTECLAIN. Su hijo de V. estaria aqui para defenderme, si en estos momentos no vengase quizá el honor de su hermana...

GENERAL. Entonces, ¿qué busca V. en mi casa? ¿Qué otro adversario que no sea V. pudiera tener Jorge?

MONTECLAIN. El que se ha hecho eco de una infame calumnia.

GENERAL. ¡De una calumnial... ¡Y se atreve V. á decirlo!... ¡Usted!...

MONTECLAIN. Si; porque traigo las pruebas... *(Bajo, al general.)* Mande V. que nos dejen solos.

GENERAL. *(Retrocediendo.)* Hable V. alto, caballero. La afrenta ha sido pública, y es preciso que la reparacion lo sea tambien... como lo será igualmente el castigo.

MONTECLAIN. Pues bien. Lea V., general. *(Bajo.)* Pero repare V. delante de quién lee. *(Dándole la carta que Luisa escribió á su padre en el primer acto.)*

GENERAL. *(Aparte.)* ¿Qué quiere decir?

JENNY. *(Bajo á Luisa.)* Ese escrito...

LUISA. *(Aparte. Fijando en ella una mirada desde lejos y reconociéndola.)* ¡Mi carta!

JENNY. *(Vivamente.)* Calla por Dios. *(Kerouan ha observado los movimientos de las dos jóvenes. El general se sienta á leer á la derecha del espectador y un poco detrás. Monteclain queda en pie cerca de él y le oculta de los demás personajes. Kerouan, en medio de la escena, los mira muy lentamente á todos y con aire de sorpresa é investigacion. Luisa y Jenny están á la izquierda. La primera vuelta del lado de la otra que la contiene con sus gestos. Magdalena mas á la izquierda. Domingo mas á la derecha del otro lado del sofá donde está el general.)*

GENERAL. *(Bajo, leyendo.)* ¡De Luisa!... ¡Cómo! ¡Marqués!... ¡Era Luisa!...

MONTECLAIN. *(Bajo al general.)* ¡Silencio! Si. Ella era...

GENERAL. *(Id. á Monteclain.)* Y esta carta...

MONTECLAIN. *(Id.)* Su hija de V. la leía en las corridas de Lamballe; pero engañando á Kerouan... yo le diré á V. luego...

GENERAL. *(Id.)* ¡Ah! ¡todo lo comprendo! Noble criatura... ¡Salvaba á su amiga!... Se sacrificaba tan generosamente... ¡Y yo la he acusado!... *(Mira á su hija con lágrimas en los ojos.)*

MONTECLAIN. *(Bajo al general.)* ¡Prudencial

GENERAL. *(Le hace señas de alegría y de cariño sin que Kerouan lo note: ella le contiene, señalando á Luisa.)* ¡Pobre Jenny! ¡Cuánto ha debido sufrir!

JENNY. *(Bajo á Luisa.)* ¡Nos hemos salvado, yo te lo aseguro!

KEROUAN. *(Aparte.)* ¡Y no abraza á su hija!

MONTECLAIN. ¿Y ahora, general, querrá V. escucharme sin testigos?

GENERAL. Si, si.

KEROUAN. *(Aparte, mirándola con disimulo.)* ¡Y Luisa llora!

GENERAL. Vamos, hijos míos... vamos... necesito estar solo con el marqués.

MONTECLAIN. *(Dirigiéndose á las dos.)* Señorita... Suplico á V... Retírese V., Luisa. *(En el momento en que Luisa va á salir, la detiene Kerouan con una seña pronta, y se dirige en seguida junto al general que permanece sentado.)*

KEROUAN. *(Aparte.)* ¿Qué carta es esa? *(Alto.)* Con que... ¿estás contento, Simon?

GENERAL. *(Turbado.)* Ciertamente. Si... y quiero...

KEROUAN. ¿Esa carta... prueba que tu hija es inocente?

GENERAL. *(Mirándole con terror y ansiedad.)* ¿Puedes dudarlo?

KEROUAN. *(Aparte.)* ¡Oh! no, no. Es la misma... *(Alto.)* Y esa

prueba... tú nos la darás á conocer... ¿no es verdad?

GENERAL. ¿Para qué?... Basta con que á mi me satisfaga.

(Va á guardar la carta en el bolsillo del frac. Kerouan le detiene con fuerza y prontitud la mano, clavando en él sus ojos escudriñadores y mirándole de hito en hito.)

KEROUAN. Pero no me satisface á mí.

GENERAL. ¡Ah!

LUISA, JENNY y MONTECLAIN. ¡Ah!

GENERAL. Suelta esa carta, ¡desgraciado! *(Queriendo quitársela.)*

KEROUAN. *(Quedándose con ella. Pausa. Terror general. Vuelve los ojos á las dos jóvenes, se dirige al marqués y á Jenny y con aparente calma agarra á Luisa comprimiéndose llevándola al centro de la escena.)* Esta carta es mía. Y pues que Vds. dos mintieron al leérmela... tú vas á darme su contenido, Luisa.

MONTECLAIN. ¡Silencio!

GENERAL. *(A Luisa.)* ¡No la leas!

KEROUAN. General... señor marqués... ni una sola palabra. Su padre se lo manda... Lee, desdichada, lee pronto. *(Le presenta la carta sin soltarla; ella cae de rodillas.)*

LUISA. Perdon, padre mio, perdon.

KEROUAN. Ya escucho. *(Con afectada calma y aparente sonrisa y poniéndole la carta delante. Luisa lee con voz ahogada.)*

LUISA. «Padre mio, he olvidado todos los deberes que el... que el honor me imponia... ¡Dios me ha castigado con la desgracia! Yo voy á castigarme con la muerte.» Si; ¡he querido morir!

KEROUAN. *(En el mismo tono que antes.)* Lee.

LUISA. «¡Perdóneme V. si no revelo el nombre del que me ha perdido! Perdóneme V. si muriendo, al verme abandonada por él, llevo conmigo á la tumba mi secreto para librarlo de su venganza.»

KEROUAN. ¡Pero vives aun! *(Bajo, en seguida, reponiéndose.)* Continúa.

LUISA. *(Leyendo de rodillas.)* «No quiero que se maldiga á nadie mas que á mi, que á nadie sino á mi se castigue.»

MONTECLAIN. ¡Noble corazon!

GENERAL. ¡Infeliz!

LUISA. «Al saber mi falta me hubiera V. matado, y á mi hijo tambien: esto habria sido un crimen, padre mio, ante Dios y los hombres, y he preferido ser yo la que le cometa. Dios tal vez, me perdonará mi muerte, pues ella le evita á V. la desesperacion y la necesidad de castigarme... ¡Adios, padre mio, adios y él os bendiga!»

(Luisa inclina la cabeza sobre el pecho; Kerouan permanece inmóvil. Monteclain se adelanta poco á poco, y se coloca entre Kerouan y Luisa, á quien levanta del suelo, confiándola á Jenny, que la recibe en sus brazos. El general se levanta, y se aproxima tambien poco á poco á Kerouan, y le toma una mano: este se arrodilla sin mirarlos, y todo lo mas lentamente posible, clavando sus ojos en el cielo.)

GENERAL. *(Tomándole una mano.)* ¡Kerouan! ¡Amigo mio!

MONTECLAIN. *(Le toma la otra.)* Kerouan, escúchame.

KEROUAN. ¡Dios mio! ¡Tú que castigas y perdonas! Tú que me has sostenido durante cuarenta años de trabajos y de combates... Tú, que me has enseñado á sufrir por tu santa causa... Tú, que siempre me has mostrado el sendero del honor... inspírame piadoso... y dame á conocer tu voluntad. *(Baja la cabeza.)*

JENNY. *(Bajo á Luisa.)* ¡El te concederá su perdón!

LUISA. *(Id. á Jenny.)* No lo esperes jamás. *(En este momento*

se oye un gran ruido hácia el fondo; la puerta se abre, y Mad. de Brias, seguida de su hija y de toda la sociedad que estuvo en la fiesta, sale rápidamente. El general les sale al encuentro y quiere detenerlos.)

GENERAL. ¡Ah! ¡Señores! ¡Señores!...

MAD. DE BRIAS. Perdone V., general, si nos presentamos de esta suerte; pero vengo á esponer á V. mis disculpas y las de mis hijos.

GENERAL. Basta. ¡Por favor! Yo se lo ruego á Vds.

KEROUAN. Continúe V., señora. Cumpla V., su deber. Cada uno obtenga lo que le pertenece. A la virtud y la inocencia, el respeto y la veneracion; al vicio y al crimen, la vergüenza y el castigo. Ven, ven, infeliz. *(Asiendo á Luisa de la mano.)* ¡Nuestro lugar no está entre los dichosos ni las gentes honradas! *(Vase llevándola con violencia.)*

GENERAL. ¡Kerouan!

MONTECLAIN. Espera.

JENNY. ¡Ah! ¡Padre mio! Sigámosle.

GENERAL. ¡Kerouan! *(Vase con su hija.)*

MONTECLAIN. *(A Ana, viéndola entre la multitud.)* ¡Señora! ¡Señora! Y tiene V. valor...

ANA. Marqués, ¿qué significa?...

MONTECLAIN. ¿Viene V. á gozarse en su obra?... Aléjese V. cuanto antes de esta casa. *(Rumores en la concurrencia.)*

ANA. No hay de qué admirarse, señores; Monteclain ignora, sin duda, que esta casa es desde hoy la mia.

TODOS. ¡Cómo! ¡Sale Jorge!

JORGE. *(A Ana.)* ¡Jamás! Por fortuna he llegado á tiempo de impedir sus osados proyectos.

MONTECLAIN. Jorge.

ANA. Si; Mr. Jorge D'Esteve es mi esposo.

TODOS. ¡Su esposo!

JORGE. ¡Ah! ¡Infame!

MONTECLAIN. *(A Ana.)* ¿Qué hace V.?

ANA. Ver si el general se atreve ahora á negarme el nombre que su hijo me diera.

ALI. *(Saliendo.)* ¡Mi coronel!

MONTECLAIN. Has vuelto ya... Condesa... muy pronto lo sabremos. *(Animado y con tono de amenaza, se dirige el marqués á Ana; Jorge, contenido por este, vase entre los concurrentes que demuestran la mayor sorpresa.)*

CAE EL TELON

ACTO QUINTO.

El teatro representa una habitacion baja de la alquería de Kerouan; medio fondo está cubierto con una ventana al campo; el otro medio descubierto, y delante de él un camino que conduce á una montaña elevada y áspera. A la derecha del espectador, una puerta, y otra á la izquierda; junto á la ventana del fondo hay colgada una hacha de leñador; á la izquierda, y en primer término, una chimenea, sobre la cual hay tambien dos espadas cruzadas y una carabina: á la derecha del espectador dos puertas en alto, que tienen un corredor con su barandilla y escalera que conduce á la escena.

ESCENA I.

LUISA, JUAN, bretones y bretonas, despues KEROUAN.

JUAN. ¿Podremos saber, señorita Luisa, para qué nos ha hecho el amo venir tan de prisa del campo?

LUISA. Él se lo dirá á Vds. sin duda.

JUAN. Tiene hoy una cara... nosotros no le hemos hecho mal alguno.

LUISA. Bien. Esperad. *(Aparte.)* ¡Yo tambien aguardo!

JUAN. Señorita, yo no sé lo que sucede; pero V. siempre... siempre ha sido el consuelo V. de los pobres; y si le hubiera sucedido alguna desgracia á V. ó á su padre, todos trabajaríamos por Vds. sin interés de ninguna especie y tan de veras como hasta aqui. ¿No es verdad, amigos míos?

TODOS. Si, si.

JUAN. Ya nos pagarian cuando pudiesen. *(Viendo á Kerouan.)* ¡El amo! *(Sale Kerouan por la puerta del corredor: baja, y tira sobre la mesa, que hay en el mismo lado, un sacco de dinero, y se dirige á Luisa con gravedad.)*

KEROUAN. *(A Luisa.)* Cuente V. ese dinero.

LUISA. ¿Yo?

KEROUAN. Si, V. Es preciso conservar al menos el poco honor que nos queda. *(Luisa baja los ojos, se dirige á la mesa y cuenta el dinero.)* ¿No ha vuelto Magdalena?

JUAN. No, señor. Sin duda no ha hallado aun á su hijo de usted.

KEROUAN. *(Sentándose, y á Juan.)* Ya le encontrará. *(A los otros.)* Acercaos. Ninguna queja tengo de vosotros; habeis ganado honrada y laboriosamente vuestro pan en mi casa. No todos suelen hacer esto en el mundo; pero en fin, Dios dispone las cosas segun su voluntad. Creed, amigos míos, que en tanto hubiera vivido aqui, no os habria faltado trabajo ni alimento; mas circunstancias que no podia prever, me obligan á dejar la alquería.

JUAN. ¿Usted?

TODOS. ¿Usted?

JUAN. ¡Eso no es posible!

LUISA. *(Aparte.)* ¿Qué quiere decir? ¡Gran Dios!

KEROUAN. Esta noche habré partido ya.

JUAN. Pero ¿por qué, señor, por qué?

KEROUAN. Mañana lo sabreis. Tal vez hoy mismo; dentro de una hora quizá... Hé ahí la razon porque es preciso darnos prisa. Decid lo que se os debe; voy á pagaros en el acto.

TODOS. Pero, señor...

KEROUAN. Luisa va á ajustar vuestra cuenta.

LUISA. ¡Padre mio!

KEROUAN. ¿Ignora V. que no sé leer ni escribir? Por otra parte, ningun interés puede V. tener en engañarlos tambien á ellos! *(Kerouan se va al fondo y se sienta en un banco pequeño, con la cabeza metida entre las dos manos. Los demás rodean todos á Luisa.)*

LUISA. *(A uno.)* Ten, Francisco. Esa es tu cuenta y la de los demás jornaleros.

FRANCISCO. ¿Para qué quiero verlo?

LUISA. *(A uno.)* Para tí. *(A otros dos.)* Los dos luises de vosotros. *(A Juan.)* Toma tú, Juan.

JUAN. ¡Ah! señorita, nosotros trabajaríamos de balde. Dígaselo V. al amo.

LUISA. Gracias, amigos míos, gracias. Id con Dios.

KEROUAN. *(Levantándose.)* ¿Han concluido?

LUISA. Si, señor.

KEROUAN. *(Mirando un montoncito de francos.)* Y eso, ¿qué es?...

LUISA. Son los gajes de Pornic.

KEROUAN. ¿En dónde está?

LUISA. ¡Oh! El miserable no se atreverá á venir.

KEROUAN. Si no hubiese miserables para hacer el mal,

TEATRO

(Siempre con afectada calma y tomando el dinero.) no los habría tampoco para contarlos. (A Juan.) Dale á Pornic lo que le toca. Era un trabajador incansable.

JUAN. ¡Era un villano! ¡Una astuta serpiente!

KEROUAN. Ese es un asunto para Dios y él tan solo. A mí nunca me ha engañado. Idos, hijos míos, adios. ¡Continuad siendo laboriosos y honrados! Una conciencia limpia, conserva siempre sano el corazón, aun cuando el infortunio le atormenta. Adios, dejadme solo.

Todos. ¡Adios, señor Kerouan!

KEROUAN. Él os proteja. (Vanse los aldeanos.)

ESCENA II.

LUISA, KEROUAN.

(Kerouan baja muy lentamente la escena, toma una silla, y va á sentarse en medio del teatro. Luisa se acerca á su lado pausadamente, y se pone de rodillas.)

LUISA. ¡Padre mio!

KEROUAN. (Después de una pausa y con aparente calma.) Siéntese V.

LUISA. ¡Perdon, piedad!

KEROUAN. Siéntese V., yo se lo ruego.

LUISA. ¡Oh!... Déjeme V. suplicarle, y llorar de rodillas...

KEROUAN. (Levantándose.) Entonces, ¡aguardaré!

LUISA. ¡Padre mio! ¡Padre mio!

KEROUAN. Le he pedido á V. que se siente; tenemos que hablar de ciertos negocios.

LUISA. Ya obedezco.

KEROUAN. (Siempre afectando calma y reposo.) Luisa, yo he procurado toda mi vida el ser un hombre de bien, y aunque un pobre aldeano como yo valga muy poco en el mundo, aunque no parezca cuerdo el alabarse á sí propio, nunca le he hecho mal á nadie.

LUISA. ¡Ah! V. ha sido siempre el ejemplo del honor y de la probidad.

KEROUAN. Mucho ha ponderado V. Sin duda debe saberlo mejor que yo; pero déjeme V. explicar las cosas como yo las comprendo. Decía, pues, que nunca he hecho mal á nadie, y no quiero dar hoy motivo para que se me desmienta, quebrantando mi conducta con mis propios hijos.

LUISA. Dios bendiga, señor, tan sublime bondad.

KEROUAN. Tendría unos veinte y cinco años cuando me casé con su madre de V.

LUISA. ¡Madre mia!

KEROUAN. Concluida la primera guerra de la Vendée, yo era pobre, pero como me había batido hasta lo último por la buena causa, su madre de V., que era natural del país, correspondió á mi afecto; su padre creyó que un poco de honradez valía tanto como algunos escudos, y me otorgó á su hija.

LUISA. ¡Mi pobre madre! ¡Tan orgullosa de tenerle á V. por esposo!

KEROUAN. He querido decir con esto, que todos los bienes que poseemos nos han venido de ella.

LUISA. ¡Los bienes que poseemos! Padre mio, ¿de qué trata V. de hablarme?

KEROUAN. De la porción que á V. pertenece.

LUISA. ¿De lo que me pertenece? (Hace un movimiento para levantarse.) ¡A mí! ¡Ah! ¿Por qué me habla V. de ese modo?

KEROUAN. Continúe V. en su silla. Yo no tengo mi cabeza

bien organizada para las cuentas, y es preciso que no cometa error alguno.

LUISA. ¡Ah! ¡Maldigame V., pero no me trate V. así!

KEROUAN. (Siempre en el mismo tono.) Ha llegado el momento de que cada uno piense en sí propio. V. lo ha hecho como mejor le ha parecido; y... ya ve V. que no le digo nada. Pero cada cual tenemos nuestras ideas. Yo no le pido á V. grandes sacrificios; soló algunos minutos de paciencia.

LUISA. Hable V., padre mio, hable V.

KEROUAN. Yo había recibido seis mil francos de la dote de Mariana, y con ellos tomé la alquería que habitamos. El viejo marqués de Monteclair, que me amaba, porque los dos habíamos, durante la guerra, dividido á menudo el hambre y la fatiga... Mr. de Monteclair, repito, me cedió la alquería á buena cuenta, pudiendo yo, á favor de ella, criar á los cuatro hijos que nacieron de mi pobre Mariana.

LUISA. (Llorando.) ¡Ah!

KEROUAN. La dicha nos sonreía por todas partes, y yo contemplaba radiante de felicidad á mi esposa, y á los frutos de nuestro amor, cuando nos sentábamos á la mesa, y cuando nos apiñábamos junto al hogar en las crudas noches del invierno; pero pronto la suerte nos volvió el rostro... ¡y en menos de un año acompañé á dos de mis hijos al cementerio de la aldea vecina! Este fué un rudo golpe que me abatió como á un niño, y... que mató á su madre de V... cuando apenas contaba diez y nueve años.

LUISA. ¡Ah! ¿Por qué no morí yo con ella?

KEROUAN. V. no puede acordarse bien de todo eso. Pero yo lo tengo muy presente. El pobre Cristóbal, niño todavía, caminaba á mi lado, detrás del ataúd. Hacía frío y llovía copiosamente. Yo la había tomado á V. en mis brazos, y... V., que me veía llorar, besaba mis párpados para consolarme.

LUISA. ¡Basta! ¡Por piedad, padre mio!

KEROUAN. Nada de esto le recuerdo para acusar á V. Lo hago tan solo para enterarla de cuanto ha sucedido, y para que V. sepa que no quiero dejar de darle amplias cuentas de todo cuanto la concierne.

LUISA. ¡Ah! Cuando el general quiso matar á Jenny, tuvo mas compasión de ella.

KEROUAN. Un poco de paciencia y concluyo en seguida. V. no ignora que las enfermedades, la muerte, cuestan muy caras. Así pues, cuando murió su madre de V. me vi lleno de deudas contraídas sobre los bienes que á V. le dejaba. Sin embargo, á fuerza de orden y de constancia, lo pagué todo; y aun esperaba hacer algunas economías... pero otra desgracia cayó sobre nosotros. ¡El fuego consumió la pequeña quinta que teníamos en la montaña que linda con el lago vecino, y no dejó mas que esa miserable cabaña que Marta habita y que V. ya conoce!

LUISA. Pero ¿qué quiere V. decir con todo eso?

KEROUAN. Era preciso trabajar de nuevo, hacer de nuevo mas crecidos gastos... tal vez fui mas lejos de lo que debiera... Quise que recibiese V. una educación como una señorita... Lo creí conveniente... también ha costado muchos desembolsos... Lo siento... á pesar de ello, aun he podido hacer seis mil francos de economía... V. los hallará sobre la mesa de su cuarto: con ellos hay varios créditos, varios títulos de pertenencia, rea-

licelos V.; y si no cubre la suma que á V. le pertenece, rogaré á su hermano de V. que me los preste de su legítima, y quedaremos en paz.

LUISA. (*Levantándose.*) ¡Padre mio! ¡Dios ha concedido á los mas culpables el derecho de implorar su misericordia, y aun el asesino que sube las gradas del cadalso, tiene á su lado un sacerdote que le habla de perdon! Yo sé que solo á Dios puedo rogar me absuelva, pero le he escuchado á V., y ahora le pido pronuncie mi sentencia. (*Poniéndose de rodillas.*)

KEROUAN. Yo no soy juez, y no puedo absolver ni condenar. Yo soy únicamente un deudor que acaba, como su deber se lo imponía, de devolver lo que no era suyo, y que en cambio quiere que se haga otro tanto con él.

LUISA. ¿Y qué puedo yo deberle que me sea posible pagarle nunca?

KEROUAN. (*Levantándose.*) V. me debe la parte del bien que me pertenecía y que yo le había á V. confiado. V. me debe cuenta de mi honor, que era mi único patrimonio, que era mi solo bien, y á mi vez estoy dispuesto á escucharla.

LUISA. ¡Padre! ¡padre!

KEROUAN. ¿Qué has hecho de él? Responde.

LUISA. ¡Oh! ¡ese honor! ¡Mi mas preciosa herencia! ¡Lo he marchitado! ¡Lo he perdido!

KEROUAN. ¡No hablas mas que del tuyo! ¡Pero el mio, el mio! Tú has arrojado el que te pertenecía á la mitad del camino, y tu parte está deshecha. Eres una jóven perdida, y esto solo es tu sentencia y tu castigo... ¡Pero yo! ¡yo no quiero ser el padre de quien se le roba el honor y se calla! ¡Esa sería mi mas cobarde infamia... y yo no la sufriré!

LUISA. (*Levantándose.*) ¡Cielos! ¿Qué intenta V., señor?

KEROUAN. ¿Cree por ventura el vil que te ha seducido, que yo no le reclamaria lo que me ha robado? ¿Habeis creído los dos que dejándoos en el fango de vuestra ignominia, cederia mi enojo y mi venganza? ¡Oh! no, Gracias al cielo, á nadie le es dado hacer un infame de un hombre de bien, y menos lo hareis vosotros, los que vivis en la vergüenza, con el que acaba de condenaros... Su nombre.

LUISA. ¿Para matarle?

KEROUAN. Yo no le he preguntado á V. lo que haria de sus bienes; todos se los he dado, y V. me debe ese nombre.

LUISA. (*Apresuradamente y con agitacion.*) Padre mio, el dia en que me vi abandonada de Dios para dar mi vida á aquel á quien amaba, le juré esperar en silencio la hora en que él viniese á reparar mi falta. ¡Es un crimen añadido al otro sin duda, pero yo no faltaré traídoramente á lo que he prometido!...

KEROUAN. Yo no la despreciaba á V. hasta el punto de creer que amaba V. á un cobarde.

LUISA. Dios lo juzgará á su vez, pero yo he jurado...

KEROUAN. ¡Luisa, la afrenta de mi honor pide sangre! ¡Necesito la vida de ese hombre!

LUISA. Padre... yo soy dueña de la mia, y se la entrego á V.

KEROUAN. Luisa, al intentar morir, habias querido sin duda evitarme un crimen... ¿tratas de que acabe por cometerle?

LUISA. ¡Máteme V., máteme V.; pero yo no he de revelar ese nombre!

KEROUAN. ¡Luisa!... Yo no quiero matarte, lo que quiero es que hables.

LUISA. Lo he jurado.

KEROUAN. Luisa... tú ignoras una cosa quizá... ¿tú no sabes que se quiere á un hijo mas que á un padre?

LUISA. ¿Qué dice V.?

KEROUAN. Que si se puede abandonar á un padre á la vergüenza, á la desesperacion y á la muerte, (*Dirigiéndose á la puerta del cuarto de Luisa.*) no es posible ver sufrir un solo minuto á la criatura que recibiera nuestro ser.

LUISA. Pero... ¡Dios mio!... ¿adónde va V.?

KEROUAN. Si no me dices el nombre del que te ha burlado... no será en ti, Luisa, en quien vengue mi ultraje. Tu hijo está aquí dentro... (*En la puerta; ella, fuera de sí, se lanza á su padre.*)

LUISA. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

KEROUAN. (*Rechazándola.*) ¡Atrás!

LUISA. (*Asiéndole las manos.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

KEROUAN. (*Rechazándola.*) He alejado á todos los de la alqueria.

LUISA. ¡Tenga V. piedad de mí!

KEROUAN. ¡Ese nombre!

LUISA. Yo se lo diré á V.; pero obligarme á ser perjura amenazando la vida de mi hijo, ¡eso es horroroso, padre mio!

KEROUAN. ¡Ese nombre!

LUISA. Sí, sí; pero lo que quiere V. hacer es indigno de su alma.

KEROUAN. ¡Ese nombre!

LUISA. Voy á decirlo... repito... mas asesinar á un pobre niño, cuando puede V. matar á su madre... es una cosa horrible.

KEROUAN. ¡Pronto, ese nombre!

LUISA. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Perdon! ¡Ya no puedo ocultarle! El hombre á quien amo...

KEROUAN. Acaba.

LUISA. Es...

ESCENA III.

Dichos; JORGE, apresurado; JENNY.

JORGE. ¡Luisa! Esos gritos...

LUISA. (*Lanzándose á él.*) ¡Ah! ¡Jorge! ¡Jorge! ¡Quiere matar á mi hijo!

JENNY. ¡Cielos!

KEROUAN. (*Queriendo imponerla silencio.*) ¡Luisa!

JORGE. (*Poniéndose con resolución delante del cuarto de Luisa.*) ¡Antes me matará V. á mí!

KEROUAN. ¿Qué dices?

LUISA. (*Poniéndose al lado de Jorge.*) ¡Oh! ¡seremos dos ahora!

KEROUAN. ¡Tú!... ¡Jorge!... ¡Tú la defiendes!... ¿Qué vienes á hacer aquí?

JORGE. Puesto que para saciar su venganza necesita V. derramar sangre... yo soy el culpable... ¡vierta V. la mia! (*Hiaca una rodilla en tierra.*)

JENNY. (*Sorprendida.*) ¡Jorge!

KEROUAN. (*Abalanzándose á coger el hacha contra Jorge.*) ¡Tú! ¡tú! ¡miserable!

LUISA. (*Dando un grito.*) ¡Ah!

JENNY. (*Poniéndose delante.*) ¡Kerouan! ¿Qué va V. á hacer?

(*Pausa: Kerouan con el hacha levantada; Jenny delante contentiéndole: Jorge de rodillas; Luisa al lado de Jorge: Kerouan se dirige á Jenny.*)

KEROUAN. ¡Sí... tienes razon! (*Queriéndose sosegar y tiran-*

do el hacha.) ¡Jorge! El hijo de mi antiguo amigo... ¡Jorge!... ¡Eh!... Tú lo sabías, Jenny... ¡y tú ocultabas el crimen de tu hermano!... ¡Qué horror!

LUISA. ¡No, padre mio, no! ¡Ella no ha callado mas que mi falta: ella no ha tenido piedad mas que de mi!

KEROUAN. Bien. Poco me importa ya. *(Se dirige á la chimenea, descuelga las espadas que sobre ella hay, y las coloca en la mesa.)*

JENNY. ¿Qué va á hacer?

KEROUAN. Hé aquí mi antigua espada de la Vendée, caballero, y hé ahí tambien con ella la que me dió su padre de V. cuando lo saqué bañado en sangre del campo de batalla... *(Agitación de las jóvenes.)* ¿Cuál elige V.?

JORGE. La de mi padre. Yo sabré empuñarla con honor.

LUISA. ¿Qué dices, Jorge?

KEROUAN. ¿Me ha entendido V., caballero?

JORGE. Estoy pronto á seguirle.

LUISA. ¡Tú!... ¡tú!... Pero ¿qué van á hacer?

JORGE. Por mi parte á cumplir mi última obligación... ¡A morir, Luisa!

LUISA y JENNY. ¡A morir!

JENNY. Y es eso lo que tú debías...

LUISA. Un momento, Jenny... Padre mio, ya le conoce V. y sabe que no rehusará seguirle; pero concédame V. un instante, un solo minuto para hablar á Jorge.

KEROUAN. ¡Tendré paciencia!... ¡Esperaré! *(Va á salir.)* Dile cuanto quieras.

LUISA. No: sola no, padre mio, sino delante de V., que me ha condenado... ¡delante de ella, que ha tenido piedad de mi, *(Por Jenny.)* delante de Dios que nos escuchal *(Kerouan vuelve á bajar á la escena y se dirige á la mesa, apoyándose en ella, y dejando encima la espada.)*

KEROUAN. Sea. Dile tus últimas palabras.

LUISA. Escucha, Jorge, y respóndeme otra vez si te atreves, como me has respondido antes. ¿Adónde vas?

JORGE. Ya lo he dicho. ¡A morir!

LUISA. *(Con sorpresa y desesperacion.)* ¡A morir!

JENNY. ¡Hermano mio!... No piensas...

LUISA. Cállate, Jenny; yo te lo ruego. *(A Jorge.)* ¡Morir, decís! ¡Cómo!... ¡En tal momento!... ¿Aqui? ¿En esta casa?... ¡Cuandó ves un padre desesperado, una pobre mujer perdida... y allí, allí, un hijo, que es el tuyo, y que no tiene nombre... no te ocurre otro pensamiento que la muerte!

JORGE. Es lo único que puedo hacer. La muerte, Luisa, es la espacion de todos los criminales.

LUISA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Me desprecia tambien!

JENNY. ¡Ah! ¡Jorge! ¡Eso es horroroso!

KEROUAN. *(A Luisa.)* ¿Y V. creia que me hubiera vengado mejor matándola á V.? *(A Jorge.)* Salgamos, caballero.

JORGE. ¡Al instante! *(Jenny les impide el paso.)*

JENNY. ¡No, no; es imposible! Escúcheme V., Kerouan. Mi padre va á venir de un momento á otro.

JORGE. *(Aterrado.)* ¡Mi padre va á venir! ¡Ah! marchemos, marchemos. ¡Que no oiga yo su maldicion! ¡El mismo me aconsejaria la muerte!

JENNY. *(A Jorge.)* ¡Oh! ¡tú no conoces á nuestro padre!

KEROUAN. ¡Tú mientes, y tú eres un cobarde!

LUISA. Padre mio... *(Conteniéndole.)* ¡No sabe lo que se dice! Ha perdido sin duda la razon.

JENNY. ¡Ah! ¡al fin vino mi padre!

JORGE. *(Se le cae la espada de la mano al oír que llega el general.)* ¡Cielos! ¡Ah! *(A Kerouan.)* ¡Tenga V. compasion!

V. lo ha querido. Pues bien; interróguele V., y él le dirá por qué busco la muerte.

KEROUAN. Basta. Yo sé lo que me toca hacer.

LUISA. ¡Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos, el GENERAL.

GENERAL. Perdona si he tardado, Kerouan. *(Saluda á las jóvenes al salir.)*

KEROUAN. No hay de qué... Era muy justo que recibieses las felicitaciones de tus amigos... y has hecho bien.

GENERAL. *(Tomándole la mano.)* El recuerdo de tus penas me hablaba sin embargo mas alto que todas esas vanidades... pero yo sé que es preciso dejar á la desesperacion la libertad de sus primeros arrebatos, para que pueda escuchar despues los consejos de una amistad verdadera y... confiaba al mismo tiempo en la promesa que esta mañana hiciste á Mr. de Monteclain.

KEROUAN. Ya ves que la he cumplido, y estoy dispuesto á seguir tus consejos. ¿Qué tienes que decirme?

GENERAL. ¿Qué me decias ayer tú mismo? Que debiamos perdonar á la juventud, á las pasiones y al amor.

KEROUAN. Es verdad; y tú no querias escucharme, pero yo... sin embargo, soy menos orgulloso... que tú, Simon. Y si el que ha seducido á mi hija se dispusiera á devolverla su honor... tal vez se lo perdonaria.

GENERAL. ¿Y qué motivo podria impedirle?...

KEROUAN. Tal vez él lleve un nombre que tema humillar dándosele á la hija de un pobre arrendador.

GENERAL. Aunque ese nombre contara diez siglos de nobleza, lo ha puesto ya al nivel del tuyo...

KEROUAN. Quizá tema tambien el resentimiento de su familia... la maldicion de un padre rigoroso...

GENERAL. Si hubiera un padre bastante infame para negarse á tan justa reparacion... la desobediencia llegaria á ser en tal caso un derecho respetable.

KEROUAN. Pues... no opina él de ese modo.

GENERAL. ¡Qué! ¿Le conoces ya por ventura?

KEROUAN. Si.

GENERAL. Y... ¿quién es el cobarde que se ha atrevido á guarecerse con semejantes obstáculos, para no llenar tan sagrado deber?

KEROUAN. Un hombre... que, seguro sin duda de su destreza en las armas, ha creído que con un duelo satisfacía el honor de una familia.

GENERAL. ¡Pero con esos miserables no se bate uno, Kerouan... sino se les mata!

KEROUAN. ¡Se les mata! *(Volviéndose á Jorge.)* ¡No soy yo quien te condena, Jorge! ¡Ha sido tu padre!

GENERAL. ¡Jorge!... ¡Mi hijo!... ¡Él!... ¡Esto es un sueño horrible!

JENNY. *(Abrazando al general.)* ¡Si, si; mi hermano, que temiendo su enojo de V., no se atrevia á esperar su perdón!...

GENERAL. ¡Anatema y maldicion sobre él!

JORGE, LUISA y JENNY. ¡Ah!...

GENERAL. ¡Otro delito mas! Vete desgraciado. Huye de aqui.

KEROUAN. *(Sorprendido.)* ¿Qué dice!

JENNY. ¡Padre mio! Ha sido muy culpable, lo conozco; pero V. le perdonará... como Kerouan perdonará á su hija, y la union de entrambos...

GENERAL. ¡Nunca! ¡Nunca!

LUISA. (Al general.) ¡Cómo!... ¡V. también me condena!

KEROUAN. ¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Falta apurar mas aun la copa de la infame amargura que me has hecho beber!...

LUISA. ¡Yo me vuelvo loca! No, no: ¡esto es increíble!

GENERAL. Vete, Luisa... Jenny, déjanos. (A Jorge.) Sal de aquí, repito... Kerouan... es preciso que yo te hable á ti, á ti solo.

KEROUAN. ¡Ahora le toca á V., señor general! ¡Hable V. alto!

GENERAL. ¡Kerouan, escúchame!

KEROUAN. ¿Quién es el cobarde, me decía V. hace poco, que pueda negarse á tan justa reparacion? El cobarde es este. (Señalando á Jorge.)

GENERAL. ¡Kerouan, Kerouan!

KEROUAN. ¿Quién es el padre bastante infame para rehusar una rehabilitacion tan necesaria?... decía V. también... Ese infame es V...

GENERAL. ¡Kerouan!... ¡Una palabra!...

KEROUAN. Basta, caballero, basta. Y díganme, ¿cuál de los dos quiere empezar el duelo? (Dirigiéndose á los dos.)

ESCENA V.

Dichos; Ali, corriendo.

ALI. ¡Padre mio, padre mio!

JENNY, LUISA y JORGE. (Al ver á Ali.) ¡Oh!

KEROUAN. ¡Ah! ¡Dos contra dos! ¡Igual es la partida!

ALI. ¿Qué quiere V. decir?

KEROUAN. Ali, ¿no sabes nuestra deshonra?

ALI. Si, padre mio. Acaban de decírmelo, y solo he venido á saber el nombre del seductor.

KEROUAN. ¿El seductor? ¡El seductor se llama el vizconde Jorge D'Estevel! ¿Lo entiendes?

ALI. ¡El, él! (Retrocede horrorizado.)

KEROUAN. Y como es hijo de un noble de nuevo cuño, que desprecia sin embargo á los nobles de otros tiempos... nos abandona á nuestro oprobio... de miedo de ensuciar su nombre con el de un breton honrado.

ALI. ¡Es que... es que ese hombre es mas infame... es mas culpable de lo que V. cree, padre mio, porque ese hombre está casado!

Todos. (Menos el general y Jorge.) ¡Casado!

JORGE. (A Kerouan.) ¡Por eso quiero morir!

GENERAL. (Idem.) Ya sabes mi secreto. (Pausa: Luisa se queda inmóvil con los ojos fijos y desencajados, con la fisonomía contraida. Se nota un gran trastorno en su semblante, y esclama como una loca, dirigiéndose sin saber lo que hace ya á uno ya á otro.)

LUISA. (Al general.) ¡Casado! (A Jenny.) ¡Casado! ¡Ah!.. (Se encuentra frente á Jorge y da un grito, en seguida se dirige á Ali.) ¡Adios, hermano mio! (Se lanza como una loca á su cuarto, abriendo la puerta con violento frenesí y cerrándola por dentro. Kerouan ha quedado inmóvil.)

GENERAL. ¡Ah! ¡Jenny! ¡No la dejes sola! ¡Sálvala también otra vez!

JENNY. (Que ha ido al cuarto de Luisa.) ¡La puerta está cerrada!

GENERAL. No: por ahí, por ahí. (Señala á su hija el campo; Kerouan sigue inmóvil.)

JENNY. (Saliendo y llamándole.) ¡Jorge, Jorge! (Jorge se dirige precipitadamente detrás de Jenny, su padre le detiene un momento.)

GENERAL. ¿Adónde va V.?

JORGE. ¡A morir con ella ó á salvarla!

GENERAL. (Bajo.) Ni aun ese derecho tiene V...

JENNY. (Dentro.) ¡Luisa!... ¡Ah! ¡huye por la montaña con su hijo! ¡Luisa!

JORGE. ¡Cielos!... (Vase precipitadamente.)

GENERAL. (Dentro.) ¡Domingo, Domingo, socorro!

ALI. ¡Oh! ¡Yo le buscaré, padre! (Viendo ir á Jorge; luego se dirige á su padre, que continua inmóvil.) ¡Padre mio!

KEROUAN. ¡Ah Dios mio! ¡Cuanto sufro, Dios mio! ¡Yo no puedo mas! (Rompe primero en lágrimas y cae sostenido apenas contra la mesa. Ali se arrodilla á sus piés y le besa la mano.)

ALI. ¡Padre, padre!

KEROUAN. ¡Déjame, déjame llorar!... ¡Ah! tengo oprimido el corazon... Me ahogo... ¡Padezco mucho! .. ¡mucho!... ¡mucho!...

ALI. Si, llore V., llore V.; ¡á mí me toca vengarle!

KEROUAN. Tú matarás á ese monstruo, ¿no es cierto? ¡A ese miserable, que ha perdido á mi pobre hija... que era tan buena, tan inocente, tan honrada antes de conocerle!

ALI. ¡Si, le mataré, ó no habrá justicia en el cielo!

KEROUAN. ¡Oh! ¡Cuanto debe sufrir la desdichada! (Se levanta.) ¿Qué es lo que dice? ¿En dónde está?

ALI. No lo sé: ha huido con su hijo.

KEROUAN. ¡Ha huido, y tú no has volado en su socorro! (Con arranque violento de cariño y desesperacion.) ¡Pero es que yo no quiero que muera! ¡Yo no quiero que se mate! ¡Es que... es mi hija! ¡Yo quiero perdonarla!... (Llamando.) ¡Luisa!... ¡Luisa!...

ALI. ¡Corramos, padre mio! (Ali se precipita hácia el fondo con los brazos estendidos y llorando. Kerouan toma su espada y se la da á su hijo, haciendo con las palabras una transicion de voz alta á voz ronca y tono precipitado.)

KEROUAN. ¡Luisa! ¡Ah! ten (Le da la espada.) para Jorge cuando la hayamos salvado... ¡Oh!... tú le matarás... si... tú... (Transicion.) ¡le matarás!

ALI. Marchemos. (Vanse precipitadamente.)

ESCENA VI.

MONTECLAIN, BRIAS, D'AVANTIENNES.

MONTECLAIN. ¡Esos gritos! Kerouan y Ali. (Sale con precaucion por el fondo izquierda.) ¡Corren hácia la montaña! ¡Un grupo de gente está al pié de ella! ¿Qué será? (Entran en escena.)

D'AVANTIENNES. ¿Estamos solos?

MONTECLAIN. Veremos. (Se dirige al cuarto de Luisa, toca la puerta y mira por la cerradura.) ¡Cerrada! ¡No hay nadie!... ¡ni en toda la alqueria! ¿Qué significa esto?

BRIAS. Mejor para nuestro intento.

MONTECLAIN. ¿Está V. seguro, Brias, que esa mujer se dirigia á este sitio?

BRIAS. La he visto muy bien cuando espiábamos su paso junto al lago vecino.

MONTECLAIN. Entonces, preparémonos á recibirla.

D'AVANTIENNES. Muy difícil, señor marqués, es la prueba que V. intenta, y solo la amistad que le profeso y el respeto que me merece, me habria obligado á presentarme...

BRIAS. Lo mismo digo. Es casi increíble...

MONTECLAIN. Mr. D'Avantiennes, la justicia tiene el deber de acudir do quiera que sea reclamada. Es cierto

que en la imposibilidad de tener pruebas evidentes para librar á una noble familia del azote de la maldad y de la intriga, he recurrido á un medio extraño, violento quizá hasta en sus consecuencias; pero... ¿hemos de dejar impune un mal como el que combatimos? ¿Hay otro camino? V., como procurador del rey, puede encontrarle, y yo me someteré...

D'AVANTIENNES. No hallo ninguno.

MONTECLAIN. Entonces emprendamos este con la fe necesaria. Por fortuna la contestacion del duque, mi tío, aunque no prueba nada, me indica al menos el rumbo que debo tomar, y...

BRIAS. Silencio. Viene gente.

MONTECLAIN. ¡Será ella quizá! Señores...

D'AVANTIENNES. Comprendo. Desde ese cuarto lo oiremos todo... Mr. de Brias...

BRIAS. Estoy pronto. *(Entran por una de las puertas de la derecha.)*

MONTECLAIN. Mi conciencia está tranquila... Sí. El cielo me inspirará. *(Se aparta á un lado.)*

ESCENA VII.

Dichos, ANA.

ANA. *(Después que baja por la montaña del fondo y que ha entrado mirando á todos lados.)* Nadie. ¡Sola la casa del general esta mañana! ¡Sola también la alquería! ¡Oh! ¿será cierto lo que acabo de oír?... ¡Jorge!... ¡Jorge!... ¡el padre de ese niño!... Veremos si Luisa se atreve á ocultarme nada. Veremos si después de todo se atreven también á negarme el nombre que me pertenece.

MONTECLAIN. A eso vamos, condesa.

ANA. ¡Monteclain! *(Después de una pausa, y reponiéndose.)* ¡Es original este encuentro!

MONTECLAIN. Sí; necesitaba que me concediera V. una entrevista...

ANA. ¡Y me ha seguido V. quizá! Caballero, el medio me parece ridículo. *(Va oscureciendo.)*

MONTECLAIN. Tal vez, pero es preciso que V. me escuche á pesar del sitio y de la hora.

ANA. ¡Es preciso! Me admira un tono semejante, y debo advertirle, que pretender asustar á una señora, es cosa de muy mal gusto.

MONTECLAIN. Permitame V. explicarle á propósito de eso, una teoría que desde hace tiempo he profesado siempre.

ANA. Bien. *(Con sonrisa burlona.)* Así le servirá de ensayo ese discurso para cuando el general le deje á V. ser diputado.

MONTECLAIN. Nadie más que yo cree en el respeto que á una mujer se debe. En nuestra sociedad, en que todas las carreras y todas las ambiciones nos pertenecen, en que la ley da al hombre la dirección de los más graves negocios, en que su voluntad como padre y como esposo es casi siempre la regla absoluta, á la cual es fuerza que las mujeres se sometan, creo noble y bueno que nuestros hábitos temperen esa autoridad arbitraria, y no conozco nada más respetable ni más lisonjero que la protección universal que la mujer encuentra en su debilidad misma.

ANA. Marqués, se espresa V. perfectamente, y le aseguro un gran éxito en la cámara.

MONTECLAIN. Pero cuando acontece que la mujer, en vez

de ser humilde, tímida y sumisa, es un ser frío, egoísta y... malvado; cuando el engaño ha sido su existencia habitual, cuando la mentira ha sido también para ella un medio lícito de fortuna y engrandecimiento; cuando ha jugado con el honor de las familias, cuando por sus calumnias ha sembrado en torno suyo el dolor y la amargura... confieso que la galantería que me obligara á tratar á esa mujer con el más profundo respeto, me pareciera una irrisión, una debilidad culpable, y un insulto hecho á la justicia del cielo y de la tierra.

ANA. Marqués, V. trató de tenderme un lazo cuyo objeto desconozco.

MONTECLAIN. No.

ANA. V. es un cobarde, y no sería capaz de hablar á un hombre de ese modo.

MONTECLAIN. A un hombre lo habría entregado ya en manos de la gendarmería.

ANA. ¿Y qué es lo que V. pretende de mí?

MONTECLAIN. ¿Qué pretendo? Presentar á V. un bosquejo de ciertos hechos... de cierta novela terrible, para que V. me diga cuál podría ser el desenlace de ella.

ANA. ¿Cómo?

MONTECLAIN. Yo podría indicarle desde luego uno, si V. no quisiera tomarse esa tarea; pero ignoro si le agrada ó no.

ANA. ¿Qué misterio encierran sus palabras?... Hable V.

MONTECLAIN. Y ese desenlace, en fin, sería la libertad de Jorge.

ANA. ¡Comprendo! Pero á mi pesar no puedo devolvérsela... Ya sabe V. que el divorcio está abolido.

MONTECLAIN. Existe, sin embargo, un artículo en nuestro código, que dice: «Cuando ha habido error en la persona, el matrimonio puede ser declarado nulo.»

ANA. *(Con energía.)* ¡Se atreve V. á intentar una suposición semejante!

MONTECLAIN. ¡Condesa!

ANA. *(Con dignidad.)* Marqués, respéteme V., ó yo me sabré hacer respetar.

MONTECLAIN. *(Con más fuerza.)* Después de haberme oído. *(Ana queda suspensa.)*

ANA. Hable V., caballero, hable V.

MONTECLAIN. V. sabe que la condesa de Beauval nació en Pondichery, de Mr. y Mad. de Marsan, parientes del duque de Hericy, mi tío.

ANA. ¿Y á qué me recuerda V. mi nacimiento?

MONTECLAIN. V. rectificará los errores que yo cometa. Déjeme V. proseguir.

ANA. *(Algo turbada.)* Ya escucho.

MONTECLAIN. A los doce años se halló huérfana, y á los quince viuda del conde de Beauval. Viéndose sin familia, y casi sin fortuna, decidió dejar la India, donde por entonces vivía, y venir á Francia en busca del duque de Hericy. Partió, pues, en compañía de una tal Isabel Pommier, que había sido allí educada con ella, y que por consiguiente estaba iniciada en los más íntimos secretos de la familia. ¿Es verdad cuanto refiero?

ANA. Y... ¿á qué viene la narración de todos esos pormenores?

MONTECLAIN. Durante la travesía, parece que Mad. de Beauval cayó peligrosamente enferma.

ANA. Está V. engañado; nunca me sentí mejor.

MONTECLAIN. Entonces fué Isabel Pommier la que estuvo

enferma, según veo; porque es indudable que una de las dos mujeres, que viajaban en el *Atlante*, se hallaba á punto de espirar en el momento en que aquel buque naufragó, frente al cabo de Cap. Todos perecieron, á escepcion de ellas dos, á quienes un piloto pudo salvar, llevándoselas á su casa. El buen holandés, que no comprendía la menor palabra francesa, equivocó á la criada por la señora. Dió la mejor habitación á Isabel Pommier, que aun continuaba enferma de peligro, y alojó de cualquier modo y cerca de ella á la condesa de Beauval para que la asistiese.

ANA. (*Turbada.*) ¿Y qué?

MONTECLAIN. ¿Qué?... Lo que nadie creería. Isabel Pommier, la indigna, la traidora Isabel Pommier...

ANA. (*Aparte, con ira.*) ¡Oh!

MONTECLAIN. Aunque no del todo restablecida, se levantó una noche, y envenenó á su ama la condesa de Beauval.

ANA. (*Precipitándose en sus iras.*) Miente V. La condesa de Beauval murió naturalmente.

D'AVANTIENNES. (*Abriendo la puerta y saliendo con Brias.*) ¡Basta!

ANA. (*Conociendo lo que ha hecho.*) ¡Cielos! ¡Ah!

MONTECLAIN. Señores, la condesa de Beauval ha muerto. Isabel Pommier se apoderó de los papeles y del nombre de su ama; se presentó en casa del duque de Hericy como parienta; fué de allí arrojada, y coronó por fin su vida aventurera con un matrimonio nulo, nulo por la ley.

ANA. (*Aparte.*) ¡Oh! ¿qué me resta ya?

D'AVANTIENNES. Señora... (*Ana pregunta con extrañeza quién es.*)

MONTECLAIN. (*Presentándole á Ana, y sonriendo con afectada galantería.*) Mr. D'Avantiennes, procurador del rey, (*Llevándola aparte.*) Elija V. Si reconoce su identidad, si firmando este papel, en el cual manifiesta su verdadero nombre, deja libre por semejante medio á Jorge, libre también puede V. salir de Francia hoy mismo, sin que la justicia intervenga en este asunto. Sino...

ANA. Monteclain, sé que estoy perdida; que solo me aguarda la vergüenza y el oprobio, ya accediendo á lo que V. exige, ya negándome á ello. ¿Cree V. que mi orgullo pudiera consentirlo? ¿Cree V. que mi corazón, por gastado que esté, no sienta ya el remordimiento, cuando no puedan hacérmelo olvidar el lujo, los placeres y las consideraciones sociales? Monteclain, V. me ha perdido, pero yo le perdono; V. me ha condenado, pero su deber se lo imponía; adios.

MONTECLAIN. Una palabra.

ANA. Mr. D'Avantiennes, suplico á V. me preste el apoyo de su brazo, y me acompañe hasta mi quinta. ¡Quiero que V., que todo el mundo vea como respondo á las acusaciones que acabo de sufrir! Quiero que V., en fin, venga conmigo.

D'AVANTIENNES. Señores...

MONTECLAIN. Pero...

D'AVANTIENNES. Señor marqués, suplico á V. que confie á mi únicamente la terminación de este suceso.

ANA. ¡Adios, Monteclain! ¡Adios, Brias! (*Vase con D'Avantiennes.*)

MONTECLAIN. (*Aparte.*) ¿Qué nuevo proyecto?...

ESCENA VIII.

BRIAS, MONTECLAIN, MAGDALENA corriendo.

MAGDALENA. (*Aterrada.*) ¡Señor marqués! ¡Señor marqués!

MONTECLAIN. ¡Magdalena!

MAGDALENA. ¡Socórranos V. por Dios! ¡Mi tío Kerouan, el general, Ali, todo el mundo corre en vano tras ella!

MONTECLAIN. ¡Cómo!

MAGDALENA. ¡Luisa se ha escapado medio loca con su hijo! No se la encuentra por la montaña, sin embargo de que unos aldeanos aseguran haberla visto cruzar por ella con dirección al lago vecino.

MONTECLAIN. ¡Cielos! ¡Qué intentará esa infeliz!

MAGDALENA. Todo se ha descubierto; y no será extraño que quiera intentar contra su vida.

MONTECLAIN. ¡Brias, amigo mío, sigame V.! ¡Veamos si podemos salvarla! ¡Vé, Magdalena, busca á los criados de la alquería... que enciendan hachas! ¡Ah! ¡Pobre Luisa! (*Vanse.*)

ESCENA IX.

JENNY, despues KEROUAN, el GENERAL, ALI, DOMINGO, criados.

JENNY. Corra V., marqués, corra V. ¡Ay! ¡Yo no puedo mas! ¡Las fuerzas me abandonan! ¡En vano pretendi seguirla en su carrera! (*Va al foro.*) ¡Esa luz!... ¡Mi padre! ¡Ah! Hable V. (*Salen todos.*) ¡Hable V.! (*Sale Domingo.*)

GENERAL. No se la encuentra.

JENNY. ¡Dios mío!

KEROUAN. ¡Luisa! ¡Luisa! (*Cae en una silla.*)

ALI. Pero... era inútil volver. ¡Marchemos de nuevo!

MAGDALENA. (*Dentro.*) ¡Ah! (*Dando un grito, sale.*)

TODOS. (*Viéndola salir.*) ¡Magdalena!

MAGDALENA. ¿Allí... en la cima de la roca negra, no ven Vds. una sombra? (*Señalando al campo.*)

TODOS. (*Mirando.*) ¡Una mujer!

KEROUAN. ¡Se detiene! ¡Se pone de rodillas!

GENERAL. ¡Cielos! ¡Y el lago que está al pié de la roca!

ALI. ¡Dejadme á mi solo! (*Vase corriendo.*)

GENERAL. Ahora se levanta.

KEROUAN. Ali se acerca.

DOMINGO. ¡Otro hombre se acerca corriendo!

GENERAL. Ella los ve. (*Se oye el golpe de un cuerpo que cae al agua; todos se horrorizan y dan un grito.*)

TODOS. ¡Ah!

KEROUAN. ¡Señor, piedad! (*Cae de rodillas.*)

DOMINGO. Ali se ha precipitado detrás de ella al lago para salvarla.

KEROUAN. ¡Oh! ¡no me arrebatas á los dos! (*Alzando las manos al cielo.*)

DOMINGO. ¡Mil rayos! El esfuerzo de Ali ha sido en vano. La mujer...

KEROUAN. ¡Acaba!

DOMINGO. ¡Ha desaparecido!

KEROUAN. ¡Es mi hija! ¡Dejadme! (*Queriendo salir.*)

GENERAL. ¡Kerouan! ¡Detente!

KEROUAN. ¡Quiero morir con ella!

DOMINGO. ¡Ali vuelve!...

KEROUAN. ¡Solo!

DOMINGO. Varios aldeanos intentan sacar del agua... ¡Oh!... (*Apartando la vista.*)

JENNY. Basta, Domingo.

Polo Bellon

KEROUAN. ¡Allí...! ¡Hijo mio! (Viéndole salir, y llorando.)
 ALI. (Sale sin casaca y en desorden.) ¡Padre! ¡Dios la habrá
 recibido en su seno! ¡Perdóneme V... si su desespera-
 cion ha sido mayor que mis esfuerzos!

KEROUAN. (Llorando.) ¡Luisa!

ESCENA X.

Dichos, JORGE.

JORGE. ¡Luisa! ¡Ah! ¿Dónde está? ¿Dónde está?
 TODOS. ¡Jorge!
 KEROUAN. ¡Ven, miserable, ven á ver aquel cadáver que
 acaban de sacar á la orilla del lago!
 JORGE. ¡Luisa muerta!
 ALI. ¡Sí, muerta! ¡Muerta porque V. la amó... porque V.
 causó su deshonor! ¡Padre mio! (Tomando las dos espa-
 das de encima de la mesa.) La hora es llegada.

GENERAL y JENNY. ¡Allí!

GENERAL. ¡Kerouan! ¡Kerouan! Despues de cuarenta años
 de amistad hemos de ver á tu hijo y al mio... ¡Oh! ¡Es
 imposible!

ESCENA XI.

KEROUAN. (Con energia.) ¡Luisa ha muerto!
 GENERAL. ¡Kerouan! Sería un combate sacrilego.
 KEROUAN. (Lo mismo.) ¡Luisa ha muerto... deshonrada...
 perdida!...
 JORGE. Y yo merezco morir... (A Ali.) Mátame. ¡No quiero
 defenderme!
 ALI. Despues de haber deshonrado á la hermana, quiere V.
 deshonrar tambien al hermano... ¡Quiere V. que yo le
 asesine!...
 JORGE. No. ¡Dame una espada!
 GENERAL. ¡Jorge!
 JORGE. Padre, es preciso acabar de una vez.
 GENERAL. (Bajo.) ¡Defiéndete al menos, desdichado! ¡De-
 fiéndete!
 JENNY. ¡Hermano mio!
 GENERAL. (Dando á cada uno una espada.) Hé aquí las espadas
 de vuestros padres.
 DOMINGO. Pero... no lo consentiré. ¡Matarse así... entre las
 sombras de la noche!

KEROUAN. ¡Pues bien! (Tomando velozmente una antorcha de
 manos de uno de los criados, y colocándose en medio de los
 dos jóvenes, aunque, algo detrás.) ¡Yo alumbraré el com-
 bate! ¡Allí, venga á tu hermanal!
 JENNY. (Ocultando el rostro contra el pecho de su padre.) ¡Pa-
 dre! ¡Padre! ¡Van á empezar; sale el marqués.)

ESCENA XI.

Dichos, MONTECLAIN, LUISA, aldeanos con luces.

MONTECLAIN. (En el momento en que van á empezar el combate,
 se presenta con Luisa, trayéndola de la mano.) Deteneos.
 TODOS. ¡Luisa!
 KEROUAN. ¡Gran Dios! ¡Ella! ¡Ella! Luisa... ¡Ah! ¡Hija de mi
 corazon! (Abrazándola.)
 LUISA. Sí, sí; salvada con mi hijo... por Mr. de Monteclain.
 KEROUAN. Hija de mis entrañas...
 GENERAL. Marqués, marqués, deme V. esa mano.
 MONTECLAIN. Los brazos, general.
 DOMINGO. Pero esa mujer que han sacado del lago.
 MONTECLAIN. Ella misma se ha impuesto el castigo que la
 ley le preparaba, y desasiéndose del brazo del procura-
 dor del rey... la condesa de Beauval ha dejado de exis-
 tir.
 GENERAL. ¡La condesa!
 JORGE. ¡Cielos!
 JENNY. ¡La condesa de Beauval!
 MONTECLAIN. ¡Jorge es libre!
 KEROUAN, LUISA y ALI. ¡Libre!
 JORGE. ¡Kerouan! ¡Padre mio! ¡Luisa!
 GENERAL. ¡Señor marqués! V. será el padrino.
 ALI. ¡Jorge!
 KEROUAN. ¡Simon! ¡Simon! Yo no puedo serlo del señor
 marqués. (Abrazándolo.)
 MONTECLAIN. General, hoy por vez primera he entrado en
 su casa de V. ¡Se dignará V. entrar asimismo en la mia?
 Allí solo encontrará V. amigos.
 GENERAL. No. Allí encontraré siempre á mis hijos. (Reune á
 Jenny y Monteclain.)



FIN.

Aprobado por la censura, puede representarse.